



Gabriel Rolón

Historias
inconscientes
(Vidas al límite)

 Planeta

Índice de contenido

[Portadilla](#)

[Prólogo](#)

[Habitante del horror \(la historia de Alejandro\)](#)

[La mirada del otro \(la historia de Ayelén\)](#)

[Vivir sin deber \(la historia de Horacio\)](#)

[Desear al límite \(la historia de Cristian\)](#)

[La voz del amor \(la historia de Esteban\)](#)

[El placer de ser la otra \(la historia de Débora\)](#)

[Amar con locura \(la historia de Julio\)](#)

[Agradecimientos](#)

Gabriel Rolón

Historias Inconscientes

(Vidas al límite)

Rolón, Gabriel

Historias inconscientes. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2014.

E-Book.

ISBN 978-950-49-3965-8

I. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

© 2014, Gabriel Rolón

Diseño de cubierta: Juan Ventura / Departamento de Arte del Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Foto de cubierta: Juan Ventura

Todos los derechos reservados

© 2014, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: mayo de 2014

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-3965-8

*A mi madre y mi hermana, por acompañar siempre cada una de mis
soledades.
A mis pacientes.*

El inconsciente es ante todo una curiosa memoria [...] cuando se trata de un recuerdo inconsciente, su lugar de aparición no es necesariamente la mente. Puede manifestarse a través de actos impulsivos, como una serie de torpezas o incluso por una elección amorosa.

Hablando con propiedad, esa vuelta al pasado no es mental sino en acto.

En los asuntos del corazón no elegimos sino lo impuesto y no queremos sino lo inevitable.

JUAN DAVID NASIO

PRÓLOGO

El universo no tiene ningún sentido porque no está hecho con ningún plan, es simplemente caótico. El desafío, entonces, es encontrarle sentido a una vida que, quizás, no lo tenga dentro de los planes de ese universo.

Con el descubrimiento del inconsciente, el Psicoanálisis hizo un aporte tan cierto como doloroso: la libertad no existe.

Basta observar lo que llamamos *lapsus* para comprender que el ser humano ni siquiera es libre respecto del lenguaje que utiliza. Por el contrario, es el lenguaje el que hace uso de él.

“Yo soy una persona intolerable”, me dijo cierta vez un paciente queriendo decir que era intolerante. Y en esa ruptura que se produce cuando el inconsciente habla por nosotros, se abre una brecha entre la libertad de decir y lo que realmente se dice.

El hombre no es más que un sujeto sujetado a su inconsciente por las cadenas del lenguaje y, a partir de este hecho, la libertad se vuelve imposible. Y tal vez este sea uno de los más grandes retos de la condición humana: soñar, luchar e incluso dar la vida por una libertad que está, desde el vamos, perdida para siempre.

Es allí en donde el Psicoanálisis encuentra un espacio posible. No para apostar a la utopía de convertir a un sujeto en alguien libre, sino para propiciar que, al menos, transite por los caminos que le marca su deseo.

Cuando hace tiempo escribí *Historias de diván*, me propuse entreabrir una puerta y transmitir al menos algo de lo que ocurre en un tratamiento analítico.

¿Por qué?

Porque asistía absorto a una desvalorización masiva del Psicoanálisis y tuve el deseo de decir lo mío; y mal podía un analista retroceder ante su deseo.

Lo hice con mucho cuidado, suavizando algunos hechos para que incluso los que nada tienen que ver con nuestro ámbito pudieran comprender un poco de lo que se juega en cada sesión. Quise mostrar que el Psicoanálisis no es una excentricidad que ha resistido el paso del tiempo, ni un lujo esnobista, sino que los analistas estamos aquí y ahora, llevando adelante

nuestra práctica en medio de los avatares de nuestro tiempo y nuestra cultura.

La recepción que tuvo el libro fue asombrosa y conmovedora y me dio el impulso para ir un poco más allá. En *Historias de diván* había escrito, siguiendo la técnica del cuento, sólo algunos recortes de los tratamientos de aquellos pacientes. Por eso en *Palabras cruzadas* tomé la decisión de narrarlos en toda su extensión, desde el inicio hasta el final, lo cual requirió que la técnica para llevar adelante cada relato virara del cuento a la *nouvelle*, algo así como una novela corta.

En ambos libros, cada paciente fue consultado, dio su autorización y todos leyeron el material antes de que fuera entregado a la editorial para su mayor tranquilidad. La única excepción, por razones obvias, fue Majo, tal vez la historia más fuerte que haya escrito en mi vida. Sus padres sólo me dijeron: “Vos la conociste más que nadie. Escribilo de un modo tal que sientas que a ella le hubiera gustado”. Guardo para mí la emoción de tanta confianza.

Después de estos dos trabajos me pareció oportuno cambiar el rumbo, y así vino primero una novela, luego un ensayo sobre el amor y, finalmente, un relato musical.

Pero el interés que surgió en ámbitos televisivos por llevar las historias a la pantalla me impuso el desafío de volver a escribir acerca de casos clínicos, ya que la serie requería trece capítulos más de los que había en los libros. Y así fue que, después de mucho pensar, elegí algunos que consideré interesantes para el público y cuya inspiración estaba en pacientes que no se verían perjudicados por esta escritura. Por supuesto, también en este caso fueron debidamente consultados.

La editorial me autorizó a adaptarlos aun antes de su publicación y así fue que formaron parte de esa aventura televisiva. Por fin hoy, como correspondía, encuentran su tono definitivo bajo la forma de relatos literarios.

Pero lo cierto es que no deseaba limitarme a escribir un nuevo libro de casos clínicos siguiendo alguna de las fórmulas anteriores. Necesitaba encontrar algo más que quisiera decir. Y la idea de poder desarrollar algún concepto teórico y articularlo con lo ocurrido durante las sesiones me brindó el marco necesario para darle a este libro su estructura definitiva.

Les aseguro que ha sido un enorme desafío.

La teoría no está por encima de la gente (y, en nuestro caso en particular, no hay concepto que sea más importante que el dolor de un paciente).

Esa idea recorre este libro, y el esfuerzo no fue el de bajar al lector, en un idioma cotidiano, el complejo discurso del Psicoanálisis, sino el de subir esos conceptos formulados en el lenguaje propio de los analistas, hasta el habla de la gente; de esos sujetos que viven, se cuestionan, disfrutan o sufren en una vida que es, a veces, complicada e injusta.

Espero haberlo logrado.

Historias inconscientes transita la decisión de algunos hombres y mujeres que se atrevieron a emprender el camino del análisis. Un camino duro y doloroso, pero que se sustenta en la búsqueda de esa verdad singular de cada paciente.

A lo largo de estas páginas el lector encontrará palabras que se repiten: pausa, silencio, angustia, deseo, entre otras. Y no podía ser de otra manera si aquello que pretendo es transmitir de modo fiel el devenir de las sesiones y los afectos que se pusieron en juego. En los pacientes, en mí.

Una mala o insuficiente lectura de los textos de estudio ha dejado, incluso en algunos colegas, la idea de que el analista no es humano; que no siente, que no se emociona, que no duda o no se enoja. Nada más lejos de la realidad.

Lacan sostuvo que el analista debía de ser alguien muy bien analizado y que, por eso mismo, era de esperar que hubiera adquirido la capacidad de vivir sus emociones de un modo mucho más potente. Alguien que ha navegado tanto por las aguas del inconsciente y de sus deseos desarrolla a veces una pasión tal que es difícil de entender. De allí que pueda querer o incluso enojarse con un paciente con mayor intensidad.

Pero el análisis también debe de haberle permitido encontrar algo que es aún más fuerte: la ética necesaria para respetar a sus pacientes y anteponer sus deseos a cualquier emoción o anhelo personal.

El analista no se propone a sí mismo como ideal ni plantea que sabe lo que es bueno o malo para ese sujeto que habla en su diván. Ni siquiera pretende curarlo o ayudarlo a conseguir un estado de bienestar, y esto es lo que hace del Psicoanálisis “una terapia que no es como las demás”.

Hoy, cinco años después de publicado *Palabras cruzadas*, vuelvo a encarar la escritura basándome en mi práctica clínica. No ha sido fácil.

Transmitir algo tan íntimo —tan único— es siempre como desprenderme de una parte muy honda de mí.

En esta ocasión, y más aún tratándose del que supongo será mi último libro inspirado en casos clínicos, la apuesta fue transmitir algunas historias que llevaron a sus protagonistas a situaciones límite.

Por estas páginas transitan las adicciones, la discapacidad, el incesto, la mentira que pone en riesgo la identidad, una culpa tan grande que no permite ningún logro, una histeria grave y sufriente y un amor desmesurado que lleva a quien lo padece hasta las puertas mismas de la locura.

Al final de cada historia, el desarrollo de un concepto teórico y su articulación con el caso invitan al lector a husmear, ya no sólo en lo acontecido durante las sesiones, sino en el marco conceptual que sostiene nuestra práctica clínica y justifica cada una de mis intervenciones.

Es claro que esos conceptos están apenas bosquejados, ya que no es mi pretensión que *Historias inconscientes* sea considerado como un texto de estudio *sobre* Psicoanálisis. Lejos de eso y, como el resto de mis libros, está escrito *desde* la pasión del Psicoanálisis con el anhelo de compartir lo que han sido vivencias únicas e irrepetibles.

Como analista, he aprendido a moverme en un mundo difícil y a veces cruel; no podía ser de otra manera: el paciente, cuando llega, suele estar ante una encrucijada en la que lo que se juega es ni más ni menos que su destino.

Muchas veces, al terminar la jornada, me he preguntado por qué sigo escuchando, desde hace más de veinte años, tanta angustia. Y la respuesta es siempre la misma: porque no puedo evitarlo. Porque ser analista implica saberse convocado, por deseo propio, a hacer algo por ese sufrimiento que atraviesa el cuerpo y las emociones de los pacientes y ayudarlos a modificar al menos algunas de las actitudes que los sostienen aferrados a un padecimiento que no cesa.

En esta labor que llevo adelante, los fracasos son ruidosos mientras que los éxitos se transitan en silencio. Cuando un paciente hace un intento de suicidio, por ejemplo, llaman sus padres, su esposa o comienzan los cuestionamientos profesionales. En cambio, si alguien que elegía siempre mal logra modificar sus decisiones, o quien no podía recibirse aparece con el título en la mano, sólo me queda la satisfacción íntima y silente de saber que el análisis ha valido la pena.

Pero debo confesar algo.

He asumido hace tiempo que jamás lograré “extirpar” el dolor de mis pacientes, porque el dolor es parte constitutiva de la vida. No importa cuánto alguien se analice, de todos modos sufrirá si pierde un amor, o si muere un ser querido. El dolor es inevitable, pero no el padecimiento. Y esa diferencia es la que hace que cada día vuelva al consultorio.

Sé que tampoco lograré que desaparezca en ellos la sensación, aunque a veces leve y susurrada, de soledad. Pero es así, pues, como decía aquella vieja canción, estamos todos solos.

Y en medio de estas reflexiones que a lo mejor no sean agradables, pero sí sinceras, ¿qué es, entonces, lo que puedo anhelar como analista?

Quizás no mucho.

Apenas que el paciente modifique en algo su destino. En definitiva, como esbozó Lacan, tal vez el último y esperado logro de un análisis sea ayudar a un sujeto a que pueda vivir su soledad sin tristeza.

GABRIEL ROLÓN
ABRIL DE 2014

HABITANTE DEL HORROR

(la historia de Alejandro)

Todo el que quiere nacer debe antes destruir un mundo.

HERMANN HESSE

Recuerdo aquella mañana de un modo preciso. Comencé a atender desde muy temprano, de modo que a las 11.30 ya había recibido a cinco pacientes, y el día no iba a cambiar. Un viaje editorial me ausentó toda la semana de Buenos Aires y debía recuperar algunas sesiones perdidas. A pocos minutos de terminar una de ellas, el teléfono empezó a sonar de manera insistente.

No suelo atender cuando estoy trabajando, pero la persistencia era tanta que me disculpé con mi paciente y le pedí autorización para subir el volumen del contestador y averiguar quién llamaba de ese modo.

La voz que escuché me puso en alerta de inmediato.

—Licenciado Rolón, por favor, si está ahí atiéndame. Necesito hablar con usted.

Mi primera intención fue volver a bajar el volumen y continuar con la sesión, pero algo en esa voz me convocó a seguir escuchando un poco más. De todos modos, no podía imaginar lo que diría a continuación.

—En este momento tengo un revólver en la mano y estoy decidiendo si me mato o si me doy una oportunidad.

Mi paciente se dio vuelta en el diván para mirarme.

—¿Es una broma? —me preguntó.

Dudé un instante y le respondí que no.

Hay ocasiones en las que tengo la sensación de que el tiempo transcurre a una velocidad diferente. Como si de golpe el mundo *ralentara* y sólo mi pensamiento siguiera funcionando del modo habitual. Es una experiencia extraña, para nada mística; simplemente que en un instante pasan por mi cabeza diferentes pensamientos, los considero, los evalúo y determino qué hacer. No lo he conversado con otros analistas, pero supongo que a todos aquellos que debemos decidir en pocos segundos sobre cosas importantes debe pasarnos algo parecido.

En esta ocasión, la duda central se planteó entre si debía considerar a la persona que me llamaba como un psicópata, un manejador, alguien que utilizaba una amenaza tan grave sólo para ser atendido con premura, en los tiempos que él quería y manejaba o si, por el contrario, tenía que dar crédito a ese pedido desesperado.

—Hola —del otro lado de la línea escuché una respiración agitada—, ¿quién habla?

Silencio.

Somos sujetos del deseo y la palabra, y sé que cuando alguien realmente decide morir corta su relación con el lenguaje. Por eso era fundamental hacerlo hablar.

—Dígame, ¿cuál es su nombre?

—Alejandro —me respondió, y después de una breve pausa agregó—, por favor, ayúdeme.

En ese momento supe que no se trataba de un psicópata, de ese modo inexplicable en el que los analistas sentimos aquello que las palabras no alcanzan a decir. Considero que eso se da cuando el inconsciente del paciente se anuda al del analista. Esa conexión genera un vínculo diferente a cualquier otro y establece las posibilidades de la cura. El nombre que damos a ese vínculo tan particular es *transferencia*, y sabía que si decidía hacer cualquier intervención bajo el efecto de esa transferencia debería hacerme cargo del caso, y en esos segundos que parecen eternizarse tomé la decisión.

—Alejandro, soy el licenciado Rolón. Mucho gusto. Hoy es un día muy complicado para mí —del otro lado de la línea me llegó un suspiro—, pero me gustaría que viniera ya mismo al consultorio y esperara aquí. Estoy seguro de que en algún momento vamos a encontrar un espacio para hablar, ¿le parece? —y sin darle tiempo a pensar le pasé la dirección—. Pero eso sí —agregué—, por favor, no traiga el revólver. Detesto las armas.

Mi paciente, nada acostumbrado a estos avatares de la clínica, se sentó en el diván y me miró asombrado.

—¿Le dijiste que no trajera el revólver? —asentí—. ¿Y eso qué fue?

—Una broma.

Se quedó en silencio unos segundos.

—Ah, ¡qué gracioso! —ironizó—. ¿Y él qué hizo?

Pausa.

—Creo que sonrió.

En realidad me había parecido percibir una sonrisa, y esa mínima sospecha alimentaba mi expectativa. Porque si había comprendido y participado de una broma, eso implicaba que todavía no había roto su relación con la palabra. Si eso era así, aún podría hacer algo para ayudarlo o al menos iba a intentarlo.

Alejandro llegó al consultorio una hora después de haber cortado conmigo. Era un hombre joven, de aproximadamente cincuenta años, sin

embargo su aspecto era el de alguien mayor, ya cansado de vivir. Su barba estaba descuidada, su apariencia algo desalineada y un gesto de extrema tensión le contraía el rostro.

Lo hice pasar, lo traté con mucha amabilidad, incluso le ofrecí un café mientras esperaba, cosa que no suelo hacer, y volví a mi sesión. Casi dos horas y media después la ausencia de una paciente me permitió darle el espacio para que pudiera hablar.

El lugar en el que atiendo es amplio y para llegar a él hay que pasar por una especie de túnel oscuro de concreto, hermoso capricho del arquitecto, que genera la sensación de estar entrando en otro espacio, en otro tiempo.

A la izquierda está el sitio que reservo para la atención de los pacientes, ya se trate del sillón para trabajar cara a cara o el diván. En el medio, el escritorio en el que escribo, estudio y tengo las entrevistas preliminares. A la derecha, un piano le da un poco de dulzura al ambiente, a la vez que me brinda la posibilidad de distenderme en mis momentos libres.

Alejandro entró nervioso, caminó hacia la izquierda y se paró frente a la ventana que da a la calle dándome la espalda. Luego giró hacia mí, que lo esperaba de pie al lado del escritorio. Sacó de uno de los bolsillos de su campera un paquete de cigarrillos y extrajo uno. Después revolvió los demás en busca del encendedor, el cual se le cayó de las manos. Estaba muy nervioso y yo, desde mi lugar, intentaba registrar cada uno de sus movimientos.

Lo gestual, sobre todo en las primeras entrevistas, juega un papel fundamental y, sin embargo, es algo que muchos analistas desestiman. Obviamente que lo principal en el análisis es la palabra, pero ese lenguaje no verbal, sobre todo cuando recién conocemos a un paciente, brinda una información de muchísima importancia.

En este caso, por ejemplo, me daba cuenta de la profunda tensión que sentía Alejandro, del sufrimiento, incluso corporal, que estaba experimentando, lo cual hablaba de un altísimo nivel de angustia. Un grado tan alto que ya no podía ser contenida solamente con el padecimiento físico. Intuí también que no iba a ser fácil hacerlo hablar ya que, cuando el cuerpo se hace cargo del dolor, volver a la palabra suele demandar un tiempo de trabajo prolongado. Pero para eso estaba y he aprendido hace mucho que el mayor enemigo de un analista es la impaciencia.

Le agradecí que hubiera esperado, me senté detrás del escritorio y le señalé la silla frente a mí. Él se acercó sin dejar de mirar la mesa baja y la

biblioteca, como si estuviera buscando algo.

—Disculpe, ¿no tendría un cenicero? —preguntó al tiempo de sentarse.

—No.

Hizo un gesto de contrariedad.

—Entonces, acá no se puede fumar —asentí—. Entiendo. No se preocupe, sé cumplir reglas, fui soldado. Estuve en Malvinas.

Me quedé mirándolo mientras procesaba lo que me había dicho. La Guerra de Malvinas es un tema ante el cual tengo una especial sensibilidad.

Recuerdo con toda precisión aquel 2 de abril de 1982. Trabajaba como docente en un colegio secundario y al llegar esa mañana, el ambiente estaba convulsionado. La directora buscaba algún casete en el que estuviera la marcha de las Malvinas. Uno de los profesores escribía rápidamente un esbozo de discurso y me dijo que formaríamos a todos los alumnos en el patio. Yo, que había salido de mi casa sin tener noción de lo ocurrido esa madrugada, me sorprendí cuando uno de mis compañeros me dijo:

—¿Viste? Recuperamos las islas.

—¿De qué islas me estás hablando?

—De las Malvinas.

Ante mi gesto de confusión me explicó lo acontecido. Todos estaban exultantes y no pude evitar emocionarme por la noticia. Desde ese día hasta el final de la guerra, cada mañana se cantó aquella marcha que aún recuerdo de manera precisa.

Con el paso de las semanas, la emoción fue transformándose en angustia. Los pueblos latinoamericanos, los de la Patria Grande, casi en su totalidad apoyaron a Argentina, pero percibí muy pronto que de nada valdrían ni este apoyo ni el hecho de tener la razón: no podía ganarse esa guerra.

Cuando llegó la rendición, la euforia trocó en una bronca indignada que marcó el comienzo del final de una época trágica. Al grito de “Se va a acabar la dictadura militar”, la gente ganó la calle y obligó a llamar a elecciones. Pero lejos del bullicio, en un silencio vergonzoso, *los chicos de Malvinas* retornaron ignorados por casi todos.

Vino a mi mente el recuerdo de un ex combatiente que llorando se preguntaba qué había hecho mal para que lo volvieran escondido al país. “Fui, peleé por mi patria, pasé frío, maltrato y hambre. ¿De qué tenía que sentirme culpable?”

Pero el mundo actual, desgraciadamente, parece valorar solamente a los que ganan sin darse cuenta de que hay éxitos que avergüenzan y derrotas

que enaltecen.

La voz de Alejandro me sacó de mis cavilaciones.

—Bueno, supongo que tengo que hablar, ¿no?

—Al menos eso dijo cuando me llamó, ¿lo recuerda? Que quería hablar.

—En realidad —dijo luego de una breve pausa—, lo que quería era morirme.

Me sonreí.

—Ah, bueno, me alegro, entonces.

Alejandro me miró sin comprender, esperando una explicación.

—Claro —continué—, cuando me llamó hace un par de horas y me dijo que tenía un revólver en la mano, pensé que se quería matar. Pero ahora veo que no. Que solamente se quería morir. Y no es lo mismo, ¿no? —pausa—. ¿Quiere contarme por qué?

Él se tomó un tiempo y se movió inquieto en la silla. Cuando habló su voz sonaba muy angustiada.

—Porque no doy más. No puedo seguir.

—¿Con qué no puede seguir, Alejandro?

—Con esta vida. Hace tiempo que estoy mal, pero ahora todo empeoró. Tengo terrores nocturnos; ni siquiera puedo dormir, y tal vez es mejor que sea así.

—¿Por qué dice eso?

—Porque cuando duermo tengo unos sueños espantosos.

Hace un gesto de negación y se muerde los labios. Sus manos se retuercen sobre sus piernas en una clara muestra de ansiedad.

—¿Qué tipo de sueños?

Alejandro hizo una pausa, como si tuviera miedo de poner en palabras aquellas imágenes que lo abrumaban cada noche.

—Veo las caras de mis compañeros, oigo sus voces; sus voces que me atormentan.

—¿Y qué le dicen esas voces?

Se resiste. Noto la lucha que se libra en su interior.

—Me dicen: “No hiciste nada. Nos dejaste acá”.

Después de una pausa levanta la cabeza y me mira a los ojos, como si estuviera dándome explicaciones.

—Pero ¿qué podía hacer yo? Si cuando entré a ese infierno era un pibe que ni siquiera sabía limpiarse el culo —aprieta sus ojos con rabia—. ¿Sabe

cómo fue? Fácil. Me dieron un fusil y arreglate, hermano; andá y hacé lo que puedas —se quiebra—. Fue tan difícil estar ahí.

Lo miro y siento el peso de esa angustia que se adueña del consultorio. Conozco la sensación. Hace años que convivo con ella y, sin embargo, no puedo acostumbrarme. Por suerte.

Alejandro llora un dolor presente y antiguo a la vez. Le ofrezco un vaso de agua que él acepta y bebe de modo pausado. En un momento, al mirarlo, tuve una sensación rara. Podía sentir que su angustia era real y, sin embargo, algo no terminaba de cerrar en su relato. Algo que no sabía qué era, pero tomé nota de eso aunque, en ese momento, aún no tenía importancia. Lo único importante era que Alejandro había hablado y llorado su dolor y eso me hizo sospechar que su arrebato suicida había pasado.

Luego de unos minutos decidí dar por terminada la entrevista. Arreglé con él para verlo tres días después y seguir conversando. Algo me decía que Alejandro era un enigma. Un enigma que quería descifrar.

Al iniciar nuestro segundo encuentro, volvió a centrarse en la guerra.

—Le juro que no se lo deseo ni al peor de mis enemigos.

—¿Qué cosa?

—Aquel infierno.

Alejandro sigue conmovido por su relato, pero de todos modos decido cambiar de tema.

Es sabido que la regla fundamental del Psicoanálisis es lo que llamamos *asociación libre*, ese acuerdo que hacemos con el paciente para que diga lo primero que le venga a la mente, sin seleccionar, simplemente dejando fluir sus palabras. Sin embargo, a pesar de que ese relato guía la sesión, es el analista quien dirige la cura. Y amparado en esa potestad que me da mi técnica le propongo un nuevo tema.

—Cuénteme, ¿con quién vive?

Me mira sorprendido por el repentino viraje.

—Con Marcela, mi mujer, y mi hijo, Facundo.

—¿Y cómo se lleva con ellos?

—Bien. Mi mujer es maravillosa. La conocí en el 83, y siempre fue un apoyo para mí. Me bancó en todo; y mire que no fue fácil. Pero ella aprendió a respetar mis tiempos, mi silencio.

—¿Y su hijo?

Alejandro suspira.

—Facundo siempre fue un buen chico, a pesar de su carácter fuerte.

Lo dice remarcando la frase, y ese énfasis denuncia que detrás de ella puede haber algo más.

—¿Le molesta eso?

—¿Qué cosa?

—El carácter fuerte de su hijo.

Sonríe.

—No, qué va. ¿Sabe?, la vida es un lugar difícil, y sólo los fuertes sobreviven.

Lo dice seguro, de manera contundente, sin embargo noto un gesto de contrariedad.

—¿Pero?

Pausa.

—Nada; sólo que desde hace un tiempo nuestra relación se complicó un poco.

—¿Y tiene idea por qué?

Levanta sus hombros.

—Creció, supongo. Y quiere saber, me vuelve loco con sus preguntas.

Lo miro.

—¿Está seguro de que se trata de eso?

—No entiendo.

—Lo que quiero decir es si de verdad a usted le molestan esas preguntas o será que le teme a las respuestas.

Alejandro se pone serio y baja la mirada. Sé que por ese camino deberé seguir.

Al finalizar esa sesión acordamos empezar el análisis. Transcurrido un mes de aquel comienzo, el conflicto con su hijo volvió a hacerse presente.

—Facundo quiere saber. Todo el tiempo me pide que le cuente cosas de la guerra, cosas que yo no quiero recordar. Pero él insiste e insiste con que le hable de la nieve, de los ingleses. Y yo, la verdad es que no sé qué decirle.

—Bueno, es de esperar que él quiera saber lo que usted vivió, ¿no le parece?

—No. ¿Para qué? Después de todo, lo que yo pasé no tiene nada que ver con él.

Alejandro nunca había hecho análisis hasta este momento y, por lo que veo, tampoco ha leído sobre el tema y desconoce la importancia que los orígenes tienen en la psiquis de toda persona, por eso decido explicárselo.

—Se equivoca. Todo lo que a usted le haya pasado también forma parte de la historia de su hijo. Alejandro, sepa que todos existimos mucho antes de nacer. Existimos en la fantasía de nuestros padres, en sus deseos y por eso mismo todo lo que tenga que ver con la historia de ellos resulta fundamental en la vida de los hijos. Forma parte también de su verdad.

Se muestra inquieto y se pone de pie. Yo permanezco sentado.

—¿Pasa algo? —le pregunto.

—No aguanto más. Necesito un cigarrillo. ¿Puedo salir?

—Sí, claro. Vaya, si quiere.

Alejandro se levantó y caminó hacia la puerta. Yo lo seguí y la abrí. Ni bien pisó la vereda sacó un cigarrillo y lo encendió dándole una profunda pitada. Lo miré y tomé una decisión.

—Lo espero la próxima, entonces —dije con una sonrisa y cerré la puerta.

Sabía que del otro lado Alejandro estaría sorprendido y, probablemente, enojado.

Muchos tienen la idea de que la única intervención de un psicoanalista es el silencio, pero no es así. Por el contrario, podemos preguntar, interpretar, por qué no alentar o desanimar alguna de las decisiones de nuestros pacientes según lo creamos conveniente o no.

En esta ocasión yo había decidido realizar un *acto analítico*. Di por cerrada la sesión cuando Alejandro pidió mi aval para salir a fumar y le cerré la puerta en la cara. Supuse que ese acto tendría consecuencias y no me equivoqué.

Al comenzar nuestro próximo encuentro estaba distante.

—Hoy casi no vengo.

—¿Por qué?

—Porque el otro día me fui mal, enojado.

—¿Y cuál fue el motivo?

Me mira furioso.

—¿Me está cargando? Usted me echó.

En situaciones como esas, lo más importante es no dejarse impregnar por la emoción del paciente y permanecer calmo. Por eso pongo especial

énfasis en que mi tono suene tranquilo y amable.

—Eso no es cierto, Alejandro. Usted dijo que quería salir.

—Sí, pero para fumar y volver.

Está visiblemente molesto y mi gesto inmutable pareciera incomodarlo aún más.

—Mire —me increpa—, ya sé que aquí juego con sus reglas, pero ¿sabe qué?, estoy harto.

—¿Harto de qué?

—Ya se lo dije —contesta molesto—, toda mi vida tuve que cumplir las reglas que me imponían los demás.

Escucho la rabia y el dolor con el que lo dice. Pero además otra cosa.

—¿Toda su vida? Alejandro, la guerra duró apenas unos meses. Dígame, ¿de qué está hablando en realidad?

Se pone aún más tenso. Se mueve en el sillón sin decir nada y yo sé que, cuando la palabra calla, es porque algo en el paciente se resiste a develar algún secreto. Pero es el desafío de todo analista acompañarlo hacia ese misterio.

—Nunca me ha contado nada acerca de su infancia. Dígame, ¿cómo eran sus padres?

Me mira entre sorprendido e incómodo.

—¿Qué sé yo? Normales, supongo; como todos los padres —pausa—. Aunque, para ser sincero, casi ni los recuerdo. Murieron en un accidente cuando yo era muy chico.

Asiento.

—¿Algo más que pueda decirme?

—¿Qué más?

—Lo que sea. ¿Qué hacían, de qué trabajaban?

Me mira y comienza una respuesta obligada.

—Bueno, mi vieja era ama de casa y mi viejo... —se interrumpe enojado—: Dígame, ¿adónde quiere llegar con todo esto? ¿Qué es lo que quiere saber?

Nos miramos unos segundos en silencio.

—Por lo que veo, no son sólo las preguntas de su hijo las que le incomodan.

La reacción de Alejandro es intempestiva. Se levanta y agarra sus cosas como para irse. No me muevo de mi sillón y le hablo, tranquilo pero firme.

—Mire, yo no sé qué reglas le impusieron en el pasado que le hicieron tanto mal. Pero sé cuáles funcionan en este espacio. Y aquí, el que decide cuándo termina la sesión soy yo.

Alejandro, que había empezado a caminar hacia la puerta, se frenó, su mirada tomó un tinte diferente y su actitud semejó la de un chico al que están retando.

—Por lo visto —continúo— es evidente que hay cosas de las que no quiere, o no puede hablar. Pero me gustaría que lo intentara —vuelve a sentarse y siento que la intervención lo ha instalado en un lugar en el cual podremos continuar trabajando—. ¿Se acuerda? Usted me dijo que desde hace un tiempo empezaron las pesadillas y los temores nocturnos. ¿Desde cuándo?

Duda.

—No lo sé. Un año, quizás un poco más.

—¿Y qué pasó en ese momento que pudiera haberlos provocado?

Mira hacia abajo, luego hacia los costados, y me doy cuenta de que está esquivando mi mirada. Es una de las dificultades de elegir no utilizar el diván: lo gestual en general, y las miradas en particular, juegan un papel fundamental.

—No lo sé.

—¿Está seguro? —me observa como si fuera un chico descubierto. Está asustado y puedo percibir que se siente incluso amenazado por mí. De todos modos, no pienso detenerme justo en ese momento—. Alejandro, usted aquí puede hablar de lo que quiera. Puede callar o, incluso, hasta puede mentir. Pero, dígame, ¿hasta cuándo piensa escaparse de eso que tanto lo atormenta?

Se hace un pesado silencio que dura unos minutos, al cabo de los cuales me pongo de pie dando por terminada la sesión.

—Ahora sí, vaya. Nos vemos la próxima.

Un analista no debe contentarse con comprender lo que el paciente quiere decir. Muy por el contrario, su oído debe tomar nota de la manera en la que cuenta aquello de lo que habla. Cómo construye su relato. Y en el discurso de Alejandro, dos palabras se imponían: noche y sombras.

Por eso tomé la decisión de realizar un nuevo acto analítico. Le cambié el horario de una de sus sesiones y le pedí que viniera por la noche. El clima

del consultorio es diferente, la luz es tenue y el ámbito, algo más sombrío. Ni bien entró, notó la diferencia.

—Está raro.

—¿Raro?

—Sí, no sé... está oscuro.

Asiento.

—¿Le molesta?

—No, no —responde sin convicción.

Sostengo unos segundos su silencio antes de hablar.

—¿Sabe, Alejandro?, estuve pensando en lo que hablamos. Dígame, ¿cuándo dijo que empezaron sus terrores nocturnos?

Duda.

—Ya le dije, desde hace un tiempo. No puedo precisar cuándo.

Sus palabras me hacen eco.

—“Desde hace un tiempo” —lo cité—. Es la misma frase que utilizó para referirse al malestar que siente con su hijo. ¿Cree que puedan estar relacionadas una cosa con la otra?

Se hace un silencio.

—Puede ser; no sé.

Nuevamente se está resistiendo, pero otra de las tareas de un analista es ayudar a que su paciente venza esas resistencias.

—Usted dijo que su hijo le preguntaba cosas que no quería responder. ¿Qué cosas?

Algo molesto.

—Cosas sobre la guerra. Primero me pidió que lo llevara a las reuniones de ex combatientes, que fuéramos a las marchas. Después insistió en que le contara todos los detalles de lo que pasé, y no me pareció necesario. Era muy chico.

Lo siento titubear. No está diciendo la verdad y debo impulsarlo a que la diga.

—A ver, yo no soy un chico. Así que, cuénteme. ¿Cómo es combatir bajo la nieve, Alejandro? ¿Cómo es estar adentro de una trinchera? ¿Qué se siente al matar? ¿Cómo es ver morir a un amigo?

Hago una pausa. Alejandro baja la mirada.

—¿Se acuerda que me dijo que cuando Facundo le preguntaba, usted no sabía qué decirle? Bueno, por lo visto, a mí tampoco. ¿Por qué? ¿Por qué no tiene nada que decir acerca de un hecho tan importante de su vida?

De pronto, para mi sorpresa, escucho un quejido, casi un alarido que invade el consultorio y Alejandro estalla en un llanto desconsolado y durante tres o cuatro minutos llora con desesperación, hasta que puede hablar.

—¿Sabe por qué no puedo decir nada de eso? —pausa—. Porque yo nunca estuve en Malvinas.

Silencio.

—¿Y por qué mintió durante todos estos años?

Está conmovido, vulnerable, pero es menester seguir adelante.

—Porque yo no existo. Todo en mi vida es una mentira.

—Eso no es cierto. Mírese. Esta angustia es verdadera, ¿no le parece? —asiente—. Alejandro, a lo mejor mintió para tapar algunas verdades que le resultan demasiado dolorosas. Usted dijo que cuando entró a ese infierno era un chico que ni siquiera sabía limpiarse el culo, ¿lo recuerda?

—Sí.

—Dígame, ¿qué edad tenía? Y por sobre todo, ¿de qué infierno hablaba, Alejandro?

Se toma unos segundos antes de responder.

—Gabriel, usted me preguntó hace unas sesiones por mis padres, qué hacían, de qué trabajaban —me mira fijo—. ¿Quiere la verdad?

Le devuelvo la mirada sin hacer gesto alguno.

—No lo sé. No tengo ni la más puta idea —pausa—. ¿Y sabe por qué?

—No, ¿por qué?

—Porque no conocí a mis padres. Simplemente me tiraron en un hogar cuando yo tenía un año y nunca más vinieron a verme. Nunca más.

Vuelve a llorar y me doy cuenta de que está descargando una angustia contenida durante años.

—Es cierto —continúa—, yo nunca estuve en Malvinas, pero le juro que sé lo que es el frío, el hambre, la soledad y el maltrato.

En momentos como estos, para poder seguir, los pacientes necesitan sentir que el analista es capaz de alojar su dolor. Y esa es, entonces, la intervención que decido jugar.

—Lo imagino, Alejandro. Pero, dígame, esas caras que lo atormentan en sus sueños, ¿de quiénes son?

Suspira.

—Son las de mis compañeros del orfanato.

—Pero ¿por qué lo persiguen? Usted dijo que le reprochaban que los hubiera abandonado allí. ¿Quiere hablar de eso?

—¿Sabe?, aquello nunca fue un lecho de rosas. Por el contrario, siempre fue un lugar difícil. Pero en un momento empeoró aún más.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Pasó que nos mandaron un director tremendo, perverso, que incluso... Se interrumpe.

—¿Que incluso qué?

—Que incluso abusó de algunos de los chicos.

Pausa.

—¿Y usted fue uno de esos chicos?

Alejandro duda, avergonzado, pero finalmente asiente.

—Sí, yo también. Hasta que una noche dije basta.

—¿Quiere contarme qué pasó esa noche?

—Me acuerdo de que llovía y había un corte de luz en el pueblo, y yo sentí que ese era el momento justo para irme. Ya les había dicho a los chicos que iba a escaparme y algunos me pidieron que los llevara conmigo. Pero no podía hacerme cargo de ellos. Eran muy chicos, ¿me entiende?

—Claro. Muy chicos. Como su hijo, ¿no?

Silencio.

—Es verdad —prosigue—, ellos eran muy chicos. Y lo que dice es cierto; no podía hacerse cargo de ellos porque usted también lo era. Pero ya no lo es y ahora sí hay un chico que, con justo derecho, le está reclamando una historia que también le pertenece, ¿no cree?

Hace un gesto de asentimiento. Está descorazonado.

—Ya lo sé, pero ¿qué quiere que haga? No puedo contarle la verdad.

—¿Por qué no?

—¿Y con qué cara lo voy a mirar después? —se cubre el rostro y llora—. Me quiero morir.

Alejandro dice que se quiere morir. Como cuando me llamó por teléfono por primera vez, e intuyo que por la misma razón que entonces. Pero ahora es diferente porque ya no está solo. Tiene su espacio, su análisis, y desde este lugar algo podemos hacer para modificar la situación, para que esta no sea una mera repetición de ese sentimiento de orfandad sin salida que lo recorre desde siempre.

En ocasiones como estas, en las que el paciente devela una verdad tan dura y está tan frágil, hay que cuidar especialmente las palabras que se

usan. Por eso me tomo unos segundos antes de intervenir.

—¿Se quiere morir? Bueno, ¿sabe qué?, me parece bien. Creo que es hora de que se muera —me mira desconcertado—. De hecho, usted me dijo que no quería seguir más con esta vida, ¿lo recuerda?

—Sí.

—Y bueno, no siga. Pero puede intentar cambiar esta vida que ya no soporta por otra.

—¿Otra?

—Sí. Una vida en la que no tenga que esconder su pasado —pausa—. Alejandro, usted fue una víctima y no tiene de qué avergonzarse.

Se pasa la mano por la cara, secando algunas lágrimas, y habla de modo entrecortado.

—Es que yo quería que Facundo estuviera orgulloso de mí, que pensara que yo era alguien.

Lo interrumpo.

—Usted es alguien. Y esa historia tremenda es parte de su vida. Y va a tener que asumirlo y vivir con eso, porque esa es su verdad.

Su cara se transfigura y vuelve a tener la expresión de ese niño triste que no sabe cómo pedir ayuda.

—¿Y qué tengo que hacer?

Le sonrío.

—Tal vez, renunciar a ser un ex combatiente, un sobreviviente. A lo mejor llegó el momento de dejar de sobrevivir y hacer el intento de vivir, ¿no le parece?

Me mira desconcertado.

—Y eso, ¿cómo se hace?

—No lo sé. Pero Facundo y Marcela lo aman, y quieren saber de usted. A lo mejor podría contarles acerca de esa guerra que libró, mucho antes del 82, en ese infierno que, según me dijo, no le desearía ni a su peor enemigo.

Alejandro está conmovido. Ha sido una sesión muy dura, pero es momento de darla por terminada. Sé que se irá movilizado, angustiado incluso, pero así debe de ser. Gran parte del análisis no transcurre en el consultorio, sino en la soledad de ese paciente que tiene que decidir qué hacer con sus temores y su verdad.

Durante muchas semanas trabajamos sobre esto. Alejandro tenía miedo de lo que pudiera pensar su familia cuando les develara su secreto. Fueron

sesiones intensas y movilizantes, en las que habló por primera vez en su vida del orfanato, de aquellas noches encerrado, del ruido del candado al cerrar el salón en el que dormía junto a otros chicos en camastros de hierro con colchones insuficientes. Habló incluso de cómo fue abusado en más de una ocasión por aquel director perverso.

Son muchos los horrores que debo escuchar en el consultorio, y en más de veinte años de profesión he sabido de historias tremendas. Pero nada, jamás, me ha causado tanto dolor, tanta impotencia como el relato de un abuso. Esa situación en la que alguien ha quedado indefenso y asustado frente a un otro poderoso que decide qué hacer con su vida y, sobre todo, con su cuerpo.

Le costó mucho, hasta que al final tomó la decisión de hablar con su familia.

—Fue difícil, pero lo hice.

—Cuénteme.

—¿Sabe?, yo no sabía que tenía tanta tristeza adentro.

—¿Y cómo fue?

—Al principio me costó, pero una vez que empecé no podía parar. Mi mujer y mi hijo lloraban y me abrazaban. No sabe cómo me contuvieron. Hablé más de dos horas.

Asiento.

—¿Y cómo se sintió después?

Por primera vez en tantos meses me devuelve una sonrisa.

—Aliviado. Como si por primera vez pudiera mirarlos sin sentir vergüenza. Pero esto no va a ser fácil.

—¿Por qué lo dice?

—Porque me preguntaron un montón de cosas y me di cuenta de que ni yo mismo sé quién soy ni de dónde vengo.

—¿Y le gustaría saberlo?

Duda.

—No lo sé. Tengo miedo.

Es natural que lo tenga. Es un hombre que ha vivido torturado por una culpa injusta y que debe aprender a darse espacio para resolver las cosas.

—Bueno, no hay apuro. Después de todo, tiene todo el tiempo que necesite —sonríe nuevamente—. ¿Qué pasa?

—Que Facundo y Marcela me dijeron que les gustaría conocer el hogar en el que estuve.

—¿Y usted? ¿Tiene ganas de volver a ese sitio?

Menea la cabeza.

—Tampoco lo sé. Tengo todo tan confuso.

—Lo imagino. Pero al menos ya no está solo. Su familia está a su lado y, por lo que veo, están orgullosos de usted.

Unas lágrimas aparecen en sus ojos.

—Gabriel, no sé cómo agradecerle. Estoy dolido, hecho mierda, pero mejor. Y se lo debo a usted.

Me levanto y le sonrío.

—No, Alejandro. A mí, no. Se lo debe al análisis. Por eso, ¿qué le parece si seguimos, pero en otro sitio?

Me mira confundido, y yo le señalo el diván. Él lo observa extrañado.

—¿Qué, quiere que me acueste ahí?

Asiento.

—Me parece un buen momento para empezar.

No voy a darle opción ya que esa es una decisión técnica del analista. Permanezco en silencio sin hacer gesto alguno. Alejandro duda un instante, pero luego deja el paquete de cigarrillos sobre la mesa y se acuesta.

—Y bueno. Después de todo —me sonrío—, aquí las reglas las pone usted.

LA PALABRA EN PSICOANÁLISIS

Una de las características que tienen las palabras es que pueden significar muchas cosas diferentes. Por eso es tan importante, cuando se quiere exponer una teoría, aclarar a cuál de esos sentidos nos estamos refiriendo.

He escuchado muchas veces decir que la palabra cura. Pero ¿esto es así? Ciertamente no y, en todo caso, es indispensable establecer cuáles son las condiciones necesarias para que ese poder curativo pueda tener efecto.

Para el Psicoanálisis no se trata de cualquier palabra. No es, por ejemplo, el mismo concepto que utiliza la teoría de la comunicación, la lingüística o incluso las otras formas de terapias psicológicas. Y me permito remitirme al modelo clásico de la teoría de la comunicación con el único propósito de instalar algunas diferencias.

Este modelo considera la comunicación como un proceso que le permite a alguien (emisor) transmitir información a otro (receptor) y para esto utiliza un código común que ambos entienden y comparten.

En este sentido, convengamos que la comunicación no es sólo humana. También hay comunicación animal. Las abejas, por ejemplo, realizan una danza que les permite informar a sus compañeras de colmena hacia dónde deben dirigirse para encontrar polen. La diferencia, y creo que esta ironía pertenece a Lacan, es que nunca una de ellas las mandaría hacia una dirección equivocada sólo para hacerles una broma. Esto es ya un privilegio de la comunicación humana que implica un proceso más complejo, porque requiere de una elaboración, tanto por parte del emisor como del receptor, para transmitir lo que se desea comunicar. Por lo general, este proceso se lleva adelante con el fin de satisfacer alguna necesidad de las partes.

Tenemos, entonces, cuatro elementos:

Emisor: aquel de quien procede el mensaje.

Receptor: el que recibe o interpreta el mensaje.

Mensaje: la información que se transmite.

Código: el idioma que usan ambos para entenderse.

Desde este esquema conceptual, queda claro que la palabra forma parte del código que un ser humano utiliza voluntariamente para comunicar lo

que quiere a otro que lo va a decodificar, entender y que a partir de esta comprensión generará una respuesta adecuada.

Como podemos ver, este modelo supone que la comunicación es un hecho perfectamente posible.

Hay que decirlo claramente: al Psicoanálisis no le interesa esta teoría. No son los conceptos con los que trabajamos ni es esta la palabra que nos importa.

La lingüística, en cambio, planteó un modelo diferente. Ferdinand de Saussure define la lengua como un conjunto de convenciones adoptadas por el cuerpo social para ser utilizadas por los individuos. La lengua es, por lo tanto, exterior a quien habla. Algo impuesto por la cultura.

Desarrolla el concepto de signo como algo arbitrario. Es decir que no hay relación directa entre una cosa y el signo que la denomina. La existencia de diferentes idiomas da cuenta de esto. Pero no se trata de una arbitrariedad individual, sino social. En español, por ejemplo, usamos la palabra perro en tanto que en inglés usan la palabra dog, sin embargo cada individuo en su cultura deberá utilizar la que corresponda. Por eso, repito, esa arbitrariedad es social y no singular.

Para entender bien el aporte de la lingüística deberíamos decir que el signo tiene dos caras (significado y significante), que no es lo mismo que la palabra, y desarrollar con mucha más complejidad el tema, cosa que no haremos aquí. Pero sí, debo aclarar que tampoco este es el modo de pensar el lenguaje desde el Psicoanálisis. Si bien Lacan partirá del signo saussureano, sólo lo tomará como arcilla para modificarlo y construir sus propios conceptos.

Pero ¿cómo funciona entonces la palabra para el Psicoanálisis? ¿Cuáles son sus características diferenciales?

En *El psicoanálisis ilustrado*, Jorge Bekerman propone una analogía. Remite a un texto de Julio Cortázar que se encuentra en su libro *Historia de Cronopios y de Famas* y hace una perfecta conclusión. Me permito compartirlo con ustedes.

Preámbulo a las instrucciones para dar cuerda al reloj

Piensa esto:

Cuando te regalan un reloj, te regalan un pequeño infierno florido, una cadena de rosas, un calabozo de aire.

No te dan solamente el reloj, que los cumplas felices y esperemos que te dure porque es de buena marca, suizo con áncoras de rubíes; no te regalan solamente ese menudo picapedrero que te atarás en la muñeca y paseará contigo.

Te regalan, no lo saben, lo terrible es que no lo saben, te regalan un nuevo pedazo frágil y precario de ti mismo, algo que es tuyo pero no es tu cuerpo, que hay que atar a tu cuerpo con su correa como un bracito desesperado colgándose de tu muñeca.

Te regalan la necesidad de darle cuerda todos los días, la obligación de darle cuerda para que siga siendo un reloj, te regalan la obsesión de atender a la hora exacta en las vitrinas de las joyerías, en el anuncio por la radio, en el servicio telefónico.

Te regalan el miedo de perderlo, de que te lo roben, de que se caiga al suelo y se rompa.

Te regalan su marca, y la seguridad de que es una marca mejor que las otras, te regalan la tendencia a comparar tu reloj con los demás relojes.

No te regalan un reloj, tú eres el regalado, a ti te ofrecen para el cumpleaños del reloj.

Y concluye Bekerman que el sujeto regalado al reloj es la versión cortazariana del sujeto subordinado al lenguaje.

Pero ¿cómo es esto de que no somos nosotros quienes usamos al lenguaje sino que es el lenguaje el que se sirve de nosotros?

Sostuvo Coleridge que para disfrutar del arte “hay que suspender la incredulidad”. Y esto es así. Si pensáramos que quien está sufriendo sobre un escenario no es el príncipe Hamlet sino un actor que luego de la función irá a cenar con su familia, difícilmente podríamos conmovernos. Algo parecido ocurre con lo que estamos planteando pues, para entenderlo, hay que renunciar por un momento al sentido común, ya que muchas veces genera conclusiones engañosas. La sensación, por ejemplo, de que el sol se mueve y gira alrededor de la tierra fue un error que costó muchas vidas.

Pues bien, el lenguaje como instrumento del sujeto es como el movimiento del sol alrededor de la tierra: pura apariencia. En realidad no es el sujeto el que se sirve del lenguaje, sino que por el contrario, está subordinado a él. Y aquí empieza a aparecer la dimensión de la palabra que nos interesa a los analistas. Esa en la cual un sujeto no habla, sino que es *hablado por el lenguaje*.

El mejor ejemplo de esto es ese fenómeno al que llamamos *lapsus linguae*. Cito una frase de un paciente que fue dejado por su mujer: “No voy a poder resistirlo. Sé que sin ella yo no voy a poder morir”.

Es claro que quiso decir lo contrario, que sin ella no le sería posible vivir, pero el lenguaje lo tomó y el inconsciente habló por él. Y eso nos permitió ahondar en cuestiones muy profundas. ¿Qué lo mantenía unido a ella? ¿Por qué necesitaba de esa relación tan conflictiva y sufriendo?

Esto es lo que a los analistas nos interesa. El lugar en el que la comunicación falla. En el que el significado se desplaza de la convención hacia una significación distinta que nada tiene que ver con lo social, que es única y particular de ese sujeto. Porque es claro que personas diferentes pueden usar las mismas palabras y estar diciendo, sin embargo, cosas muy distintas.

Y aquí recuerdo “Pierre Menard, autor del Quijote”, ese maravilloso texto de Borges.

El cuento empieza con una protesta de un crítico a causa de la omisión del nombre del novelista Pierre Menard en un catálogo. Pierre Menard era un oscuro escritor francés, que en el siglo XIX había vuelto a escribir los capítulos noveno y trigésimo octavo de la primera parte del *Quijote*, y un fragmento del capítulo veintidós. Pero lo maravilloso es que los escribió exactamente igual que Cervantes. No cambió ni una palabra, ni una coma.

Sin embargo, el crítico sostiene que no se trata de una copia y que, incluso, la obra de Menard es muy superior al original: “más sutil e infinitamente más rico, que el de Cervantes”.

En una parte del libro, Don Quijote propone una disputa entre las armas y las letras y falla en favor de las armas. Según el crítico, esto era inevitable y esperable de un viejo militar como Cervantes, en cambio era un acto sublime y sorprendente viniendo de un hombre dado a la filosofía como Menard.

Borges hace de este relato algo irónico y genial, pero no está lejos de la postura con la que escucha un psicoanalista. Esto de entender, repito, que dos sujetos que utilizan exactamente las mismas palabras pueden decir cosas muy diferentes.

Por eso la comunicación, para el Psicoanálisis, es siempre fallida. No es posible comunicar porque no es cierto que utilicemos el mismo código y que las palabras puedan transmitir todo lo que se quiera decir. Siempre algo escapa a la voluntad del hablante y es ese lugar de malentendido el que nos importa. Ese instante en el que el lenguaje no sólo sorprende y deja perplejo al otro, sino al propio sujeto que se detiene, asombrado y dice: “No sé por qué dije eso”... o “Mirá lo que dije”... Y pretende desecharlo diciendo que no es lo que quiso decir, pero justamente eso que quiere tirar será lo que nosotros tomaremos. En este sentido, podemos decir que los analistas trabajamos con el basurero del lenguaje.

Sólo dos comentarios más antes de pensar esto en relación con Alejandro.

El primero tiene que ver con una doble vertiente de la palabra: por un lado pacífica, por otro genera malentendido.

Supongamos que estamos esperando el colectivo a la madrugada en una esquina oscura. Si llegara alguien y se parara cerca de nosotros, de inmediato sentiríamos cierta incomodidad. Seguramente, miraríamos con disimulo y nos pondríamos tensos. Pero si alguno de los dos dijera, por ejemplo, “¿Cuánto más va a tardar este colectivo? Hace una hora que no pasa ninguno...”, veríamos cómo el clima se distiende y esa tensión disminuye. Podríamos, incluso, conversar amigablemente y protestar contra la línea de colectivos. He aquí el poder pacificador de la palabra.

Sin embargo, de todo lo antedicho, concluimos también que no hay manera de comunicar con precisión y que el malentendido es algo inevitable.

El segundo comentario retoma la pregunta inicial: ¿La palabra cura? Y diré que no toda palabra es igual. Hay palabras vacías, sin contenido, que nada dicen acerca de la verdad del sujeto y su deseo y si trabajamos con ella, difícilmente se produzca la cura. Pero si, en cambio, aparece la otra, la palabra plena, la que sorprende al paciente y, por qué no, al analista, se abrirá un espacio en el cual pueda surgir alguien distinto; un hombre más cercano a su deseo y alejado de su padecimiento.

No es otra la tarea del analista que la de propiciar las condiciones para la aparición, en algún momento, de esa palabra plena.

Vayamos al caso de Alejandro.

Lo primero que me inquieta es su llamado, porque me obliga a discriminar si ha roto o no la relación con el lenguaje. De haber sido así, nada podría haber hecho por ayudarlo. Entonces puse en juego un chiste, que no es cualquier modo de utilizar la palabra. Supone del otro lado alguien que puede entender una ironía o una metáfora. Y la respuesta de Alejandro me tranquilizó.

Cuando comenzó a hablar se definió rápidamente: “sé cumplir reglas, fui soldado. Estuve en Malvinas”. Allí, sus palabras dijeron una verdad a pesar de que él mismo pensaba que estaba mintiendo. Porque *Malvinas*, para él tenía un significado inconsciente muy distinto, algo que se devela mucho después: el frío, el hambre, la soledad y el maltrato. Eso es lo que la

palabra, sería más preciso decir el significante, *Malvinas* representa para él. Y en ese sentido, ciertamente Alejandro había estado allí.

Dijimos que es el lenguaje el que se sirve del sujeto y aquí se ve que esto es así: Alejandro dijo una verdad más allá de su voluntad. Por eso en una sesión intervine diciéndole que podía mentir si quería. Porque sé que aunque así lo hiciera, si logro establecer las condiciones necesarias, la palabra plena surgirá, como lo hizo en esta oportunidad.

La distinción entre “matarse” y “morirse” también fue importante a lo largo de su tratamiento. Todo el tiempo trabajamos para que no se instalara la posibilidad del suicidio, cosa que estaba latente en su pensamiento, pero en cambio propicié que se hiciera cargo de sus ganas de morir. ¿Qué era para él morir? Dejar de ser quien decía que era: un sobreviviente. Y en ese sentido, su deseo de morir era un deseo sano. Porque apuntaba a un nuevo nacimiento, pero en otro lugar.

Las palabras tenían un significado fuerte y singular para él: noche, sombras, infierno, muerte, soledad. Y por cada una de ellas me dejé guiar para ver adónde nos conducían. Si nos hubiéramos manejado por el sentido común, por la idea de que me estaba comunicando lo que quería decir conscientemente, ningún cambio hubiera sido posible.

En Psicoanálisis, para quien se compromete en la búsqueda de la verdad, no se trata de cualquier palabra, sino de aquella que puede abrirse paso en la maleza de la resistencia e indicar un sendero difícil, pero inevitable.

LA MIRADA DEL OTRO

(la historia de Aylén)

No prosperan las malas acciones y el más tardo alcanza al más ágil, como ahora Hefesto, que es cojo y lento, aprisionó con su artificio a Ares, el más veloz de los dioses que posee el Olimpo.

HOMERO

Ayelén llegó a mí derivada por el analista de su hermana. Según él me comentó, estudiaba psicología y había leído todos mis libros. Su paciente, que sabía de nuestro conocimiento, le pidió mi teléfono. Me llamó de inmediato.

En esa charla telefónica la noté jovial y agradable. Dijo que estaba muy entusiasmada con la idea de tener su espacio analítico ya que pronto se recibiría y que, como el Psicoanálisis era la técnica que había elegido para especializarse, sabía que lo primero que tenía que hacer era tener un lugar como paciente en un diván. Y no se equivocaba.

El Psicoanálisis es una técnica diferente a todas las demás y tiene como principal requisito que el aspirante a analista realice un análisis personal muy profundo. A diferencia de otras escuelas, es imposible para alguien que no haya transitado, y mucho, por los territorios de su inconsciente, que pueda ejercer. Ayelén lo sabía y por eso quería analizarse. Pero en este caso, para ella, el diván sería una alternativa imposible.

Lo primero que vi al abrirle la puerta fue su sonrisa enorme y blanca. Su cara era hermosa y tenía unos ojos grandes y chispeantes.

—Hola —me saludó amablemente—, es un placer conocerlo.

Le sonreí.

—Gracias. Ayelén, supongo.

Asintió. Le estiré la mano para saludarla y en ese momento me di cuenta de que estaba inclinada hacia adelante y apoyada sobre dos bastones antebraquiales. Ella miró mi mano extendida e hizo un gesto travieso.

—Me encantaría pero, como verás, no puedo soltar los bastones.

—Sí, claro. Perdón —respondí aún sorprendido—. Pero pasá, por favor.

Ayelén se desplazó para entrar arrastrando apenas los pies y tropezó con el marco de la puerta. Yo me puse algo incómodo, pero ella estaba sonriente, casi divertida. En un momento, sin saber muy bien qué hacer, quise ayudarla con algunos movimientos que resultaron torpes e ineficaces.

—¿Sabe qué? —me dijo—, o va para un lado o va para el otro, porque tengo que maniobrar y siempre me cuesta al principio, cuando no conozco el lugar. Pero ya va a ver. Con un par de veces que venga lo voy a hacer bien.

—Por supuesto.

Me corrí de la puerta y ella pudo moverse con libertad y entrar, aunque no sin alguna dificultad. Me adelanté y le indiqué el camino.

—No se quede mal —dijo comprensiva—. Igual, ya estoy acostumbrada.

—¿A qué estás acostumbrada?

—A que la gente se impresione un poco cuando me ve por primera vez. Pero eso mejor se lo cuento después, cuando arranquemos la sesión.

Me senté en mi sillón mientras ella se acomodaba en el suyo e intenté una broma para distender la situación. Es una primera entrevista y quiero que se sienta cómoda para que pueda hablar con tranquilidad de lo que la trae a análisis.

—Lo siento por vos, pero desde el momento en el que atravesaste esa puerta ya estás en sesión, así que tené cuidado. Todo lo que digas puede ser usado en tu contra.

Ayelen dejó escapar una risa agradable. Se la veía bien dispuesta.

—Qué bien me voy a llevar con usted. Me parece que esto me va a gustar.

—Bueno, veremos. Ojalá sea así —pausa—. ¿Estás cómoda?

—Sí, perfecto.

—¿Querés un vaso de agua?

Me mira y se ríe.

—No, gracias. Tengo un problema en las piernas, no en la garganta.

Hice un gesto para disculparme al percibir la tontería que acababa de decir y la invité a hablar. Ella asintió.

—¿Por dónde empezamos?

—Por donde quieras.

Piensa unos segundos.

—Bueno, tengo veintiséis años. Estudio psicología —me mira—, pronto me voy a recibir. Quiero ser psicoanalista, y lo voy a lograr. Ya va a ver. Algún día voy a ser como usted.

El comentario me pareció muy auspicioso ya que el hecho de que me ubicara en ese lugar de respeto hablaba de una transferencia ya instalada, seguramente a partir de la lectura de mis libros y la sensación de confiabilidad que le habían dado. De todos modos, ese es sólo el primero de los pasos en la construcción del vínculo entre paciente y analista. La transferencia puede mudar con el tiempo, y en este caso lo haría.

—Soy muy buena alumna, me gusta estudiar —se interrumpe—. Bueno, muchas opciones no me quedan, ¿no?

—¿Por qué decís eso?

Hace un gesto señalando su cuerpo. Es evidente que quiere darme a entender que, dada su discapacidad y las limitaciones que le impone, no tiene muchas alternativas más que el estudio. Lo entiendo, pero no quiero un gesto, el análisis necesita de palabras, por eso decido usar las que considero necesarias en este momento y exponer el tema con claridad desde el comienzo. Lo no dicho, tarde o temprano, genera alguna dificultad y decidí evitarla.

—Hablame de tu discapacidad.

Me mira y una expresión rara cruza su cara, aunque no llega a ensombrecer su sonrisa. Después de unos segundos retoma la palabra y habla con naturalidad.

—Dis-ca-pa-ci-dad... Mire usted. Si se lo cuento al INADI le harían un juicio.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—Y, porque algunos prefieren llamarlas “capacidades diferentes”, pero supongo que está bien. Estamos aquí para decir la verdad, ¿no?

Me mira fijo y no le devuelvo gesto alguno.

—Tengo un ECNE —continúa—, producto de un doble circular del cordón en el momento del parto —se detiene y piensa—. ¿Qué justo, no? Casi, casi, salgo bien, pero a último momento... Como decían los griegos: “Nunca hay que confiar en el destino”. Pero bueno, son cosas que pasan, así que ¿por qué no iba a pasarme a mí? Y ¿sabe qué?, por ahí es mejor que haya sido así.

—¿Por qué lo decís?

Se encoge de hombros.

—Porque en los centros de rehabilitación me encontré con muchos chicos que tuvieron algún accidente y que antes eran normales, y me di cuenta de que la adaptación a su nuevo estado les costaba mucho. Se la pasaban llorando todo el tiempo por lo que habían perdido, por lo que ya no iban a poder hacer de nuevo. En cambio yo...

—¿Vos qué?

Intenta una sonrisa.

—Yo siempre fui así.

Asiento.

—Ayelén, recién dijiste que ellos antes del accidente eran normales, en cambio vos... ¿Qué querés decir con eso? ¿Que nunca te consideraste una

persona normal?

Su sonrisa se diluye y, por un instante, me mira de un modo diferente.

Después de aquella entrevista me comuniqué con un médico amigo que trabaja en un importante centro de rehabilitación y le pregunté exactamente qué era un ECNE.

—Es una Encefalopatía Crónica No Evolutiva —me dijo.

—¿Y eso qué significa?

Él suspiró y se preparó para darme una explicación comprensible.

—En buen criollo, eso significa que tiene una parálisis cerebral permanente.

Repaso sus dichos.

—Ajá. Pero dijiste que es no evolutiva, eso quiere decir que no va a empeorar.

—Sí. Esa es la parte buena.

—¿Y cuál es la mala?

—Que tampoco va a mejorar.

—¿O sea?

—Que tu paciente va a andar con los bastones canadienses toda su vida.

¿Qué edad me dijiste que tiene?

—Veintiséis.

—Qué cagada. Pobrecita.

Me disgustó su comentario y sin darme cuenta le respondí en tono molesto.

—No le digas así.

—Ehhh —protestó—, ¿por qué te enojás? ¿Se puede saber qué bicho te picó?

—Ningún bicho. Pero no me gusta que hables de esa manera de ella. Yo soy su analista y no puedo tenerle lástima, si no, no la voy a poder analizar.

—Ah, claro —ironizó—, cierto que vos no podés ser humano. Pero ¿sabés qué?, yo sí. Además, es paciente tuya y no mía, ¿no?

Relajo...

—Tenés razón, perdoname.

En las entrevistas siguientes, Ayelén aprendió a entrar a mi consultorio sin golpearse con la puerta ni llevarse nada por delante. Ella iba

adaptándose al espacio y yo a ver sus bastones apoyados siempre a un costado, sobre el sillón.

Era ciertamente una joven inteligente, sensible, de buen humor y mucho carácter. Hablaba de sus sueños, de la facultad, de la buena relación que tenía con sus padres y de lo mucho que anhelaba convertirse en analista.

Rara vez tocaba el tema de su discapacidad, pero a una sesión llegó enojada y encaró directamente la cuestión.

—Gabriel, para mí el tema de la discriminación no es nuevo, lo sufrí muchas veces. Sin embargo aprendí a lidiar con eso, a comprenderlo.

—¿Comprenderlo?

—Y sí. Yo puedo entender que cuando alguien me ve por primera vez pueda sentirse apabullado —me mira y bromea—, ¿o no se dio cuenta de que mis ojos son irresistibles?

Muchas veces un chiste es una manera de escapar de algo que nos angustia. Un mecanismo de defensa o un modo de develar algo que seriamente alguien no puede decir. Tengo la sensación de que algo así ocurre en esta ocasión.

—Bueno, por lo que veo te lo tomás con humor.

Se pone seria y reflexiva.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Si pierdo el humor me muero, y le aseguro que si algo no quiero hacer en esta vida es morirme.

Asiento.

—Pero decime, ahora ¿qué pasó? ¿Por qué reaparece la cuestión de la discriminación?

Se pone incómoda y se toma unos segundos antes de responder. Ella dice que acepta y entiende el tema, pero su actitud denota angustia. Una angustia de la que aún no puede hacerse cargo.

—Porque hay un titular de cátedra en la facultad, un psicoanalista renombrado, a lo mejor lo conoce: Jorge Castells.(1)

No hice gesto alguno al escuchar el nombre. Por supuesto que conocía a Castells, es más, lo había tenido como docente cuando cursé la carrera. Era un profesor extraordinario y un gran analista. Con el tiempo, algunas actividades profesionales me permitieron tratarlo y descubrí a una persona sensible, ética y amable. Por eso me extrañó el comentario de Ayelén.

Pero hace tiempo que aprendí la diferencia entre lo que llamamos realidad y la realidad psíquica de cada sujeto. Y los analistas sabemos que es con esta última con la cual debemos trabajar.

Estaba seguro de que Castells jamás podría haber tenido un gesto discriminatorio para con Ayelén, pero así lo había vivido ella y yo quería saber por qué.

—Contame, ¿qué pasó con Castells?

Lucha con sus emociones y trata de hablar con calma.

—El tipo es un genio y por eso, cuando da las clases, el aula magna revienta de alumnos. Todos quieren escucharlo. Gabriel, yo conozco mis limitaciones y por eso intento llegar antes que los demás, para ubicarme sin joder a nadie, ¿me entiendes? —asiento—. Pero el otro día me demoré porque llovía y no conseguía taxi —se detiene y hace un gesto resignado—, se imagina que en colectivo me cuesta mucho andar.

Silencio.

—¿Y entonces?

—Nada... que llegué con la clase empezada y tuve que pasar entre los alumnos que estaban sentados para conseguir un lugar —a medida que me cuenta lo ocurrido su voz se quiebra y sus ojos se llenan de lágrimas—. Le juro que yo intenté pasar lo más desapercibida que me fue posible, pero no pude. Entonces mis compañeros tuvieron que pararse, mover las sillas, correrse para adelante, para atrás: un desastre.

—¿Y qué pasó?

Me mira con los ojos encendidos de rabia.

—Pasó que Castells escuchó los ruidos y paró la clase —disimula su voz en una torpe e irónica imitación del docente—: “Vamos a interrumpir unos segundos hasta que la compañera se acomode” —pone un gesto contrariado—. ¡Qué hijo de puta!

Ayelén está dolida porque siente que la situación la puso en ridículo frente al resto y culpa a su profesor por esto.

—Ayelén, veo que estás muy enojada, pero te pregunto: ¿No es posible que Castells realmente haya querido darte tiempo para que te ubicaras con tranquilidad?

Niega con la cabeza, totalmente captada por su enojo.

—Si eso fue lo que quiso, se equivocó feo, porque lo único que consiguió es que todo el mundo se fijara en mí —pausa—. Le juro que me hubiera ido a la mierda, pero ya era más difícil irme que quedarme, así que me la tuve que bancar.

—¿Y cómo te sentiste?

—Como el orto. No pude escuchar nada de la clase y lo único que quería era desaparecer.

En ocasiones, la mejor intervención es llevar al paciente a que se haga cargo de lo que siente, que se involucre con sus emociones. Claramente Ayelén está proyectando en la figura de Castells un enojo anterior, que la recorre quizás desde siempre, y esta es la oportunidad que tengo de intentar que se apropie de algo de esto que le pasa.

—Ayelén, yo no sé si tu profesor hizo lo que hizo para cuidarte o, como decís vos, para molestarte. Pero, sea como fuere, me gustaría hacerte una pregunta: ¿Estás segura de que lo que me dijiste en la primera sesión es verdad? ¿Será cierto que este es un tema que tenés asumido?

No duda, responde rápidamente, como siempre que alguien se defiende.

—Segurísima. Yo aprendí a aceptarme, a valerme sola a pesar de esto —golpea sus piernas—. ¿Sabe, Gabriel?, no me importa lo que usted piense, pero sepa que yo no necesito de nadie.

Me doy cuenta de que está cerrada a toda posibilidad de razonar y por eso, luego de una pausa, me pongo de pie y doy por terminada la sesión.

—Bueno, entonces, tal vez tengas razón.

Empiezo a caminar hacia la salida y un ruido me sorprende. Me doy vuelta y veo que, al intentar levantarse, Ayelén tiró sin querer uno de sus bastones al piso. Lo mira, incómoda. Trata de levantarlo, pero no puede, ha quedado demasiado lejos de su alcance. Prueba agacharse un poco para ver si llega hasta él, pero le es imposible.

Mi primer impulso, por supuesto, fue ir hacia ella y acercarle el bastón, sin embargo no me moví de mi lugar y miré todo sin hacer ningún movimiento, ni siquiera un gesto.

Luego de unos segundos muy incómodos, me mira enojada.

—¿Qué... No va a ayudarme?

Me acerco, me agacho, levanto el bastón y lo pongo en su mano.

—Sí, por supuesto. Sólo que no quise ofenderte. Como me dijiste recién que vos no necesitás de nadie.

Se pone de pie con dificultad y me mira sorprendida e indignada por mi intervención. Empieza a caminar hacia la puerta en silencio. Cuando llegamos, sale a la calle y me clava la mirada.

—Y bueno, se ve que Castells no es el único analista hijo de puta de este mundo.

Sabía, desde antes de realizar aquella intervención, que iba a provocar la ira de Ayelén. Pero aquel hecho, la caída de su bastón, me había dado la oportunidad de contrastarla con sus dichos. No era cierto que no necesitaba de nadie. Todos necesitamos de alguien y ella, dada su enfermedad, aún más; y tenía que asumirlo y empezar a convivir con eso.

Yo había echado por tierra su mecanismo de defensa: negar la realidad para hacer de cuenta de que no existía. Y es común, cuando esto ocurre, que aparezcan la angustia o el enojo.

En la sesión siguiente, entró sin saludarme y se dirigió al sillón. Esta vez colocó los bastones sobre su falda y los apretó contra su cuerpo. Nos quedamos en un silencio incómodo durante algunos minutos.

—¿Qué pasa, Ayelén? ¿No tenés nada para decir, hoy?

Suspira.

—Estuve debatiéndome para decidir si venía o no.

—Pero viniste, así que supongo que el debate terminó bien.

—¿Quién dice que terminó bien? ¿Usted? —me mira desafiante—. ¿Por qué? ¿Porque vine a verlo? Claro, como escribe libros y está en la tele —ironiza—. ¿Tan importante se cree?

El momento es tenso pero, justamente por eso, mi voz debe ser calma y firme.

—Yo no. Pero vos, tal vez sí. De hecho, en la primera entrevista me dijiste que algún día te gustaría ser una analista como yo.

—No, Rolón —me contesta en tono duro—, como usted no. Yo no voy a discriminar a mis pacientes.

Pausa.

—Ah, resulta que ahora yo también te discrimino. Primero Castells, ahora yo. A ver, decime, ¿quién más está en la lista de los que te discriminamos, Ayelén?

Al escuchar mi pregunta se conmociona. Algo dentro de ella intenta aflorar, pero lo retiene. Lucha por callarlo, pero sé que mi intervención llegó a algo de lo que aún no hemos hablado. Es momento de insistir, de ayudarla a decir lo que ya puja por salir.

—Decime lo primero que se te venga a la mente.

—Bueno, yo...

—No lo pienses. Simplemente decilo.

Hace una pausa. Le cuesta hablar, pero finalmente lo hace.

—Raúl.

—¿Y quién es Raúl?

—Raúl era mi novio.

Vuelve a hacer una pausa. Se está conectando con esta vivencia. Pero percibo claramente que ha cambiado de estado. El enojo dio paso a la confusión.

—Contame.

—Nos conocimos en la secundaria, pero nunca nos dimos mucha bola. Usted sabe, los varones son crueles, y más a esa edad.

—¿Qué querés decir con eso?

—Que yo me daba cuenta de que a veces se reían de mí —baja la mirada apenas un segundo—, pero él era distinto, y en el viaje a Bariloche pegamos onda —recuerda con un dejo de dolor—. Ese viaje no fue fácil para mí.

—¿Por qué?

—Y..., por esto de subir y bajar del micro todo el tiempo, las excursiones y la aerosilla esa de mierda. Pero por suerte estaba Raúl.

—¿Por qué decís “por suerte”?

Sonríe.

—Porque él me cuidó mucho y de algún modo hizo que tomara todo con más naturalidad. Y yo me pegué a él primero con desesperación, después con gratitud, y al final... —se interrumpe.

—¿Y al final qué, Ayelén?

Hace un gesto de contrariedad.

—Al final con amor.

Pausa.

—¿Y por qué ese gesto?

—Porque nunca creí que podía pasar algo entre nosotros.

La interrogo con la mirada.

—Usted no entiende.

—¿Y qué es lo que debería entender?

—Que era algo que ni siquiera tenía derecho a soñar.

—¿Por qué no?

—Porque Raúl era un chico normal.

—Ah, claro. Y, según veo, mi duda de la primera entrevista tenía fundamento, ¿no? Vos nunca te sentiste una persona normal.

Silencio.

—¿Y qué pasó después?

—Para mi sorpresa, a la vuelta del viaje me llamó. Me dijo que se había enamorado de mí y que quería que empezáramos a salir.

—Ah, bueno, entonces no era un sueño tan imposible —pausa—. ¿Y cómo anduvo todo?

—Bien, muy bien. Fue una linda historia —se detiene. Le cuesta hablar de este tema—. ¿Sabe?, Raúl fue mi primer hombre. En realidad, el único con el que me acosté en mi vida.

Percibo que el recuerdo le genera vergüenza, ternura y algo de malestar. En esta sesión, sus emociones se entrecruzan todo el tiempo.

—Para mí, todo lo que tenga que ver con el sexo es aún más difícil que para el resto.

Lo imagino, pero necesito que pueda decirlo.

—¿Por qué?

Me mira con disgusto por tener que explayarse sobre el tema.

—Y..., porque yo no puedo abrazarme al cuello de un hombre para besarlo, porque me caigo. Desvestirme es un trámite muy complicado y además, en aquel momento, tenía mucha vergüenza de mi cuerpo. Pero él fue tan dulce y todo fue tan lindo.

—¿Sí? Qué bueno.

—Sí. Porque yo disfruté mucho del sexo con él —pausa—, a pesar de las limitaciones.

—¿Qué tipo de limitaciones?

Me mira casi suplicante, como pidiéndome que no le haga todo más difícil. Me mantengo imperturbable, hasta que después de unos segundos continúa su relato.

—Usted se imaginará que yo no puedo desplazarme libremente por la cama, no puedo ir arriba y... —vuelve a interrumpirse.

—¿Y qué?

—Que hay tantas cosas que no puedo hacer. Pero él se encargó de que siempre me sintiera bien, plena.

—¿Y entonces, por qué lo pusiste en esa lista de personas que te discriminan?

Se queda pensando y empieza a lagrimear.

—Porque todo lo hacíamos en privado; todo, no sólo el sexo. Al principio no lo percibía, hasta que un día me di cuenta de que nunca íbamos a fiestas, que nunca salíamos al cine, a comer afuera... Nunca. Y entonces entendí.

—¿Qué es lo que entendiste, Ayelén?

Ahora sí deja que las lágrimas le mojen la cara sin pudor. Ya nada queda de su enojo inicial. Tan sólo una profunda tristeza y un enorme dolor.

—Que me escondía, que le daba vergüenza mostrar... —se angustia.

—¿Mostrar qué?

—Esto que soy.

Me golpea la manera en la que lo dice y la fuerza emocional que pone en juego. Pero, como yo mismo le había dicho a mi amigo, no puedo permitirme el lujo de tenerle lástima. Yo también tengo que entender que Ayelén es una persona “normal” a pesar de sus dificultades y darle el derecho a ser analizada como tal. Por eso no hago el menor gesto de compasión.

—¿Y qué pasó con esa relación?

Suspira.

—Estuvimos juntos muchos años, hasta que un día le dije que no quería seguir y me fui.

—¿Y le explicaste el porqué de tu decisión?

Ayelén niega con la cabeza.

—¿No?

—Jamás.

—Entonces, ¿Raúl nunca se enteró de que pensás que él se avergonzaba de vos?

—Nunca.

Pausa breve.

—¿Y no te parece que deberías decírselo?

Noto su duda.

—¿Cuánto hace que terminaste con él?

—Hace poco.

La escucho y algunos sucesos comienzan a ordenarse.

—Ajá. ¿Más o menos el mismo tiempo en el que pasó lo de Castells? — desvía la mirada—. Decime, Ayelén, ¿estás segura de que no proyectaste en tu profesor la rabia que sentías con Raúl?

No responde. Decido continuar trabajando este tema.

—¿Sabés?, me gustaría que pensaras en algo.

—¿En qué?

—En que a lo mejor, un hombre que estuvo con vos durante tanto tiempo y que te cuidó como lo hizo Raúl, merece al menos saber por qué decidiste

terminar con él, ¿no te parece?

Me mira.

—Tengo miedo.

—Lo sé. Pero estoy seguro de que no es la primera vez que te enfrentás a esa sensación, ¿no?

Asiente.

—Al menos, pensalo. Por lo que me dijiste, Raúl siempre te trató con mucho amor e imagino que debe de haberse quedado muy desolado, o al menos confundido cuando decidiste terminar la relación sin siquiera decirle el porqué. A lo mejor, incluso, piense que vos ya no lo querés más.

Me mira asombrada.

—¿Cómo se le podría ocurrir eso?

—Bueno, ¿qué pensarías vos si él te hubiera dejado sin darte ninguna explicación?

Menea la cabeza.

—Pero no es lo mismo.

—Ah, cierto —le digo con ironía—, él es una persona normal, ¿no?

No dice nada. Y después de unos minutos doy por terminada la sesión.

Durante varias semanas trabajamos el tema de su relación con Raúl, y cada vez más me convencía de que sólo el miedo y la autodiscriminación la habían llevado a tomar aquella decisión.

Ella aún lo amaba con todo su ser. Raúl había sido el único hombre que había logrado hacerla sentir una mujer y le había permitido soñar con un futuro.

En medio de una de aquellas sesiones la angustia la desbordó y gritó:

—Si no hubiera sido por estos bastones de mierda —y los arrojó.

Fue muy movilizante vivir esa situación. La deje llorar. Después me levanté, busqué los bastones y volví a ponerlos a su alcance. Ayelén lloraba de modo desconsolado mientras decía que sabía que no había posibilidad de ser feliz para ella.

Escuchaba su dolor, su justificado enojo con la vida. Pero esta era su vida y algo debía hacer para que pudiera moverse de ese lugar sufriente. Y cada vez más, la opción de que hablara con Raúl se me aparecía como la mejor manera de poner palabras a lo que le ocurría. Sabía que podía ser que efectivamente él le confirmara sus temores y que esto iba a derrumbarla aún

más, en cuyo caso allí estaría yo para contenerla. Pero ella misma no podía albergar más tanto silencio.

Le costó aceptarlo, pero al final me dijo que lo llamaría, pero que por favor no la apurara. Le respondí que la única urgencia era la que le impusiera su angustia. El Psicoanálisis jamás le pone tiempo al dolor de un paciente.

Un mes después, vino a sesión y me contó.

—Lo hice.

—¿Qué cosa hiciste?

—Hablé con Raúl.

—Ajá. ¿Me querés contar cómo fue?

—Bueno, lo llamé y nos encontramos en un café.

—¿Y qué pasó?

Sonríe conmovida.

—Él me vio llegar y se le llenaron los ojos de lágrimas —hace una pausa—, yo estaba tan nerviosa...

—¿Y qué sentiste al verlo?

Percibo la emoción en su mirada.

—Fue como si nunca me hubiera separado de él. Me abrazó, me ayudó a sentarme, me acomodó los bastones al costado de la mesa con tanta naturalidad. Claro, fueron muchos años.

—¿Y después?

Le cuesta hablar. Su voz se entrecorta.

—Me miró y me preguntó qué hacíamos nosotros separados. Me dijo que no me había llamado porque quería respetar mi decisión, pero ya no daba más, que no podía vivir sin mí y que nunca había entendido por qué decidí cortar lo nuestro.

—¿Y vos le contaste lo que te había pasado?

—Sí.

—¿Y él, qué dijo?

—Se asombró y... —se interrumpe.

—¿Y qué?

—Y se puso a llorar —ahora la que llora es ella—. Me dijo que no entendía cómo podía haber pensado eso. Que yo sabía que él siempre había estado muy orgulloso de mí.

Se detiene.

—Continuá.

—Y me preguntó por qué lo dejé justo cuando él me había propuesto casamiento.

Ayelén rompió en llanto, tal vez comprendiendo que Raúl era inocente de todas sus acusaciones.

—¿Raúl te había propuesto casamiento?

Asiente en tanto su cuerpo se sacude por el llanto.

—¿Y por qué decidiste cortar en ese momento?

No responde. No hace falta. La ficha que faltaba para armar el rompecabezas ha aparecido.

—Ayelén, ¿te acordás que al principio vos me dijiste que habías sufrido la discriminación muchas veces?

—Sí.

—Creo que eso no es cierto. Me parece que en realidad no fueron muchas veces, sino siempre. Pero no por parte de los demás, sino por parte tuya —espero que asimile lo que le estoy diciendo—. Tenés que aceptar que esa actitud de superación que me mostraste en las primeras sesiones no es más que un disfraz, pero ¿sabés qué?, aquí no necesitás usarlo.

Llora. Le cuesta hablar.

—No pude, Gabriel.

—¿Qué no pudiste?

—Casarme.

—Pero ¿por qué no?, si vos amás a este hombre...

—Claro que lo amo. Con todo mi corazón, pero ¿cómo iba a hacer?

—¿Cómo ibas a hacer con qué?

—¿Cómo iba a entrar a la iglesia caminando, dando lástima? ¿No se da cuenta? Apenas si iba a ser la caricatura de una novia.

—Para vos, pero no para Raúl. Porque él te ama, y te iba a estar esperando en el altar para recibirte y cuidarte como lo hizo todos estos años.

Ayelén no deja de llorar, pero algo me dice que su angustia viene aún desde mucho más lejos que esta experiencia. Está muy quebrada, pero tengo que seguir.

—Vos no te creíste merecedora de eso, ¿no? Ya lo dijiste en la primera sesión: no te considerás normal, y nunca te perdonaste ser diferente. Pero no te mientas, Ayelén. No éramos ni tus compañeros, ni Castells, ni Raúl, ni yo los que te discriminábamos. Tenés que hacerte cargo de que sos vos la que no puede aceptarse.

Llora unos minutos en silencio, hasta que por fin me mira.

—Gabriel, hay algo que tengo que contarle.

—Te escucho.

—Cuando Raúl me propuso casamiento, no solamente me fui de su lado.

—¿Ah, no?

—No. Yo no quería vivir más y —pausa— me quise matar.

—¿Qué hiciste, Ayelén?

Silencio.

—Intenté ahorcarme. Agarré una soga que había en el taller de mi papá, la crucé como pude por el tirante del techo, me senté en mi cama, me la puse alrededor del cuello y me quedé inmóvil —solloza—. Sabía que sólo tenía que intentar ponerme de pie sin los bastones y mi cuerpo haría el resto. Iba a caerme y a morir. Pero no pude.

Se quiebra.

—¿Y qué pasó después?

—Me saqué la soga y me quedé sentada, llorando. ¿Se da cuenta?, ni siquiera me alcanzó el valor para eso.

—No, Ayelén, no te confundas. Morir no es difícil, lo difícil es vivir. Y si vos no te mataste es justamente porque tenés valor, porque te bancás la vida difícil que te tocó. Además, no creo que tu verdadero deseo fuera matarte.

Me interroga con la mirada.

—Me parece que lo que intentaste fue corregir algo que no pudiste cambiar en el pasado.

—No lo entiendo.

—Sí. Vos me dijiste que tu enfermedad se produjo por un doble circular del cordón umbilical en el momento en el que naciste. Bueno, creo que la soga que te sacaste del cuello, en realidad fue el cordón que no te pudiste sacar al nacer. Ese que te causó esta lesión que tanto te angustia. Pero ¿sabés qué?, eso es imposible. Y esta, te guste o no, sos vos. Con tu discapacidad, es cierto, pero también con tu coraje, tu espíritu de lucha, tu inteligencia y, por sobre todas las cosas, con ese hombre que te ama, que te desea y que quiere armar una vida a tu lado. Así que, pensalo bien, porque tenés que elegir si vas a odiar a esos bastones que te recuerdan todo el tiempo lo que no podés hacer, o si les vas a agradecer que te permitan caminar hacia lo que te atrevas a soñar.

Aquella sesión duró casi dos horas y fue muy dura para ambos.

Hay quienes creen que el compromiso afectivo del analista con sus pacientes es muy bajo, cuando no nulo. Poco saben esas personas acerca de lo que es tener alguien angustiado enfrente. Alguien que, como Ayelén, habla incluso de sus ganas de morir.

La vida puede ser muy difícil para algunas personas. Injusta, a veces. Pero a pesar de eso, cuando un paciente viene a vernos es porque pone en juego su deseo de hacer algo diferente con esa vida que tanto le cuesta sobrellevar. Y es en esos momentos cruciales en los que se evidencia el temple del analista. Y el que no esté dispuesto a involucrarse con ese dolor no debería ejercer el Psicoanálisis.

Que nuestra técnica nos lleve a renunciar al consejo, la intervención directiva o la “palmoterapia” no implica que no sintamos con una fuerza aun mayor lo que pasa por el pensamiento y la emoción de nuestros pacientes.

Muy por el contrario, en transferencia, en esa relación tan fuerte en la que se actualiza el pasado, en la que somos imprintedos en lugares incómodos y difíciles, el inconsciente del paciente se anuda a nuestro propio inconsciente y nos permite vivenciar esas emociones con una potencia que muchos de los que critican al Psicoanálisis jamás sentirán.

Dos o tres sesiones después, Ayelén llegó radiante. Estaba hermosa y se la veía muy contenta. Se lo hice notar.

—Estás muy sonriente hoy. ¿Pasó algo?

Asintió con una mirada pícaro.

—Hoy no vine en taxi.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Y cómo viniste?

—Me trajo Raúl, en el coche.

—Ah, mirá vos qué bien. ¿Y no tenés nada más que decirme al respecto?

—Sí.

—¿Qué?

—Que estuvimos hablando mucho, y me dijo que sigue queriendo casarse conmigo.

—¿Y vos? ¿Vos qué querés?

—Yo también quiero casarme con él. Pero...

—¿Pero qué?

—Es que tengo tanto miedo.

La miro y la veo como si fuera una nena asustada en busca de protección. Pero por sobre todas las cosas, comprendo ese miedo y sé que debo ayudarla a que esta vez no detenga su deseo.

—Y bueno, habrá que enfrentarlo, entonces. Ya sabés lo que dicen, ¿no? Los cobardes no hacen historia. Y esta es tu historia.

Ella asiente y se permite una sonrisa tierna y agradecida.

—Igual, ya le dije que sí.

—¿En serio?

—Sí. Y usted va a tener que venir a la iglesia. Digo, para acompañarme, por si me dan ganas de escaparme otra vez.

Se ríe. Pero no es una broma, sé que de verdad me está pidiendo que esté a su lado en un momento tan hermoso y difícil a la vez. Y tomo el guante.

—Claro que voy a ir. Y te aseguro que para mí va a ser muy lindo verte entrar, con esta sonrisa hermosa que tenés ahora.

Ayelén llora, pero de felicidad. Entonces decido que este es el momento para dar un paso más. Me levanto, me paro a su lado y le estiro las manos. Ella me observa, después mira los bastones e intenta agarrarlos.

—No —le digo—, dejalos. Vení.

Se sorprende.

—No entiendo.

—Ayelén, una vez me dijiste que no podías abrazar a alguien sin caerte. ¿Y sabés qué?, los bastones están para ayudarte, no para atarte. Y no estoy de acuerdo con vos. Por el contrario, creo que sí, sos capaz de dar un abrazo sin su ayuda.

Está confundida, pero sonrío.

—No puedo. Es imposible.

—Tan imposible como que Raúl se enamorara de vos, ¿no? —me mira asustada—. ¿Sabés qué dijo una vez Nelson Mandela?

Niega con la cabeza.

—Que todo parece imposible hasta que se hace.

Se muerde el labio. Noto su ansiedad, pero aun así, me sonrío.

—¿Y si me caigo?

Le devuelvo la sonrisa.

—Te ayudo a levantarte.

Ayelén duda, tiene miedo, pero confía en mí, de modo que, con dificultad, se toma de mis manos e intenta pararse. La siento tensa, pero la

sostengo, hasta que por fin se pone de pie y me hecha los brazos al cuello. Se aprieta fuerte contra mí y estalla. Entonces su llanto de felicidad inunda el silencio. Miro y veo, como únicos testigos, sus bastones que yacen quietos en el piso.

[1.](#) El nombre real del profesor ha sido cambiado para guardar su identidad.

LA TRANSFERENCIA

Al comienzo, Freud utilizó esta noción fundamental en nuestra práctica clínica para referirse a la “transferencia de sentido”, es decir a la posibilidad que tiene la psiquis de desplazar la emoción de una idea hacia otra. Lo que se llamó también *falso enlace*.

Pero fue tiempo después cuando tomó la fuerza y la significación que hoy tiene como concepto teórico, al quedar ligada a las características de la relación que se establece entre un paciente y su analista. Y si algo diferencia al Psicoanálisis de otras terapias es, especialmente, el lugar que el analista juega en ese vínculo tan intenso. Podríamos decir que la teoría psicoanalítica misma nace como un efecto de la lectura singular que Freud hizo de este fenómeno a partir de un caso conocido como Ana O.

Esta paciente era atendida por el doctor Josef Breuer (médico y filósofo austríaco), quien no pudo tolerar la potencia con la que ella volcaba sus afectos sobre su persona e interrumpió el tratamiento. Entonces, Freud decide continuarlo, se compromete a hacer algo con esas emociones y concluye que en realidad no tenían que ver con él, sino que ella “transfería” sobre su persona algunos contenidos inconscientes.

Pensada de este modo, la transferencia produce una resistencia, ya que en lugar de recordar, asociar y poder hablar de lo ocurrido, el paciente transfiere sus afectos al analista; sería, pues, algo que habría que vencer para que el análisis pueda avanzar.

Teniendo en cuenta esto, podemos imaginar la función del analista como una pantalla sobre la cual el paciente proyecta sus temores, sus enojos e incluso sus deseos.

Sin embargo, esa repetición que se da en el consultorio, aquí y ahora, muestra de qué manera ese sujeto se relaciona con los demás; especialmente con las figuras importantes de su historia.

Paradójicamente, la transferencia se impone como un fenómeno que tiene dos caras opuestas. Por un lado es una resistencia al análisis y por el otro una aparición invaluable para acceder a los mecanismos inconscientes.

Desde la mirada freudiana, la transferencia puede ser positiva o negativa según los afectos que el paciente vuelque sobre el analista. La transferencia positiva puede darse de dos formas: la ternura o el erotismo. En el primero

de los casos la relación fluye y permite el trabajo terapéutico. El paciente habla de su analista y lo describe como alguien inteligente, una buena persona, dice sentirse seguro y comprendido. En cambio, cuando la transferencia se erotiza demasiado, se convierte en un problema. Los deseos sexuales del paciente se dirigen hacia la persona del analista y dificultan el trabajo.

Se plantea entonces un desafío: develar de dónde vienen esos deseos y a quién estaban dirigidos en su origen. Si esto se logra, el análisis avanza. En caso contrario, muchas veces el profesional debe interrumpir el tratamiento.

No obstante, el *amor de transferencia* es sincero. Según Freud, hay que considerarlo un afecto verdadero: un amor que el paciente está sintiendo. A pesar de esto, lo cierto es que esa emoción es generada por las características singulares del vínculo: una situación de asimetría en la que el analista está idealizado, ubicado por el paciente en el lugar del saber.

Cierta vez, una joven con la que estábamos trabajando este tema, hablando de las razones de su amor por mí, me dijo: “Si alguien lo escuchara, lo entendiera, lo contuviera y estuviera allí cada vez que lo necesita, ¿usted no se enamoraría?”.

Como vemos, ella denunciaba claramente las condiciones que lo habían generado. Sea como fuere, es un amor que no puede ser correspondido ni concretado.

La transferencia negativa, en cambio, alude a los sentimientos de hostilidad que puede alguien volcar sobre su analista y esto también entorpece el desarrollo del tratamiento. Es muy difícil manejar ese monto de afecto agresivo que a veces surge en las sesiones y además, si el paciente no se mueve de ese lugar de enojo, le será imposible recibir nuestras intervenciones y trabajar a partir de ellas.

Jacques Lacan sostiene que, si bien la transferencia está recorrida por el amor, de lo que se trata en realidad es de un amor al saber y la instala de esta manera como motor del análisis, ya que ese amor llevará al paciente a enfrentar y superar sus resistencias en búsqueda de la verdad.

Esta postura implica un lugar particular en el cual el analista debe ubicarse, pues si lo que el paciente ama es el saber, habrá que poder sostener ese lugar para que el análisis avance. Pero es claro que el analista no tiene el conocimiento de la verdad que recorre a ese sujeto, por eso

diremos que es un saber supuesto. De allí la concepción lacaniana de que el analista ocupa el lugar de sujeto supuesto saber.

Esto quiere decir que cuando alguien cree que es el otro (Otro) el que sabe, ya hay transferencia. Lo cual nos habilita a plantear que no es la relación analítica la única capaz de generar este fenómeno, ya que cuando una persona va a ver, por ejemplo, a un abogado, supone que este tiene un saber que puede ayudarlo. ¿Hay allí transferencia? Sí. Porque “puede haber transferencia sin análisis aunque no hay análisis sin transferencia”. ¿Y dónde radica, entonces, su singularidad? En la manera particular en la que el analista trabaja con ella.

Es claro que esta suposición de saber le otorga al profesional un poder. Pues bien, el analista renuncia a usar ese poder. No le dice al paciente lo que tiene que hacer o cómo debe comportarse. Esta es una diferencia fundamental entre el Psicoanálisis y otras técnicas terapéuticas.

Los analistas no tenemos la llave que abre la puerta de salida al sufrimiento de nuestros pacientes y debemos respetar su deseo y no imponer nuestras ideas sobre lo que sería mejor o peor para él. Dicho de otro modo, la ética del Psicoanálisis radica en el respeto por el deseo del analizante.

Muchas veces me han preguntado mi opinión sobre la hipnosis. Es más, en alguna de esas ocasiones me hablaron del tema como si se tratara de una novedad terapéutica. Debo decir que esto no es cierto. Por el contrario, Freud mismo renunció a utilizarla hace más de cien años, por haber constatado su ineficacia en la resolución de los conflictos neuróticos. Pero ¿dónde radica esa deficiencia terapéutica de la hipnosis?

Imaginemos por un momento que un paciente presentara una fobia a las cucarachas. Bajo la sugestión que genera la hipnosis, el hipnotizador podría ordenarle que, al despertar, este miedo desapareciera, y es probable que tuviera éxito. Pero lo que no se está teniendo en cuenta es que esa fobia estaba allí por algún motivo y tenía una causa precisa.

Su desaparición, efecto de que el hipnotizador ha utilizado el poder de la transferencia para sugestionar al paciente, no da cuenta del porqué de la necesidad de aquella dolencia. Tampoco se ha establecido el origen traumático de su causa, por lo cual veremos reaparecer ese sufrimiento bajo una nueva forma en un tiempo más o menos prolongado.

El analista, podemos decir ahora, renuncia al poder de sugestionar a su paciente y, por el contrario, lo invita a buscar la verdad que se encuentra en

el origen de su padecimiento. Y para poder sostenerse en ese sitio se hace indispensable que el psicoanalista haya atravesado por un proceso profundo de análisis personal. Pero no para eliminar sus deseos, sino para encontrar uno aun mayor que sus pasiones: respetar la subjetividad de cada paciente. A eso lo llamamos: *el deseo del analista*.

Cito a Lacan:

Nadie ha dicho nunca que el analista no debe experimentar sentimientos respecto de sus pacientes. Pero no sólo tiene que saber no ceder a ellos, mantenerlos en su lugar, sino también cómo usarlos adecuadamente en su técnica.

¿Cómo funciona este concepto de *deseo del analista*?

Según Nasio, así como el paciente le supone un saber al analista, también le supone un deseo. En este sentido, la expresión *deseo del analista* no hace referencia al deseo de la persona del analista, sino al deseo que el analizante le atribuye.

Recuerdo a un paciente que antes de narrar un sueño que había tenido la noche anterior, me dijo: “Este sueño te va a gustar”.

Observemos cómo él tenía una idea acerca de que yo deseaba que trajera un sueño para que pudiéramos analizarlo. De la misma manera, muchas veces escuchamos en el consultorio que alguien dice que “nos vamos a enojar” o “lo vamos a retar” por algo que ha hecho. En ese caso hay que tomar rápida distancia de esta creencia y hacérselo saber. Es más, el desafío durante un análisis es que el deseo del analista permanezca enigmático. Que el paciente nunca sepa qué es lo que estamos deseando que haga, ya que esta duda lo movilizará a hablar y trabajar en análisis para descubrirlo.

Pero el término *deseo del analista* también debemos pensarlo como el deseo que lo impulsa a dirigir la cura. Desde mi postura clínica, no se trata del deseo de que el paciente elimine sus síntomas, ni siquiera de que logre el bienestar, sino que llegue a una verdad, al corazón mismo de sus deseos más profundos para que pueda emerger como un sujeto distinto a lo que era al llegar y, sobre todo, distinto a su analista.

Articulemos estos conceptos con el caso de Ayelén.

Es evidente que ella me suponía un saber ya que “había leído todos mis libros” y confiaba en mí. De hecho, con esa creencia llega a la entrevista inicial. Por eso, luego de mi primera intervención dice: “Qué bien me voy a llevar con usted. Me parece que esto me va a gustar”. Y, para confirmar esta

suposición, al terminar agrega: “Ya va a ver. Algún día voy a ser como usted”.

Lo antedicho pone de manifiesto dos cuestiones. En primer lugar, la atribución de un saber sobre mí. Y, en segundo lugar, la suposición de que tengo un deseo puesto en juego: “Ya va a ver...”. ¿Qué quiere decir con eso? Que inconscientemente supone que yo deseo que se reciba de psicóloga e incluso que se parezca a mí.

Afirmamos que puede haber transferencia sin análisis y el ejemplo más claro es la escena que protagoniza con el profesor Castells. Es claro que también a él le supone un saber. Dice que sus clases desbordan de alumnos que quieren escucharlo porque “el tipo es un genio”.

Ubicado por ella en ese lugar, no era raro que también transfiriera sobre su persona alguno de sus conflictos no resueltos. En este caso, la discriminación.

Cuando trabajamos el tema y luego del acto analítico (no alcanzarle los bastones) proyectó su furia sobre mí y dijo: “Se ve que Castells no es el único analista hijo de puta de este mundo”.

Desde la concepción que prioriza el afecto, podríamos sostener que Ayelén llega con una fuerte transferencia positiva que después de mi intervención muta a negativa. Me acusa, incluso, de crearme muy importante.

Pero, como sé que soy esa pantalla en la que proyecta sus contenidos inconscientes, no me hago cargo de ese enojo y trabajo sobre lo que ha surgido hasta lograr que ella misma reconozca que no se trataba de Castells ni de mí. Que eso que estaba sintiendo provenía de otro lado. Y allí aparece en escena Raúl.

Toda relación amorosa hace que supongamos que el otro tiene valores que nadie más posee, y eso ocurrió en este caso. También con Raúl establece un vínculo idealizado; él era el que sabía qué hacer con ella, con sus bastones e incluso con su sexualidad.

Pero ni Castells ni Raúl estaban en posición de actuar sobre esa transferencia, en cambio yo sí. Por eso ahondamos en el tema hasta llegar a la raíz de ese sentimiento de ser discriminada que, por supuesto, tampoco se originaba en Raúl, sino en ella misma. En la dificultad que tenía para aceptarse tal cual era.

Develar esto generó un cambio en su vida ya que pudo corregir una decisión equivocada que había tomado, pues iba en dirección opuesta a su deseo y la dejaba ligada al padecimiento. Pero no fue sólo eso, sino que resuelta esta cuestión pudimos llegar a una escena fantasmática originaria.

Cuando se anima a hablar de su plan suicida, descubrimos que en realidad de lo que se trataba era del intento inconsciente por corregir aquella vivencia traumática que sufrió en el momento de su nacimiento, de quitar el cordón que fuera la causa de su discapacidad motriz y su sufrimiento psíquico.

Ayelén se casó con Raúl dando cuenta de que el deseo es mucho más resistente que el cuerpo.

Y permanece, incluso, allí en donde el cuerpo se quiebra.

VIVIR SIN DEBER

(la historia de Horacio)

No concibo otra definición de adulto que esta: es adulto aquel que, cualquiera sea su edad, ha perdido a alguien.

MICHEL TOURNIER

Sólo hay dos motivos que justifican que alguien comience un análisis. Uno de ellos es la angustia. Ese más allá del dolor que invade el ánimo y se siente como un desgarró lacerante en todo el cuerpo. Dos son las formas que puede tomar la angustia. La primera de ellas es la que llamamos *angustia automática* y que deviene en una explosión, una descarga de la ansiedad acumulada bajo la forma, por ejemplo, de un ataque de llanto o de ira. En esas ocasiones, pareciera como si de pronto las barreras de contención hubieran caído y un aluvión mudo e insensato nos llevara por delante. La otra forma es la que denominamos *angustia señal*, y alude a un quantum mucho menor, más tolerable, pero permanente y que se sostiene a lo largo del tiempo. Esta actúa como un mecanismo de defensa y se da, por ejemplo, en ocasiones en las que tememos una mala noticia. Entonces, el aparato psíquico moviliza esa cantidad reducida de angustia para que nos preparemos ante la posibilidad de un acontecimiento doloroso. En la angustia automática prevalece el imprevisto, en la angustia señal, el intento de anticipar el dolor y evitar que se convierta en padecimiento.

El otro motivo por el cual alguien reclamaría un lugar dentro del encuadre analítico es la existencia de una pregunta que se vuelve tan importante para el sujeto que lo impulsa a la búsqueda de su verdad.

De todos modos, cuando un paciente llega a análisis no siempre puede formular esa pregunta o entender el motivo de su angustia con claridad. Por el contrario, la enmascara y, generalmente, trae consigo sus síntomas. Pero ¿qué es un síntoma?

Antes que nada, un síntoma es una respuesta equivocada. Es el resultado de un modo patológico de defenderse ante algo que podría generar un dolor que el sujeto, inconscientemente, juzga como intolerable.

Por eso, los analistas no somos partidarios de suprimir los síntomas porque sí, ya que sabemos que están allí para cumplir una función y que de lo que se trata es de resolver el motivo que los generó. Si simplemente nos limitáramos a suprimirlos podríamos, aunque parezca extraño, generar un mal mayor pues no sabemos hacia dónde sería derivada toda la tensión psíquica que se concentraba en el síntoma.

En el caso de Horacio, fue esa angustia señal constante lo que motivó su consulta, aunque prontamente empezó a desplegar su sintomatología.

Al momento de iniciar su tratamiento tenía treinta y cinco años. Llegó vestido con un traje azul, camisa celeste desabrochada en el último botón y una corbata oscura que llevaba algo baja. Tenía una barba apenas crecida, de dos o tres días, pero descuidada y daba la impresión de estar agotado, como si llevara un tiempo sin dormir.

—Hace rato que me pasaron su teléfono, pero recién ahora me animé a llamarlo.

—¿Y por qué quería hablar conmigo?

—Porque no me estoy sintiendo bien. Por eso decidí retomar terapia.

—Ah, ¿ya hizo análisis antes?

—Sí, alguna vez.

Habla con reticencia. Va soltando sus palabras con dificultad, razón por la cual, al estar en una primera entrevista, me veo en la obligación de intervenir de un modo activo.

—¿Y por qué dejó?

Suspira.

—Porque ya no tenía ganas de ir. Todo bien con Analía, mi última terapeuta; me ayudó muchísimo, pero me cansé y no fui más. Pobre.

—Pobre ¿por qué?

—Porque ni siquiera le avisé que iba a dejar de ir. Simplemente desaparecí.

La frase es fuerte. Pero hace apenas unos pocos minutos que estamos hablando y no considero que sea el momento de poner sus dichos a trabajar. Me interesa más ir generando un vínculo y ver cuál es el motivo de consulta.

Por lo general, ese motivo consciente no siempre recorre el análisis, pero es importante constatar qué idea tiene el paciente acerca de lo que le está pasando. De modo que prefiero dejar que Horacio despliegue libremente lo que tenga ganas de decir.

—Bueno, Horacio, usted dirá.

—¿Por dónde empiezo?

—Por donde quiera.

Asiente y se queda pensando unos segundos.

—Bueno, a ver. Soy soltero, tengo treinta y cinco años y soy dueño de un estudio contable.

—¿Es contador?

—No, no soy contador. Hice la carrera de ciencias económicas pero dejé cuando me faltaban pocas materias.

—¿Y cómo hace, entonces?

—¿Con qué?

—Con el estudio.

Menea la cabeza.

—Tengo un socio. Un muchacho que conocí en la facultad y con el cual nos hicimos amigos. Es un buen tipo, aunque no sabe demasiado; pero tiene matrícula —sonríe—. Así que somos la sociedad perfecta: yo trabajo y él firma.

—¿Y ese tema le preocupa?

—No, para nada.

Vuelve a callar.

—¿Y qué es lo que lo llevó a tomar la decisión de consultar ahora?

Hace un gesto de contrariedad.

—Y..., me mandé una macana.

—¿Qué tipo de macana?

—Con Lucrecia.

—¿Quién es Lucrecia?

Lo noto inquieto.

—Mi novia; es decir, mi ex novia.

—¿Se pelearon?

Duda.

—Supongo que sí, e imagino que debe odiarme.

—¿Por qué piensa que ella está tan enojada con usted?

Mueve sus manos como diciendo que es algo inevitable.

—Y..., ¿cómo se sentiría usted si su pareja lo hubiera dejado en la puerta del Civil, con los invitados y el arroz sin siquiera avisarle que no iba a ir?

Silencio.

—¿Usted hizo eso?

Asiente.

—¿Y por qué?

—Me asusté.

—¿Y cuál fue el motivo de su miedo?

Respira profundamente antes de responder.

—Yo la quería mucho. Es más, todavía la quiero. Pero me vi casado, teniendo un hogar, hijos y dije: “esto no es para mí, no voy a poder”. Hasta me había vestido para la ocasión, pero no fui. Me puse a pensar. Mi cabeza era una licuadora que no paraba nunca.

—¿Y luego?

—Dejé pasar las horas hasta que me animé y la llamé.

—¿Y ella qué le dijo?

—Nada, porque nunca me atendió. Más tarde, el hermano se comunicó conmigo para decirme que si volvía a verla o si tan siquiera intentaba contactarla de algún modo, me iba a matar a trompadas —agacha la cabeza—. Me lo hubiera merecido.

Puedo percibir su culpa. La actitud que tuvo no es algo de lo cual se jacte, ni siquiera que lamente, sino que lo ha llevado a una angustia tan grande que le cuesta soportar.

Dedicamos todo el tiempo de aquella primera entrevista a ese tema.

Me contó que había conocido a Lucrecia en una fiesta hacía cuatro años. Habló muy bien de ella y admitió estar aún enamorado. Necesitaba contar lo ocurrido y me pareció pertinente dejar que lo hiciera.

Las palabras horadan la angustia, y por esa razón es tan importante que el paciente pueda hablar de los temas que lo acongojan. Hay que ayudarlo a “desgastar” la emoción para evitar que aquello que no puede simbolizar le genere algo pernicioso.

Pero como sospechaba una estructura obsesiva grave, no quise que ese hecho se instalara como el único, porque Horacio podría quedar atrapado y dando vueltas sobre esa cuestión sin abordar otros temas. Por ese motivo, en nuestro segundo encuentro, le propuse que hablara de otra cosa.

—Cuénteme, Horacio, ¿cómo es su familia?

Pausa.

—Mi familia es mi viejo. Mi mamá murió en el parto, así que no tuvo tiempo ni de darme un abrazo —se conmueve—. Pero, bueno, dicen que Dios aprieta pero no ahorca.

—¿Y qué quiere decir con eso?

—Que por suerte estuvieron mi tía y mi abuela para encargarse de mí. Fue como una compensación. Perdí una madre pero gané dos. Pero, por sobre todo, estuvo mi viejo.

Lo nombra y su voz se quiebra. Está visiblemente emocionado y, por eso mismo, decido avanzar en esa dirección.

—¿Quiere hablarme de él?

Se seca unas lágrimas con la mano.

—Mi viejo fue increíble.

—¿Por qué lo dice?

—Por todo. A veces miro los boletines o los cuadernos de la primaria y en todos están su firma, sus correcciones, sus dibujos. ¿Sabe?, él jamás dejó de venir a un acto. Además, trabajaba mucho, pero aun así, se hacía el tiempo para llevarme a la plaza o hacer los deberes conmigo. Y no recuerdo una sola noche en la que no me durmiera con un cuento. La verdad es que no sé cómo hizo para estar en todo.

Habla de su padre con un profundo orgullo, pero también con tristeza, y me pregunto si ese sentimiento no vendrá de otro lado, ya que todo lo que ha dicho acerca de él es muy emotivo pero no triste.

—¿Y qué sabe de su madre?

—No mucho.

—¿Alguna vez vio una foto de ella?

—Sí, varias. Tengo una, incluso, en la que está embarazada de mí —se detiene—, el único momento en el que estuvimos juntos.

Lo dice con una enorme pesadumbre.

—Dicen que era una buena mina —continúa—. Hubiera sido lindo conocerla.

Pausa.

—¿En qué se quedó pensando?

—En mi papá y lo difícil que debe de haber sido para un hombre quedarse solo, con un bebé.

—Bueno, no tan solo. Usted dijo que también estaban su tía y su abuela, ¿no?

Horacio había hablado de una cierta compensación, del hecho de haber perdido una madre pero haber ganado dos. Y eso no era cierto. Seguramente para defenderse de la angustia de la pérdida armó en su pensamiento este esquema, pero era necesario que admitiera el tamaño de la pérdida ya que sólo puede duelarse lo perdido. De allí que mi intervención buscara que él mismo pusiera en palabras esta falacia. Lo hizo inmediatamente.

—Sí, pero no es lo mismo.

Asiento.

—Horacio, su padre era un hombre viudo, joven. ¿Nunca volvió a formar pareja?

Se sonríe.

—¿Qué le causa gracia?

—¿Usted cree en ese mito de que las mujeres se derriten por un viudo joven con un hijo?

—Yo no creo nada. Es sólo una pregunta.

Se toma unos segundos.

—No. Y no recuerdo que haya habido nadie en especial. Ojo, no soy tonto y tengo claro que a veces salía con mujeres, pero nunca las trajo a casa. Tal vez no se permitía tomarlas en serio.

—¿Y por qué haría eso?

Me mira.

—Por mí, para que nadie nos separara.

Le devuelvo la mirada sin hacer ni un solo gesto.

Trabajamos durante algunos meses. Horacio era un hombre inteligente pero a veces una enorme sensación de culpa lo invadía y lo obnubilaba. Cuando atravesaba esos procesos parecía deteriorarse. Su aspecto era el de alguien mucho más grande, abatido y descuidado.

Una tarde tocó el timbre y al abrir advertí que estaba borracho. Había apoyado su hombro contra la pared, tenía la cabeza gacha y un notorio olor a alcohol. Al verme intentó enderezarse pero trastabilló. Después quiso entrar al consultorio, pero no se lo permití.

—Horacio, me parece que usted no está en condiciones de hablar. Y para eso viene acá, de modo que mejor demos por terminada la sesión ahora mismo.

Parece desubicado ante mi intervención. Yo me mantengo firme pero calmo.

—De todos modos —agrego—, lo que quería decirme ya me lo dijo.

Confundido, Horacio se da la vuelta como puede y comienza a caminar torpemente, pero lo detengo. Él me mira como no entendiendo, por eso se lo aclaro.

—No me ha pagado usted la sesión.

Su cara se contrae en un gesto de disgusto. Mete la mano en su bolsillo no sin alguna dificultad. Luego cuenta el dinero y me lo da.

—Hasta la próxima —le digo y cierro la puerta.

Después de una intervención tan dura es difícil predecir cuál será la reacción del paciente. La semana siguiente, Horacio faltaría a su sesión.

Pensé cuál sería la actitud correcta para este momento particular y complejo del análisis y tomé una decisión. Esa misma noche lo llamé por teléfono.

—Hola.

Me costaba escucharlo porque el ruido de fondo era muy fuerte. Parecía provenir de un bar.

—Buenas noches, Horacio. Soy Gabriel Rolón.

Se hizo una pausa.

—Hoy no vino a sesión —continué—, y tampoco me avisó.

Me doy cuenta de que lo ha sorprendido mi llamada. Titubea.

—Bueno, lo que pasa es que...

—¿Qué es lo que pasa?

No me responde y decido tomar el toro por las astas.

—Horacio, ¿en qué horario de mañana puede recuperar la sesión?

—Mire, en realidad... —lo interrumpo.

—Sólo dígame en qué horario. El resto lo hablamos acá.

A disgusto me dijo que podía a las 20 horas.

—Perfecto. Lo espero.

Al día siguiente, según lo acordado, llegó puntualmente. Se lo veía nervioso. No podía dejar las manos quietas y un gesto tenso le fruncía el ceño. Decidí encarar el tema sin vueltas.

—Si yo no lo llamaba usted no pensaba volver, ¿no?

—No.

—¿Tampoco iba a avisarme?

Niega con la cabeza.

—¿Puedo saber por qué?

—Es que me fui muy mal de la última sesión —se interrumpe—, bah, eso ni siquiera fue una sesión.

—Se equivoca —lo corrijo—, sí fue una sesión; y muy productiva.

Me mira extrañado.

—Dígame, ¿siempre toma de esa manera?

Se mueve inquieto. Está muy incómodo con la situación.

—Yo no quería hablar de eso.

—Se equivoca.

—No lo entiendo.

—Usted sí quería hablar de eso, pero no podía, y por eso mismo, como no se animaba a ponerlo en palabras, me lo mostró —pausa—. Pero no respondió a mi pregunta.

Duda.

—¿Cuál era la pregunta?

—Si siempre toma de esa manera.

Niega.

—No, no muchas veces. Sólo cuando me angustio mucho.

—¿Y por qué se angustió esta vez?

—No lo sé.

Es evidente que está confundido y le cuesta pensar con claridad. Por eso intento ayudarlo.

—¿Ocurrió algo inesperado?

—No, nada.

—¿Está seguro?

—Sí, o al menos eso creo.

En estas situaciones en las que todo parece empantanarse se hace necesario apoyarse en la teoría. Está ganado por una resistencia feroz y sé que eso sólo ocurre cuando se está muy cerca de algo importante. La conciencia se niega a dar lugar a las representaciones psíquicas y las sostiene en la oscuridad del inconsciente. Pero para enfrentar esos momentos los analistas hemos desarrollado un concepto técnico: la *asociación libre*; y en él me apoyo.

—Horacio, diga lo primero que se le venga a la mente, aunque no le parezca importante.

—No me viene nada; o sí, qué sé yo.

—No piense. Simplemente hable.

—Es que no tiene nada que ver.

—Ya le dije, eso no importa. Dígame, ¿qué pensó?

—Pensé que el otro día me encontré con Malena.

—Ajá. ¿Y quién es Malena?

—Malena es... mejor dicho, fue mi primera novia.

—Cuénteme.

Asiente.

—Estaba yendo a almorzar a casa de mi viejo y me la crucé de casualidad. Es que sigue viviendo en el barrio. Ella venía caminando con su bebé en brazos, un nene hermoso. Y nada más. Eso.

—Pero ¿qué pasó en ese encuentro?

—Nos saludamos, hablamos un minuto y listo, nada más.

Pienso.

—¿Le molestó verla con su hijo?

—No. ¿Por qué iba a molestarte? Al contrario.

—¿Por qué al contrario?

—Porque ella siempre soñó con tener una familia, hijos, un esposo —sonríe con afecto—. Malena siempre fue una gran persona y me hizo bien verla y saber que lo logró.

—¿Y qué es lo que logró?

—Eso, cumplir su sueño.

Su gesto se ha suavizado. Es como si el recuerdo de esa mujer fuera algo grato para él.

—Habla de ella con mucho cariño.

—Es que eso es lo que siento.

—¿Y puedo saber por qué terminaron?

Niega con la cabeza.

—No lo sé.

Hasta aquí parece haber llegado con el tema. Pero es necesario que siga hablando.

—¿Qué pasó después?

—¿Después de que terminamos?

—No, después del encuentro del otro día.

Piensa.

—Nada raro.

—Bueno, cuénteme, aunque no sea nada raro.

—Almorcé con mi papá. Conversamos un rato y después, cuando llegué a la oficina, empecé a sentirme mal.

—¿Mal? ¿Puede describirme lo que sintió?

Asiente.

—Me faltaba el aire, tenía taquicardia y empecé a ponerme muy nervioso. Intenté trabajar, pero no pude.

—¿Y qué hizo, entonces?

—Salí a caminar y...

—¿Y qué?

—Y un rato después me metí en un bar esperando a que se hiciera la hora de venir acá. Tomé un poco —pausa—, bueno, el resto ya lo sabe.

Horacio asoció su angustia a la aparición de Malena. De modo que algo debe de haber allí que lo angustió. Por eso insisto, para ver si puede decir algo más acerca de esto.

—Horacio, ¿Malena dijo o hizo algo que usted recuerde?

Niega con la cabeza, pero percibo que otra vez se ha angustiado. Noto su confusión y siento el esfuerzo que hace por reprimir el recuerdo de lo acontecido. Sé que allí hay algo, pero sé también que no es esta la sesión en que saldrá a la luz. Por eso me quedo en silencio.

No siempre es el pensamiento la forma en la que aparece en la conciencia el recuerdo de aquello que nos aqueja. Por el contrario, el inconsciente manifiesta una manera muy diferente de recordar. Lo hace bajo formas extrañas, pero claras para un analista. En esta ocasión, la forma que tomó ese recuerdo reprimido para aparecer fue un sueño.

Horacio vino a sesión y, extrañamente, estaba relajado.

—Anoche tuve un sueño bastante cómico —me dijo.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo era?

—Le cuento. Yo estaba en un aeropuerto lleno de gente y conversaba con un pasajero mientras esperábamos para embarcar. El tiempo pasaba y no nos llamaban. En un momento el hombre me dice que ya es la hora, entonces nos acercamos al mostrador y el empleado nos informa que debemos esperar porque el avión no está en condiciones todavía y que ya nos van a llamar. Pasa un rato largo y vamos a preguntarle de nuevo y el tipo nos dice que el vuelo ya se fue. La gente muestra su pasaje y se pone como loca porque no lo habían anunciado. Yo miro al empleado, que se hace bien el boludo, y me empiezo a reír. De repente todos, al ver que me estoy riendo comienzan a increparme. Yo trato de explicarles que no tengo nada que ver. Discutimos y cuando me doy vuelta, veo que el pasajero con el que yo estaba hablando ya no está. Se fue. Lo busco con la mirada y me doy cuenta de que logró pasar. El hombre me mira, me sonrío y me saluda con la mano mientras entra en la manga. Yo también lo saludo en tanto que los demás siguen puteándome. Y ahí me desperté.

Dejo pasar unos segundos y miro el rostro sonriente de Horacio. Luego comienzo con el trabajo de interpretación.

—¿Qué se le ocurre con respecto a este sueño?

—No mucho. De hecho, yo nunca me subí a un avión.

—¿Ah, no?

Hace un gesto de negación.

—Varias veces estuve a punto pero siempre, por una cosa o por otra, terminé no haciéndolo —pausa—. No sé. No tengo nada más para decir.

—Cuénteme sobre el pasajero que conversaba con usted.

Piensa un instante.

—Era un hombre amable. Se ve que no era de acá porque dijo que tenía ganas de reencontrarse con su familia. No me acuerdo más.

Cuando la resistencia es muy fuerte ocurre que borra el recuerdo de lo soñado; otras veces, como en este caso, reprime la asociación.

Analizar un sueño es un trabajo que requiere paciencia. De modo que sigo adelante incentivándolo a hablar.

—¿Y el otro hombre? El empleado con el que usted se ríe.

—No sé. ¿Qué es lo que quiere que le cuente?

—Cualquier cosa. Un detalle, lo que se le ocurra.

Se queda pensando un rato.

—Parecía agradable pero, sin embargo, nos cagaba a todos.

—¿Por qué?

—¿Cómo por qué? Porque no nos avisaba, los vuelos se seguían yendo y nosotros nos quedábamos esperando como boludos.

Lo miro y acoto con voz calma:

—Como Analía.

Me mira como preguntando de quién estoy hablando.

—Su anterior psicóloga. Usted dijo que nunca le avisó que no iba a ir más. Supongo que se debe de haber quedado esperándolo como una boluda, ¿no?

Horacio enmudece y su sonrisa comienza a desaparecer de a poco.

—O como Lucrecia —continúo—. Sospecho que también ella se quedó esperando en vano en el Registro Civil, e imagino que los invitados deben de haber estado tan furiosos con usted como los pasajeros de su sueño.

Me mira.

—¿Qué quiere decir? ¿Que yo soy ese empleado?

—No lo sé. ¿Usted qué cree?

Duda.

—Puede ser.

—Y si así fuera, ¿quiénes son los pasajeros que se quejan?

Silencio.

—Horacio, usted me dijo que ellos tenían derecho a ser avisados porque habían sacado sus pasajes. Dígame, ¿quiénes tendrían derecho a increparlo a usted porque se fue sin avisarles?

—Bueno, usted lo dijo. Analía, Lucrecia...

—¿La facultad, Malena?

Horacio acababa de decir que no recordaba por qué había terminado aquella relación, pero baja la cabeza y asiente, con lo cual queda claro que también en esa ocasión él debe de haberse ido sin decir nada.

—Incluso, yo mismo, ¿no?

—No entiendo —me dice confundido.

—Si yo no lo hubiera llamado después de esa sesión a la que usted faltó sin avisar, también me habría quedado esperándolo como un boludo, ¿no le parece?

Ahora ya no quedan rastros de su sonrisa inicial. Está claramente angustiado. Pero debo continuar.

—¿Por qué hace eso, Horacio? ¿Por qué deja esperando en vano a la gente que se ha ganado el derecho a acompañarlo en la vida?

Piensa. Duda. Aparecen algunas lágrimas.

—No lo sé. A lo mejor, porque como el empleado de mi sueño, parezco un buen tipo pero soy un hijo de puta.

Baja la mirada.

—¿Le parece? ¿Quién sabe? Tal vez no sea tan así. Digo, porque en el sueño usted era uno más de los que se perdían el vuelo. Y en la vida, también —pausa—. Se ha quedado sin título, sin familia, como dijo recién: varias veces estuvo a punto de subirse al avión, pero por un motivo u otro, nunca lo hizo, ¿por qué?

Está confundido, quebrado y aquellas lágrimas iniciales se han convertido ahora en llanto.

—No lo sé, Gabriel. Le juro que no lo sé.

El sueño. No tengo que olvidar que estamos trabajando un sueño que, por lo que veo, dice mucho más de lo que parecía. Cuando se llega a una instancia como esta, puede surgir la tentación de contener a un paciente que se ha desmoronado. Pero, en este caso, siento que hay mucho por extraer todavía. Por eso continúo a pesar de su estado emocional.

—El empleado dijo que el avión “no estaba en condiciones”. ¿El avión es usted, Horacio? ¿Usted cree que no está en condiciones de “embarcarse” con alguien en un proyecto de vida?

Me mira como pidiéndome que me detenga. Lo que empezó como un sueño gracioso se le ha transformado en un hecho revelador y angustiante. Lo sé. Quisiera continuar. Pero, verdaderamente, ya no puede más.

—Seguimos la próxima.

Horacio se pone de pie. Caminamos hacia la puerta. Le doy la mano para despedirlo y percibo un gesto en su rostro.

El inconsciente es también repetición. Y tengo claro el modo en el que Horacio repite. Por eso hago una última intervención.

—Horacio, sepa que si decide no venir, esta vez no voy a llamarlo. Este es su viaje. Y tiene el derecho de subirse o seguir esperando en vano.

La semana siguiente Horacio vino a sesión.

—El otro día me quedé mal después de lo que hablamos, y siento que usted tenía razón.

—¿A qué se refiere?

—A que yo siempre me fui de los lugares y de las personas que podían hacerme bien. Es como si sintiera que no tengo derecho a ser feliz.

—¿Y por qué podría sentir eso?

—Me encantaría responder a esa pregunta, pero no puedo.

El analista no es sólo alguien que escucha. Es, por sobre todas las cosas, alguien que todo el tiempo teje hipótesis acerca de los motivos posibles del sufrimiento de sus pacientes. Cuando alguien habla en mi consultorio, voy generando ideas, preguntas, incluso respuestas que den cuenta de por qué ese sujeto padece de ese modo particular y único. Y en algunas ocasiones hay que contrastar esas hipótesis y ponerlas a consideración del paciente. Eso fue lo que hice con Horacio.

—Tal vez usted se sienta culpable de que su vida siempre haya tenido un costo tan alto para los demás, ¿no?

—¿Podría ser más claro?

—Sí. A su mamá, por ejemplo, su nacimiento le costó la vida. Su tía y su abuela, sólo se dedicaron a cuidarlo. Y su padre...

—¿Qué pasa con mi papá?

—Bueno, usted dijo que prefirió no rehacer su vida y quedarse solo para que nadie pudiera separarlos. Demasiado peso sobre sus hombros, ¿no le

parece? Y demasiada culpa.

Hago una pausa para que pueda procesar lo que le estoy diciendo antes de continuar.

—Usted acaba de decir que siempre se fue de los lugares que podían hacerle bien, pero eso no es cierto. Usted no se va, Horacio. Usted se escapa porque tiene miedo de dañar a los que ama. Pero ¿quién le dice? A lo mejor, huyendo los daña aún más.

Me mira como pidiéndome que lo ayude a decir algo.

—¿En qué se quedó pensando?

—En que en otra sesión usted me preguntó desde cuándo había empezado a beber.

—¿Y?

—Que yo empecé a tomar cuando murió mi abuela —pausa—. No lo podía creer. Sé que voy a decir una estupidez, pero yo pensaba que no se iba a morir nunca.

Horacio me está indicando la situación inicial de este síntoma. Y es algo muy importante saber cuándo esa manera patológica de defenderse contra la angustia hizo su aparición por primera vez. Porque marca cómo y ante qué circunstancias volverá a hacerlo. En este caso, evidentemente, él recurría al alcohol frente pérdidas que no podía procesar. Pero era necesario que pudiera decirlo y, sobre todo, escucharse.

—¿Y cuáles fueron las otras ocasiones en las que se emborrachó de esa manera?

Piensa.

—Distintas. Cuando dejé la facultad, cuando abandoné mi análisis con Analía, cuando no fui al Civil.

—Bueno —lo interrumpí—, no tan distintas, entonces.

Me mira extrañado.

—Horacio, en todas esas ocasiones hay algo en común: la muerte.

—No lo entiendo.

—Sí. La primera vez fue la muerte de su abuela; luego, la muerte de su proyecto profesional. Más tarde la muerte de su espacio analítico, después de su sueño de tener una familia —pausa—. ¿Y esta vez, Horacio? ¿Cuál fue la muerte que lo llevó a tomar?

Mi pregunta lo angustia y empieza a lagrimear a medida que el recuerdo se abre paso en su mente.

—Le dije que ese día me encontré en la calle con Malena, ¿lo recuerda?

Asiento.

—Bueno, ella me dijo que se había cruzado con mi papá el día anterior y...

—¿Y qué, Horacio?

Le cuesta hablar.

—Y que lo había visto muy cansado.

Se quiebra y yo hago un respetuoso silencio.

—En ese momento no le di importancia, pero cuando llegué a su casa lo miré y vi que Malena tenía razón —me mira acongojado—. Mi papá está viejo, Gabriel —pausa—. Mi papá también se me va a morir.

Dejo que se desahogue unos segundos. Sé que mi intervención le va a doler. Pero es la que debo hacer.

—O sea que su padre es ese hombre que hablaba con usted en su sueño; el que le decía que ya era la hora. El que quería ir a reunirse con su familia en otro lado —le hablo en tono comprensivo—: ¿Sabe qué?, tiene razón, Horacio. También su papá se va a morir y usted no lo va a poder evitar. ¿Recuerda que me dijo que su padre había rehusado hacer su vida para que nadie los separara?

—Sí.

—Bueno, creo que usted hizo lo mismo. Renunció a su profesión, a sus proyectos de pareja, incluso a su análisis para que nada se interpusiera entre ustedes. Pero tal vez se equivocó.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que a lo mejor no era la vida la que los iba a separar, sino la muerte.

Deja escapar un quejido desgarrado.

—Pero yo ya perdí a mi mamá, a mi abuela, ¿y ahora mi viejo? —se enoja—. ¿Por qué siempre lo mismo? No es justo, Gabriel.

Asiento.

—Horacio, la vida no siempre es justa. Pero se equivoca, porque no es lo mismo. Usted vivió esas muertes como si lo fueran, que no es igual. ¿Recuerda que me dijo que su madre había muerto sin siquiera haberle podido dar un abrazo?

—Sí.

—Pues bien, según lo que me dijo, su abuela le dio muchos; y con su padre, aunque ya esté viejo, tal vez le queden cosas para compartir todavía, ¿no le parece?

Se queda pensando en lo que le acabo de decir. Estoy tratando de romper una cadena de sucesos que ha enlazado como si fueran eslabones similares. Intento introducir la diferencia para que pueda correrse de ese lugar en el que cada pérdida es igual y, sobre todo, en donde siempre Horacio es el culpable de que ocurra.

Nos quedamos en silencio. Minutos después doy por terminada la sesión. Camina cabizbajo hasta la puerta, pero antes de salir me mira suplicante.

—Ayúdeme. ¿Qué debo hacer?

No debo responder a esa pregunta. Es él quien tiene que encontrar el modo de salir de este laberinto; yo sólo puedo acompañarlo en el recorrido. Sin embargo, ha sido profundo y generoso en su entrega con el análisis y considero que merece algunas palabras que mitiguen, al menos un poco, tanta angustia.

—Bueno, hasta ahora lo ha atormentado el tema de la muerte de los otros. A lo mejor podría intentar pensar en su propia vida, ¿no le parece?

No responde. Apenas si esboza una sonrisa y sale a la calle.

Durante toda la semana me encontré pensando en Horacio. Muchos suponen que los analistas debemos analizarnos para descargar el peso que los pacientes dejan sobre nuestros hombros. Pero no es así. Nos analizamos para intentar hacer algo con nuestro propio sufrimiento. De la angustia de los pacientes nos defiende nuestra propia angustia, que se impone y nos obliga a hacer algo con ella.

Sin embargo, en esta ocasión, había quedado muy movilizado por lo que Horacio trajo a sesión. Las pérdidas, la muerte, el padre. Todos temas que me resultaban demasiado cercanos como para no sentirme conmovido.

Sé que la distancia es necesaria y que de nada sirve esa empatía que me hubiera llevado a abrazarlo y llorar junto a él. Por el contrario, si en algún lugar podía ayudarlo, era desde la comprensión profunda de su situación y la convicción de que era su dolor y no el mío el que contaba en este análisis.

A la semana siguiente, cuando se hizo la hora en la que debía venir y no llegaba, me preocupé. Sabía que la sesión anterior había sido muy dura, pero reveladora. Horacio no venía y esta vez no iba a llamarlo. Él y sólo él debía defender este espacio. Por suerte el timbre del teléfono me sacó de mis cavilaciones.

—Hola.

—Hola, Gabriel. Soy yo, Horacio. Le pido mil disculpas, pero se me complicó algo en el trabajo. ¿Podría recuperar la sesión mañana? No quiero dejar de ir.

Sentí alivio al escucharlo y sonreí sabiendo que Horacio quería cambiar y se estaba dando una oportunidad.

—Claro. Por supuesto que puede —le dije y acordamos un horario para el día siguiente.

INCONSCIENTE Y REPETICIÓN

La idea de inconsciente es algo que se ha instalado en la cultura de un modo tal que todos creen saber de qué se trata. Pero generalmente se equivocan.

El inconsciente no habita dentro del cerebro, no es un lugar físico en el que cada sujeto guarda sus acontecimientos traumáticos. Tampoco hay que pensarlo solamente como la ausencia de consciencia.

El inconsciente es algo mucho más profundo y complejo. Es, en primer lugar, algo que existe en un momento y deja de existir en el siguiente. Por decirlo de un modo claro, se abre y se cierra, aparece y desaparece. ¿Y cómo hace sus apariciones? Generalmente, de una manera a la que llamamos *formaciones del inconsciente*: los lapsus, los sueños, los actos fallidos, los chistes y los síntomas.

Pero, antes de avanzar sobre esto, me gustaría volver sobre una idea que trabajé en un libro anterior, pero que se me hace necesario recordar. Escuetamente, el punto es diferenciar los tres tipos de inconsciente que ha desarrollado el Psicoanálisis a lo largo de la elaboración freudiana, para ubicar en qué circunstancias tiene lugar la aparición de las formaciones del inconsciente.

Inconsciente descriptivo: son representaciones que no están en la conciencia, pero que pueden devenir conscientes ni bien le prestamos la atención necesaria. El nombre de nuestro abuelo o el colegio en el que cursamos los estudios secundarios, por ejemplo. Desde el punto de vista teórico, esto es lo que denominamos *preconsciente*.

Inconsciente dinámico: para explicarlo, hay que recurrir al concepto de *represión* y decir que se trata de un fenómeno que escapa a la voluntad del sujeto. Cuando alguien decide que no va a hacer una cosa, aunque tenga muchos deseos, no se está reprimiendo. Porque la represión es un mecanismo de defensa inconsciente. En su afán por defenderse de alguna representación o suceso que juzga intolerable, el aparato psíquico lo expulsa, reprime el hecho o la idea peligrosa y le niega su acceso a la conciencia. Eso que ha sido reprimido pasa a formar parte del inconsciente dinámico que, como se ve claramente, es muy distinto al preconsciente. Aquí el sujeto no puede recordar por mucho esfuerzo que haga.

Inconsciente estructural: sólo voy a nombrarlo, ya que su explicación es de una enorme complejidad. Simplemente diré que no es algo de lo que podamos echar mano a voluntad, como el preconsciente, y no está formado por sucesos reprimidos, como el inconsciente dinámico. Se trata, más bien, de una fuerza constitutiva que nos impulsa a ir en busca de aquello que nos hace mal. No va a retornar nunca a la conciencia, ni siquiera disfrazado, porque nunca estuvo allí. Es una energía que se satisface con nuestro padecimiento y que está en el origen mismo de todos nuestros síntomas. Aquello que hace que sea tan difícil renunciar al sufrimiento.

Entonces, para hablar de las formaciones del inconsciente nos tenemos que situar en el terreno del inconsciente dinámico.

Recordemos que se trata de vivencias o representaciones que estuvieron en la consciencia y fueron expulsadas de ella (reprimidas) pero que siempre tendrán el anhelo de volver.

¿Y cómo lo hacen? Disfrazándose para eludir la represión, para que no nos demos cuenta de su retorno.

Pues bien, las formaciones del inconsciente son esos disfraces bajo los cuales vuelve algo de lo reprimido; productos psíquicos deformados que dan cuenta del fracaso de la represión.

Digamos algo acerca de ellas.

Lapsus: un lapsus es un error verbal, la aparición de una verdad que se enmascara bajo la forma de una equivocación. El sujeto quiere decir algo y dice otra cosa. Confunde un nombre, se traba y a veces, aunque intente corregirse, no puede pronunciar esa palabra, pues se le impone otra.

Actos fallidos: son torpezas cometidas en las acciones. Alguien vuelca “sin querer” una taza de café sobre una persona o, como le ocurrió a un paciente, “olvidó” su celular en la cama, al lado de su esposa, mientras esperaba el llamado de su amante.

Sueños: han sido definidos de muchas maneras, entre ellas como una satisfacción alucinatoria de deseos. Es decir que en los sueños podemos concretar lo que en la vigilia no. Pero lo cierto es que, al menos desde mi interés como analista, lo trascendente es que traen un contenido que ha eludido la represión. El armado de un sueño se hace a partir de una energía que parte de un deseo inconsciente y reprimido, a la cual se le suman vivencias o pensamientos que nos acompañaron durante el día (restos diurnos) e incluso algunas percepciones que podamos tener mientras dormimos (bocinas, gritos). Cuando el paciente cuenta un sueño en sesión, nos narra lo que llamamos el contenido manifiesto del sueño, que es la manera en la cual tuvo que disfrazarlo para que pudiera acceder a la consciencia. Pero sabemos que, debajo de este relato, se esconde un sentido más profundo, lo que llamamos el contenido latente, esa cara del sueño que da a lo reprimido, y es allí adonde apuntamos con el trabajo de interpretación.

Chistes: no es necesario explayarse demasiado sobre esto. Basta con decir que muchas veces, amparados en la broma, pueden aparecer algunas verdades que seriamente no podrían ser dichas.

Síntomas: el síntoma es una respuesta equivocada que alguien encuentra para salir de una situación compleja, una manera errónea de defenderse contra la angustia que tiene como precio el padecimiento del sujeto.

El síntoma tiene dos caras. Una de ellas es interpretable y tiene que ver con ese retorno enmascarado de lo reprimido. La otra resiste toda interpretación posible, porque en él se satisface la pulsión de muerte. Es decir que parte del dolor que nos genera, no es más que el precio que exige el inconsciente estructural. Por esto es que la aspiración de lograr la cura total, la anulación de todo sufrimiento, no es más que un anhelo imposible.

Pero el inconsciente es mucho más que esto.

Es lo que marca cada una de nuestras elecciones, incluso las más pequeñas, las que creemos tomar voluntariamente. La persona que amamos, el lugar al que vamos de vacaciones, la carrera que decidimos estudiar o el

trabajo que elegimos. Todo lo que ocurre en nuestra vida está ligado al inconsciente, porque es, antes que nada, la matriz de nuestras repeticiones, ya sean estas sanas o enfermas. De allí la fuerza de la frase de Nasio que abre este libro: no elegimos sino lo inevitable.

En el caso de Horacio, podemos ver cómo juegan algunos de estos conceptos. Repite todo el tiempo. Y repite, sobre todo, el abandono sin palabras. Como él mismo dice cuando habla del final de su terapia anterior: “simplemente desaparecí”. Pero ¿cuál es la desaparición que no puede evitar repetir? La desaparición de su madre.

Dice claramente que ella se fue “sin siquiera haberle dado un abrazo”. No hubo palabras, no hubo gestos, no hubo despedida. Simplemente desapareció.

La muerte hizo que esto fuera así, pero más allá de esta justificación consciente, lo que aquel bebé registró fue esa partida silenciosa. Y es lo que él repite en cada ocasión importante de su vida, más aún cuando algo está a punto de nacer: una familia, una carrera o la posibilidad de la cura.

En cuanto a las formaciones del inconsciente, vemos cómo un sueño que, en su contenido manifiesto le parecía incluso gracioso, luego del trabajo de interpretación desplegó su contenido latente y puso en juego un profundo temor: el de que su padre muriera, el de volver a quedarse solo. Soledad que él intentó evitar a lo largo de la vida perdiéndolo todo.

El vínculo con su padre era lo único seguro que tenía y la posibilidad de que muriera lo arrojó a un abismo de dolor, como lo hiciera la muerte de su abuela, ocasión en la que apareció por primera vez uno de sus síntomas: la bebida.

He allí lo que marcábamos, el síntoma intentando dar una respuesta a la angustia ante la muerte. Respuesta que, como vemos, resulta patológica y sufriente.

El día que viene borracho a sesión podría ser considerado un acto fallido, porque Horacio nunca había hablado de eso, no quería conscientemente que yo me enterara, por eso me lo mostró, se encargó de que un acto —venir en ese estado—, me dijera lo que no podía comunicar con palabras. Por eso mismo, al despedirlo en la calle, intervine señalándole que lo que quería decirme ya me lo había dicho.

Otro tema importante que se despliega en su análisis es la deuda que cree tener con su padre. Él renunció a todo, ni siquiera se permitió estar con una mujer “para que nada los separara”, y Horacio se hace cargo de la deuda y repite ese modelo. Él también renuncia a todo para que nada los separe.

Pero la muerte es una injusticia inevitable. Y, más tarde o más temprano, iba a exponer la ineficacia de su solución sintomática.

Todos fuimos un eslabón (un significante) en la cadena simbólica de su síntoma: su ex terapeuta, su novia, su carrera, yo mismo. Con todos puso en juego y reactualizó la desaparición de su madre. Por suerte, bajo los efectos de la transferencia, pude intervenir para que no lo repitiera conmigo.

Horacio dijo en un momento que él también, como el empleado de su sueño, era “un hijo de puta”. Se equivocaba. Era apenas un hombre que no podía hacer otra cosa y que pagaba un precio muy alto por ello.

Hoy continúa en análisis. Está duelando la pérdida de Lucrecia, quien no quiso darle una nueva oportunidad. Sufre por la pérdida de este sueño y se hace cargo de su responsabilidad. Pero cada semana viene, trabaja y lucha por su sanidad.

Hace seis meses murió su padre.

DESEAR AL LÍMITE
(la historia de Cristian)

El complejo de Edipo no es una historia de amor y odio entre padres e hijos. Es una historia de sexo.

JUAN DAVID NASIO

Durante el tiempo en el que fui alumno de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, tuve la oportunidad de cursar todas las materias que la licenciatura requería y así fue como me acerqué a diferentes corrientes. Escuelas con modos distintos o incluso opuestos de pensar el problema del origen del sufrimiento psíquico y los caminos para su resolución. Cada una de estas vertientes proponía una serie de conceptos que la hacían diferente de las demás. Pero en ninguna de ellas encontré la característica fundamental que debe tener un concepto para ser considerado como tal para el Psicoanálisis. Ese rasgo distintivo es que cada cada uno de ellos está allí porque da respuesta a una dificultad generada por la práctica clínica.

Por eso, mientras que en otras teorías puede pensarse en cosas tales como las intervenciones formales o informales del terapeuta, el modo de saludar al paciente y muchas otras cuestiones, para el Psicoanálisis esos temas no alcanzan la estatura de conceptos teóricos ya que no surgen de la necesidad imperiosa de encontrar un sustento a un problema clínico.

En reiteradas ocasiones escuché decir que el Psicoanálisis era una técnica antigua porque se apoyaba todavía en los conceptos originales que surgieron de los descubrimientos freudianos hace más de un siglo. Me causa gracia esa crítica ya que, con el mismo argumento, podría cuestionarse la ley de gravedad y, lamento decir esto a los amantes de las novedades, pero han de saber que las cosas que soltemos de nuestra mano y cuyo peso sea superior al del aire, seguirán cayendo al piso, aunque no puedan creerlo.

Pero de todos modos, cabe aclarar que algunos analistas no tenemos una actitud dogmática y cerrada. Por el contrario, todo el tiempo estamos poniendo a prueba nuestra teoría y buscando nuevos conceptos para los problemas a los que nuestras herramientas teóricas aún no nos permiten responder. Melanie Klein, Jacques Lacan, Jean Allouch o Silvia Bleichmar son pruebas de este ejercicio permanente que no se detiene.

En el tiempo que llevo ejerciendo la práctica clínica he tenido oportunidad de comprobar en todos mis pacientes la vigencia de los pilares conceptuales del Psicoanálisis: el inconsciente, la castración, la transferencia, los avatares pulsionales o el Edipo.

Pero tal vez este sea el caso en el que ese concepto se me presentó del modo más descarnado.

Conocí a Cristian en un evento social. Había notado que a lo largo de la reunión me estuvo mirando y que incluso más de una vez se paró cerca de mí. Pero no le di demasiada importancia al asunto. Podía no ser más que una impresión errónea de mi parte.

Cuando me estaba retirando se me acercó muy nervioso, se presentó y me preguntó si existía la posibilidad de que tuviéramos una entrevista. Según me adelantó, no se sentía bien, estaba tenso y por momentos angustiado. Le dejé mi teléfono y nos despedimos.

Esto fue un sábado. El día lunes, a las diez de la mañana, tenía cuatro mensajes suyos, razón por la cual comprendí su ansiedad por que coordináramos una entrevista. Así fue que lo llamé y quedé en verlo ese mismo día a las diez de la noche.

Llegó puntual. Vestía ropa deportiva y llevaba un raquetero.

—Cristian, disculpe el horario, pero era el único que tenía disponible y, como me llamó varias veces, no quise postergar el encuentro.

—Por el contrario, le agradezco que me haya respondido con tanta premura, de verdad; y disculpe la insistencia, pero hace un par de días que ando con una idea en la cabeza que me atormenta y no me deja en paz.

—¿Y cuál es esa idea?

Se toma unos segundos y comienza a hablar.

—Mire, mi padre murió hace unos dos meses y no puedo pensar en otra cosa.

—¿Y qué es lo que piensa?

—Cuando me acuesto, por ejemplo, me lo imagino en el cajón, en la soledad del cementerio, en esa oscuridad sin fin y no puedo sacar esas imágenes de mi cabeza. ¿Sabe?, mi viejo está en un nicho, y el día en el que lo dejamos allí fui el último en tocarlo. Apoyé mi mano unos minutos, después me hice a un lado para que pusieran la tapa y me quedé un rato antes de irme. Me daba culpa dejarlo solo. Luego empecé a retirarme y al llegar al final del pabellón me di vuelta y ¿sabe qué?

—No.

—No podía distinguir con precisión cuál era su lugar —me mira—. Era uno más en una larga colección de cuadrados de mármol que ya no le importaban a nadie.

—Bueno, al parecer a usted sí le importa.

Hace silencio.

—Cristian, cuénteme cómo era su vínculo con él.

Sonríe.

—Durante mi niñez tuvimos una relación muy linda, éramos muy compañeros. Es más, yo soy profesor de tenis y él tuvo mucho que ver con eso.

—¿Ah, sí?

—Sí. Me alentó desde chico con esta profesión, me enseñó los primeros pasos y después se encargó de ponerme en buenas manos y acompañarme a mis clases.

—Bueno, eso se escucha muy bien. Pero usted dijo que la relación fue así durante su niñez. ¿Qué pasó después?

Piensa.

—La verdad es que no sé. Pero de a poco nos fuimos alejando y empezamos a llevarnos mal.

—¿Recuerda cuándo ocurrió eso o a partir de qué?

Se mueve incómodo.

—No, no me acuerdo.

—¿Nunca habló con su papá acerca del motivo de este distanciamiento?

—No. Nunca me animé a hablar con él.

Hace un gesto extraño. Alguna idea debe de haber pasado por su cabeza.

—Dígame, Cristian, ¿en qué pensó?

Pausa.

—Nada, una tontería.

—Me gustaría que me lo dijera igual.

—Como quiera. Pensé en que, de adolescente, siempre tuve la idea de que no era hijo de mis viejos. Pero bueno, supongo que todos los chicos fantasean en algún momento con eso.

Sonríe.

—¿Qué pasa?

—Que incluso pensé en hacerme un ADN, para ver si no era hijo de desaparecidos.

—Ajá. ¿Y por qué no lo hizo?

—Porque mi duda no tiene ningún fundamento.

—¿Por qué no?

—Porque yo soy igual a mi viejo, físicamente, digo. Tengo su misma cara, sus ojos, su voz. Incluso algunas cosas de su carácter. No hay duda posible, Gabriel, él es mi padre.

Asiento.

—Comprendo. ¿Y con su madre?

—¿Con mi madre, qué?

—¿Tampoco habló con ella acerca de esta duda que tenía sobre su origen?

Me mira como si le hubiera dicho una locura.

—No. Si con mi viejo era difícil, con mi mamá es imposible. Usted no la conoce, pero no se puede hablar con ella.

—¿Ah, no? ¿Y por qué?

—Porque está enferma.

—¿Qué tipo de enfermedad?

Siento que el tema lo incomoda, o lo avergüenza.

—Mi vieja toma mucho. Se la pasa alcoholizada todo el día. No sale nunca de su cuarto, está siempre con las persianas bajas, acostada en medio de la oscuridad.

—Casi como su papá, ¿no? Con la diferencia de que en lugar de estar en un cementerio, ella vive enterrada en una pieza.

Siento que acusa el golpe de la intervención.

—¿Y usted, Cristian?

—¿Yo qué?

—¿Usted también vive en un mundo oscuro?

Se queda pensando.

—Puede ser.

—El de su padre es el cementerio, el de su madre su cuarto ¿Cuál cree que es el suyo?

Suspira.

—Este de no saber quién soy, de que mi viejo ya no esté —se detiene y me mira—. Recién me preguntó si no había hablado con él. Y no, no hablé a tiempo. Y hoy está muerto, y ya es tarde.

Se ha angustiado. Se castiga por no haber podido hablar con su padre y por sentir que todo es irremediable. Sin embargo, algo puede hacer aún.

—Bueno, es cierto. Para hablar con su padre ya es tarde. Pero para hablar con su madre todavía tiene tiempo, ¿o no?

Luego de tres entrevistas decidí aceptar a Cristian como paciente y comenzamos a trabajar en el diván. Era un joven inteligente, deportista y muy agradable. Sabía que le gustaba mucho a las mujeres y, sin embargo, nunca salía con ninguna. Por momentos su discurso era jovial pero, cuando

el tema que lo obsesionaba volvía a su pensamiento, él también era devorado por esa oscuridad enorme a la que tanto le temía.

Alrededor de dos meses después de haber comenzado con el tratamiento me comentó que seguía muy agobiado por esta situación. Para ese entonces ya nos tuteábamos.

—Vivo atormentado, Gabriel. Te lo juro. Desde que me voy de acá hasta que vuelvo no dejo de pensar en lo que hablamos y, por momentos, no entiendo para qué vengo, para qué sigo haciendo todo este trabajo con vos si estoy parado siempre en el mismo lugar.

Las urgencias emocionales de los pacientes no siempre se condicen con los tiempos que demanda el análisis y muchas veces he escuchado este tipo de frases. Pero aprendí que lo mejor es contrastarlos con el hecho de que este es un espacio que ellos eligen y que pueden dejar de venir si lo desean. Excepto cuando el paciente está en riesgo de vida, en cuyo caso desaconsejo firmemente el abandono del tratamiento, creo que lo mejor es abrirles las puertas para que sólo se queden si sienten que el análisis es importante para ellos.

—Bueno, Cristian, nada te obliga a seguir viniendo. Y sin embargo lo hacés, llegás puntualmente cada semana y, por sobre todas las cosas, hablás, que es lo importante. Algún motivo debe haber para que esto sea así, ¿no te parece?

Silencio.

—¿En qué te quedaste pensando?

—En mi vieja.

Desde aquella primera charla no había vuelto a hablar de ella. El tema de la relación con su padre, de su culpa y sus pensamientos obsesivos en relación a él habían monopolizado las sesiones. Por eso me pareció muy interesante que abriera esta puerta.

—¿Qué pasa con tu madre?

—Pasa que me exaspera.

—Bueno, en la primera entrevista dijimos que, por suerte, todavía estaba viva y que con ella aún se podía hablar. ¿Te acordás?

—Sí.

—¿Lo intentaste?

—Varias veces, pero es en vano.

—¿Por qué decís eso?

—Porque cuando tomo coraje y me acerco, empieza con sus boludeces de siempre y ya está, se me van las ganas.

—¿De qué se te van las ganas? ¿De saber?

Niega.

—No, eso no.

—¿Entonces?

—Es que... Es tan depresiva que me cansa. Y encima ahora empezó a demandarme como si yo tuviera que ocupar el lugar que tenía mi papá.

—¿A qué te referís?

Se queda pensando.

—El otro día, por ejemplo, me dijo que la acompañara al banco para poner las cosas a mi nombre. ¿Te das cuenta? Quiere que yo me encargue de todo.

—¿Y eso te molesta?

—Y claro que me molesta. Yo soy tenista, no administrador de bienes. Pero de todo esto, ¿sabés qué es lo que más me jode?

—No.

—Que sé que al final lo voy a terminar haciendo.

—¿Y por qué lo vas a hacer si te molesta tanto?

Menea la cabeza.

—Porque no me queda otra. Mi mamá siempre fue una inútil.

—Ajá. ¿Así que siempre fue una inútil? ¿Te referís a este tema de los trámites o estás hablando de otra cosa?

Silencio.

—Gabriel, mi vieja nunca sirvió para nada. Me acuerdo de que, cuando era chico, ella ya estaba en su mundo y ni siquiera se ocupaba de mí — pausa—. Por suerte estaba Delfina.

—¿Y quién es Delfina?

—La chica que trabajaba en casa —sonríe por el recuerdo—. Era una piba divina, que siempre resolvía todo, porque si hubiese sido por mi madre, yo ni siquiera hubiera ido a la escuela.

Algo que aún no puedo identificar aparece en mi pensamiento.

—Cristian, ¿vos nunca te preguntaste por qué tu madre actuaba de esa manera?

Duda.

—Supongo que porque era débil.

—¿Estás seguro? ¿Sería debilidad, solamente? ¿No habría algo más detrás de ese comportamiento?

—Puede ser. De hecho... —se interrumpe.

—De hecho ¿qué?

Le cuesta hablar. Como si algo estuviera reteniendo sus palabras.

—Me vino un recuerdo muy feo.

—Contámelo.

—Bueno, un día, en una agarrada que tuvimos cuando yo era adolescente, me dijo que ella estaba así por culpa mía.

—¿Tuya? ¿Eso dijo tu mamá?

—Sí.

—Pero ¿por qué? ¿Qué culpa podías haber tenido vos?

—Algo que no pude evitar.

—¿De qué estás hablando?

Pausa.

—Mi culpa fue haber nacido.

No dije más nada y di por terminada la sesión.

Ser un hijo deseado es la primera condición que presagia una vida psicológicamente sana. Por supuesto que no la garantiza, ya que pueden ocurrir muchos episodios que generen traumas o dolores. Pero cuando alguien no ha sido deseado por sus padres, necesariamente eso hace que llegue a este mundo con una carga muy pesada, con un conflicto interno que tendrá que resolver.

Y aclaro que no es lo mismo decir de un hijo que ha sido deseado que decir que ha sido buscado. Muchas veces un embarazo se produce sin que haya estado en la intención de la pareja que esto suceda y, sin embargo, desde el momento en el que deciden que ese embarazo continúe, sus emociones, sus sueños y sus proyectos se ponen en movimiento. He allí un hijo deseado.

En otras ocasiones, en cambio, la búsqueda del embarazo se da de un modo tan obsesivo que suele perderse de vista el deseo por el hijo y lo que ocupa el lugar privilegiado es el hecho mismo de conseguir la descendencia. Estas situaciones suelen traer consecuencias a veces muy duras para las parejas: las desgasta, e incluso, hasta puede llegar a destruirlas. En esos casos, el hijo producto de estos embarazos, a pesar de

haber sido muy buscado, no es necesariamente un hijo deseado, porque la obsesión pasó por encima del deseo.

Decía Françoise Dolto que un hijo deseado es el fruto de dos personas que se desean la una a la otra, independientemente de que el embarazo haya sido buscado o no. Y en este caso, por lo que Cristian contaba de sus padres, esto no parecía haber sido así, y los dichos de su madre le agregaban una cuota de dramatismo a su situación.

El conflicto con ella volvió a surgir algunas sesiones después.

—Esta sí que fue una semana dura. Casi te pido una sesión extra. No sabés, tuve unos días tremendos.

—Contame, ¿qué pasó?

—Mi vieja.

—¿Qué hay con tu mamá?

—Está loca. Ahora quiere que vuelva a vivir con ella.

—A lo mejor te extraña.

Se sonríe con ironía.

—Qué me va a extrañar. No, Gabriel, no me lo pide desde el amor, sino desde la bronca.

—¿Cómo, desde la bronca?

—Sí. Está mal, sola, hecha mierda y quiere que yo la banque en este momento como ella me tuvo que bancar a mí toda la vida. La puta madre — se queja.

—Ah, tiene que ver con la puta madre, entonces.

Silencio.

—Y..., algo de eso hay —pausa—. Lindo regalo me dejó mi viejo al morirse. Un cachetazo más.

Escucho lo que dice y le pregunto.

—Cristian, acabás de decir que tu padre, dejándola a tu cargo, te dio “un cachetazo más”. Decime, ¿cuáles fueron los otros?

Se paraliza. Es como si mi pregunta lo hubiera remontado a una situación traumática o al menos angustiante. Le doy el tiempo que necesita y espero.

—En realidad, que yo recuerde, mi viejo me pegó una sola vez en la vida.

—Ajá. ¿Y por qué fue?

Nuevamente se queda callado. Pero puedo percibir cómo el recuerdo va ganando un lugar en él hasta invadir toda su emoción.

—Contame, ¿qué fue lo que generó que tu padre te pegara?

—Yo tendría quince o dieciséis años, más o menos. ¿Te acordás de que te hablé de Delfina, la chica que trabajaba en casa?

—Sí, claro.

—Bueno, serían las seis de la tarde. Ella había terminado de planchar la ropa y se había ido a duchar. Y yo... —se detiene—. Me da mucha vergüenza.

—Pero de todos modos deberías hablar de eso, me parece. Decime, ¿vos qué hiciste?

—La espíé. La espíé durante un largo rato. Hasta que en un momento ella se dio cuenta de que yo la estaba mirando y se quedó paralizada.

Se va angustiando cada vez más. Su respiración se acelera y su voz toma un temblor nervioso.

—¿Y vos qué hiciste al comprobar que te había descubierto?

—Entré.

Le cuesta muchísimo hablar, pero sé que debo incitarlo a seguir contando lo que pasó.

—Seguí, Cristian. Es importante que lo hagas.

—Bueno, eso. Que aproveché que estaba desnuda y me metí en su baño.

—¿Y no tuviste miedo de que ella gritara, de que te delatara?

—No, eso no iba a pasar.

—¿Cómo estabas tan seguro?

—Gabriel, Delfina era muy pobre y necesitaba el trabajo. Además sabía que mi mamá la odiaba, que la tenía entre ceja y ceja y que estaba esperando la menor excusa para echarla a la calle. No, no iba a delatarme.

—Cristian, ¿vos querés decir que porque era pobre no tenía derecho a decir que no? ¿Que por ser rico podías aprovecharte de ella porque no tenía salida?

Silencio.

—No me juzgues.

—No te juzgo, Cristian. Sólo te devuelvo lo que vos mismo dijiste.

—¿Y vos, qué pensás?

Tenía una opinión sobre lo que Cristian había hecho. Pero no es mi lugar como analista volcar mis ideales en el marco del análisis. Por eso no respondo a su pregunta. Permanezco en el silencio más absoluto.

—Yo sé que estuve mal. Pero es que Delfina... —se interrumpe.

—¿Delfina qué?

—Me calentaba tanto. Era tan joven, tan linda y yo vivía alzado con ella. Me volvía loco. No sé si era la edad o qué. Pero la cuestión es que me mandé. Y cuando estaba por tocarla...

—¿Qué pasó?

—Entró mi viejo, de golpe, hecho una furia. Me agarró del cuello, me apretó contra la pared y me sacó a trompadas del baño. Él nunca me había pegado antes, pero ese día estaba descontrolado. Casi me mata...

Se hace un silencio pesado. Cristian está muy angustiada.

—Cristian, no te detengas.

—Delfina salió corriendo de la ducha y se metió en el medio para defenderme. Le gritó que no me pegara más, y me parece que incluso ligó algún golpe de mi viejo.

—¿Y vos?

—Estaba muy asustado. Lloraba y no escuchaba bien la discusión que estaban teniendo, pero sé que ella lo enfrentaba.

—¿Y después qué paso?

—Todo mal. Ese mismo día ella dejó de trabajar en casa. Se ve que mi padre la echó.

—¿Lo sabés o lo sospechás?

—Bueno, yo no estuve presente en la charla, pero lo cierto es que ella se fue y no volvió nunca más.

—Tal vez se fue por su cuenta.

—Pero ella necesitaba el trabajo. ¿Por qué se iba a ir?

—No lo sé. ¿Vos qué creés?

Cristian no dice nada. Espero unos minutos para que busque una respuesta posible y se haga cargo de lo que hizo. No es mi intención que se flagele con esto, pero sabía que si no se responsabilizaba de sus actos y las consecuencias que generaron, este tema lo iba a perseguir siempre.

Aquella sesión, a pesar de ser muy difícil para Cristian, demostró que había establecido un vínculo de confianza conmigo. No fue nada fácil para él contar algo que lo avergonzaba tanto y que generó consecuencias tan graves.

La relación con su padre se había deteriorado y no pudo ser recompuesta jamás. La culpa por haber ofendido e incluso dejado sin trabajo a Delfina,

por quien sentía un profundo cariño, era muy grande y, además, yo intuía que la dificultad que tenía para relacionarse con las mujeres estaba íntimamente ligada a esta vivencia.

Pero ocurre que cuando la transferencia se instala de ese modo, el camino del análisis toma un rumbo diferente. Por eso la siguiente sesión fue determinante.

—Anoche tuve un sueño.

—Me gustaría que me lo contaras.

—Bueno. Yo estaba en el zoológico frente a la jaula de los leones. Veía cómo algunos dormían tirados al sol, otros dos caminaban pacíficamente. Era una escena tranquila. De pronto un león enorme se levantó y comenzó a rugir como enloquecido, fue directo hacia uno de los que venían caminando y se trezaron. El otro desapareció dentro de la cueva esa que tienen y no lo vi más. Pero aquella escena, que parecía tan tranquila, se empezó a volver trágica, porque los leones se lastimaban y uno de ellos empezó a sangrar. Me desperté angustiado.

—A ver, Cristian, ¿qué se te ocurre con respecto a este sueño?

—Nada —se resiste.

—Decime lo primero que se te venga a la mente. ¿Por qué creés que ese león se puso tan loco?

—No sé. Creo que se enojó con el otro, tal vez se puso celoso.

—¿Y por qué habría de ponerse celoso?

—Porque el otro venía caminando con la leona.

—Ah, era una leona.

Silencio

—La que después desapareció, ¿no?

—Sí.

—Desapareció, como Delfina —pausa—. Decime, Cristian, ¿creés que este sueño puede tener que ver con la escena que me contaste el otro día? ¿Que tu padre y vos podrían ser esos dos leones que están peleando?

—Puede ser.

Le cuesta seguir.

—Pero en tu sueño, esos machos pelean por un hembra que los dos querían para sí. ¿Eso fue lo que pasó en realidad? ¿También vos y tu padre se pelearon aquella vez por una hembra que ambos deseaban?

Cristian está confundido.

—No entiendo. ¿Qué es lo que querés decir?

Está cerrado. Debo cambiar la manera de abordar el tema.

—Voy a hacerte otra pregunta. ¿Creés que entre tu padre y Delfina había algo más que una relación laboral? Quiero decir, si pensás que tu padre se acostaba con ella.

La reacción de Cristian me sorprende. Se incorpora y se sienta en el diván. Me mira de frente casi ofendido.

—¿De ninguna manera! Esa chica estuvo en mi casa desde que yo nací. Era como de la familia.

—Sí, claro. Era “como de la familia”, pero no era de la familia. De hecho, vos mismo me dijiste la sesión pasada que tu madre la tenía entre ceja y ceja, ¿te acordás?

—Sí.

—Y en otra ocasión, dijiste también que te culpaba a vos de su depresión. Aquello que vos llamaste: “tu culpa de haber nacido” —silencio—. Y siendo que acabás de decir que Delfina llegó en el mismo momento en el que vos naciste, es probable que eso haya tenido algo que ver con la depresión de tu madre, ¿no creés?

Lo miro. Está desencajado.

—¿Qué querés decir?

—Que a lo mejor no fue tu nacimiento, sino la llegada de una mujer deseada por tu padre lo que generó la depresión de tu mamá.

Se resiste aún más. Cubre su rostro con las manos. Está nervioso y se pone de pie.

—No te entiendo.

—Cristian, sentate.

—Lo que pasa es que...

—Sentate. La sesión aún no ha terminado.

Me mira casi con bronca. Pero, como dije, la relación transferencial era fuerte y podía permitirme una intervención así. Volvió a sentarse en el diván con un gesto de contrariedad.

—Perdoname, pero me estás confundiendo. Además, si hubiera sido la amante de mi papá, ¿por qué él la habría echado, entonces?

—Bueno, no estamos seguros de si él la echó o si ella se fue sola, humillada, avergonzada —lo miro—, o por algo más.

—¿Algo más? ¿Por qué sos tan retorcido? ¿No está todo claro? El hijo de los patrones la había querido coger de prepo. ¿Ese no te parece un

motivo suficiente?

—Puede ser. O puede haber otro más grande aún.

—¿Y cómo saberlo?

Mido cada una de mis palabras. Va a ser una intervención compleja.

—Cristian, vos dijiste que ya no podías hablar con tu padre, porque estaba muerto; y tampoco con tu madre, porque está loca y encerrada en su cuarto —pausa—. ¿Y Delfina, Cristian? ¿No se te ocurrió hablar con ella para saber qué fue lo que pasó?

Baja la cabeza. Se queda callado. Uno, dos minutos.

—Bueno, ahora sí. Andá.

Se pone de pie y se va en silencio.

Cuando una sesión es tan movilizante, por lo general es de esperar que puedan producirse reacciones diferentes en el paciente. La primera es que sus mecanismos de defensa se pongan en movimiento de inmediato e intente hacer de cuenta que nada de lo visto en esa sesión ha ocurrido. En esos casos se levanta una fuerte resistencia y lo mismo que antes generó tanta emoción es ahora percibido como poco importante. La potencia afectiva del tema trabajado se desplaza y el paciente viene como si nada de eso hubiera ocurrido. Pero si el análisis avanza, el tema suele retornar, lo cual nos permite elaborarlo.

La segunda posibilidad es que falte a la próxima sesión o, incluso, que no vuelva más, que abandone el tratamiento.

En otros casos, en cambio, lo que ese paciente pudo percibir ha sido tan fuerte que no lo deja en paz. Le muerde el cuerpo, no lo suelta, lo angustia, lo cuestiona y no le queda otra alternativa más que hacer algo con eso que se le impone.

Fue lo que pasó con Cristian.

A la semana siguiente, cuando llegó al consultorio, estaba nervioso y confundido. Esta vez el león enjaulado parecía ser él.

—La sesión pasada me fui muy movilizado. Lo que me dijiste me daba vueltas en la cabeza y sentí la necesidad de ver si podía averiguar la verdad de lo que había ocurrido.

—¿Y qué hiciste?

—Me contacté con la hermana de mi papá.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver ella en esta historia?

—Porque Luisa, la mujer que trabaja en su casa desde siempre, había sido quien nos había recomendado a Delfina. Creo que eran medio parientes o algo así. De modo que fui a lo de mi tía, obviamente sin decirle para qué, fingiendo una visita de cortesía que no le hago nunca, y aproveché para hablar con Luisa.

—¿Y qué te dijo?

—Que hacía mucho tiempo que no la veía, años. Pero tenía una dirección en la que no sabía si seguía viviendo o no.

—¿Entonces?

—Entonces me armé de coraje y fui hasta allí —suspira—. No tenés una idea de lo que me costó. Cuando llegué, estacioné el coche en la esquina y me quedé adentro como una hora, sin saber bien si bajarme y tocar timbre o irme a la mierda.

—¿Y qué hiciste?

—Bajé. Caminé hasta su casa y llamé.

—¿Qué pasó?

Mueve la cabeza.

—Pasó que otra vez llegué tarde, y que otra vez no tengo nada.

—¿Ya no vive allí?

—Sí y no.

—¿Cómo es eso, Cristian?

—Me atendió su hija, y me contó que hace poco tuvo un ACV y que la tuvo que internar.

—¿Vos le dijiste quién eras?

—Sí, le di mi nombre. Y ella me abrazó y me hizo a pasar.

—¿Te abrazó?

Asiente.

—Después me invitó un mate y conversamos un rato. Me dijo que su mamá siempre le hablaba de mí. Incluso me mostró una foto que conservaba de cuando yo era un bebé. Delfina me tenía en brazos.

—Contame cómo te sentías.

—Abrumado. Miraba a esa chica que me trataba tan bien. Claro, ella no sabía lo que yo le había hecho a su mamá. Pero ¿sabés qué fue lo que más me llamó la atención?

—No.

—Que su rostro me resultaba tan familiar. Se ve que en mi memoria todavía guardo los rasgos de Delfina cuando tenía su edad. Deben

parecerse, ¿no?

Pausa.

—Y después, ¿cómo continuó todo?

—Me dijo que el domingo iba a ir a visitarla y me invitó a que la acompañara.

—Y vos, ¿qué dijiste?

—Primero me quedé callado. No sabía qué responder. Pero luego sentí que al menos eso le debía. Una disculpa que quizás ya no iba a poder entender.

Se detiene.

—¿Qué pasa, Cristian?

—Qué horror. No sabes lo espantoso que es el lugar en el que está internada.

Cristian desconoce los sitios a los que mi profesión me ha llevado. Pero no es eso lo que importa en este momento.

—¿Y? ¿La pudiste ver?

Asiente.

—¿Y cómo la encontraste?

Comienza a llorar suavemente, con una profunda tristeza.

—Mal. Pobrecita. La recordaba joven, alegre, linda. Y ahora, en cambio, la vi tan arruinada. Parecía una anciana a pesar de que debe tener apenas cincuenta años. Pero vos sabés...

—¿Qué cosa sé?

—Que la vida es cruel con los pobres.

—¿La vida es cruel con los pobres, Cristian? ¿Como vos sentís que fuiste cruel con Delfina?

Acusa el impacto, pero sé que es lo que está pensando. Se queda mudo durante un rato y al final asiente.

—¿Y cómo fue el encuentro?

—Silvina, la hija, me dio la mano y nos acercamos. Nos sentamos en la cama y le dijo: “Mami, mirá quién vino a verte”.

—¿Y ella qué hizo?

—Me miró un largo rato sin gesto alguno. Hasta que se puso a llorar y...

—¿Y qué?

—Y balbuceó mi nombre.

—¿Y vos qué hiciste?

—Te juro que no sabía qué hacer. Hasta que al final la abracé y, sin darme cuenta, me puse a llorar con ella.

Espero unos segundos para que se recupere un poco de la emoción.

—Te reconoció, Cristian. Entonces, no es cierto lo que dijiste, que no tenías nada. Por el contrario, tenés mucho.

Asiente, aunque no creo que comprenda lo que estoy queriendo decirle.

—No entiendo cómo pudo reconocermme en ese estado y después de tanto tiempo.

Está muy vulnerable, pero es el momento de poner sentido a algunas de las cosas que todavía no puede unir. De modo que le hablo en un tono neutro, tratando de que me escuche más allá de su emoción.

—Cristian, cuando me contaste la escena en la que tu padre te pegó, dijiste que Delfina y él discutieron. Y allí hay un borrón en tu memoria. ¿Por qué creés que recordás lo que hiciste, la paliza que te dio tu padre y no la discusión que él tuvo con Delfina?

—No lo sé.

Pausa breve.

—Intentalo. Decime, ¿qué se dijeron tu padre y ella durante esa pelea?

Cristian empieza a llorar. El recuerdo reprimido durante tanto tiempo comienza a aflorar.

—Ella le decía que no se le ocurriera ponerme una mano encima y él le gritaba: “¿¿Estás loca... estás loca???”...

Le cuesta seguir.

—¿Y qué más, Cristian?

Hace un esfuerzo por continuar, por vencer sus resistencias.

—Y después me miró y me dijo: “Vos no te podés acostar con esta mujer”.

Lo ha dicho. Con toda claridad. Por eso le doy unos segundos para que lo procese.

—Cristian, ¿qué sentiste el domingo cuando la abrazaste?

Duda, conmovido.

—Fue muy raro. Tan intenso que, como te dije, me hizo llorar. Sentí algo familiar. Fue un abrazo tan fuerte...

—¿Qué?

—Fue como el abrazo que siempre necesité y que mi madre nunca me dio.

Decía Freud que una interpretación realmente fuerte sólo debía ser dicha cuando el paciente ya la tiene por sí mismo en la punta de la lengua. Y así es en esta ocasión.

—Bueno. Tal vez porque sea la primera vez que tu madre te abraza de verdad.

Silencio.

—¿Qué me querés decir?

—Que si todavía querés saber cuál es tu origen, a lo mejor llegó el momento de hacer ese estudio de ADN que deseabas realizar en tu adolescencia.

—No entiendo.

Pausa.

—Cristian, tu madre siempre maltrató a Delfina. Te maltrató a vos. Tu padre mantenía con ella una relación distante, pero sabía que te cuidaba muy bien, que estabas en las mejores manos. En una sesión, al comienzo, dijiste que sabías que no eras adoptado, que no había duda posible, porque te parecías mucho a tu padre, ¿lo recordás?

—Sí.

—¿Y a tu madre, Cristian? ¿También te parecés a ella? ¿Tampoco allí hay duda posible? —pausa—. Y me dijiste también que el rostro de Silvina te resultó familiar. ¿Será como dijiste que es porque te recuerda a Delfina cuando era joven, o será porque se parece a vos?

Cristian enmudece. Pero debo seguir.

—Habías reprimido el recuerdo de la discusión entre tu padre y Delfina, y siempre que se reprime algo es por algún motivo, ¿sabés? —pausa—. Pero ahora pudiste recordar y me contaste que tu padre te gritó que no podías acostarte con esa mujer. A ver, ¿por qué creés que vos no podías acostarte justo con ella?

Llora desconsolado. Pero sé que puede escuchar lo que le digo, por eso continúo.

—Y Delfina, a pesar de los años que pasaron y desde las sombras del ACV logra reconocerte, nombrarte y abrazarte, como vos mismo sentiste, con ese abrazo tan familiar —pausa—. Decime qué estás pensando.

Le cuesta mucho hablar. Apenas si puedo entenderlo.

—Gabriel, ¿vos creés que ella es mi mamá?

—No lo sé. Pero si querés, estás a tiempo de averiguarlo. No es tarde para eso, ¿no?

Está confundido y angustiado. Se sienta en el diván y me mira con enorme desolación. Sus ojos están rojos y llenos de lágrimas.

—No lo sé. Te lo juro. No sé si quiero saberlo.

—¿Por qué?

—Porque no sé si quiero enterarme de que, a lo mejor, estuve a punto de violar a mi mamá.

Esa frase tremenda y potente queda sonando en el aire. Creo que no hay una pregunta más fuerte que Cristian pueda llevarse. Por eso me pongo de pie adelantando el final de la sesión.

—Cristian, vos decidís. Saber es tu derecho, no tu obligación. Pero dejame decirte que cuando pasó aquello vos eras un chico, un chico avasallado por su pulsión sexual y que no tenía idea de que, quizás, la mujer que estaba deseando era su madre. Además, una vez dijiste que te sentías muy solo —asiente—. ¿Quién te dice? A lo mejor no estás tan solo como vos te creés. Quizás hay una hermana y alguien que siempre, lo sea o no, te ha querido como una madre, ¿no te parece?

Se me arrima desconsolado. Tengo la tentación de abrazarlo. Pero no. Esta vez tiene que llevarse esa angustia.

Me gustaría narrar el final de esta historia, pero sólo esta parte es la que Cristian me ha autorizado a contar. El resto le pertenece. A él, y a nuestro análisis.

EN EL COMIENZO FUE EL SEXO

De todos los conceptos teóricos del Psicoanálisis, quizás *el complejo de Edipo* sea el más difundido y, por consiguiente, el más deformado en su esencia.

Nos hemos acostumbrado a pensar en él como la atracción que existe entre un hijo y el padre del género opuesto. Así, se dice con liviandad que el Edipo hace referencia a la predilección de las nenas por el padre y de los varones por la madre. Lo mismo se daría en el sentido opuesto: en relación a la debilidad que tendrían las mamás por los hijos y los papás por las hijas. Incluso hay quienes se refieren a esto último con el nombre de *complejo de Electra*.

Pues bien, esto es un error. No existe tal concepto en Psicoanálisis, ya que las diferencias entre un mito y otro son cruciales y no se trata de describir simples preferencias aparentes, sino de dar cuenta de una vivencia infantil que estructura el psiquismo y determina por qué alguien es como es, los motivos de su elección sexual e incluso su modo particular de disfrutar o padecer.

Sexualidad y Psicoanálisis van de la mano, pero es indispensable aclarar que no se trata de cualquier sexualidad. No es la de la biología, ni la de la de la sexología y mucho menos la de las religiones. El analista tampoco se postula como alguien que tiene un conocimiento sobre el tema sino que, contrariamente, sostiene la imposibilidad de un saber acerca del sexo. Para el Psicoanálisis la sexualidad es, antes que nada, un enigma.

Pero, para acercarnos a un concepto tan complejo, vayamos al origen y veamos antes qué tiene para decir la mitología de Tebas, la ciudad de las siete puertas.

Cuenta Sófocles en su tragedia *Edipo Rey*, que antes de que Edipo fuera concebido, sus padres, Layo y Yocasta, estaban muy afligidos porque no lograban descendencia. Decidieron, entonces, consultar al oráculo para saber cuál era la causa de su infortunio. Pero la respuesta de este los llenó de estupor: “Sobre vosotros se ceñirá la más cruel de las desgracias si

llegarais a tener un hijo, pues está escrito que este matará a su padre y se casará con su propia madre”.

Tiempo después, y a pesar de este consejo, la mujer dio a luz un varón pero, al recordar la advertencia oracular, Layo mandó a uno de sus más fieles vasallos a que llevara al recién nacido al monte Citerón y lo asesinara.

El sirviente, abrumado por la orden recibida, llevó al niño hasta el lugar pero no se animó a matarlo. Lo ató por los pies, lo colgó de un árbol y lo dejó allí abandonado e indefenso. De aquí viene el nombre de Edipo, que en griego significa “el de los pies hinchados”.

Al quedar solo, el niño comenzó a llorar y su llanto llamó la atención de un pastor que, no lejos de allí, guardaba los rebaños del rey de Corinto. El hombre se acercó hasta el árbol y se sorprendió al ver la escena que se desplegaba ante sus ojos. Liberó al niño de su atadura y, sin saber qué hacer, lo llevó hasta la corte y se presentó ante Polibio y su esposa, Peribea, quienes gobernaban la ciudad. Como ellos no habían podido tener hijos, se alegraron mucho con la llegada del bebé, lo adoptaron y lo criaron con gran cariño. De hecho, fueron los que lo bautizaron con el nombre de Edipo.

El tiempo pasó y el niño se convirtió en un joven virtuoso que asombraba a todos con su fuerza, su valor y su destreza en los juegos gimnásticos que, como se sabe, eran algo muy valorado en aquella época. Pero en una ocasión tuvo una pelea con un muchacho de su edad y este lo insultó echándole en cara que él no era hijo legítimo de los reyes de Corinto.

En cuanto Edipo oyó tal aseveración corrió al palacio y les preguntó si en verdad eran sus padres. El rey, entonces, le confesó todo lo que sabía. Edipo quedó triste y consternado y movido por el deseo de saber cuál era su origen decidió partir a Delfos para consultar al oráculo. La respuesta que recibió lo angustió aún más, ya que no podía ni creer, ni descifrar aquellas palabras: “No retornes jamás a tu país natal si no quieres ocasionar la muerte de tu padre y casarte luego con tu madre”.

Al escuchar esto, Edipo decidió no volver más a Corinto, puesto que allí estaban los que él consideraba sus padres y su patria.

Pero en su peregrinar, la fatalidad quiso que se cruzara con un grupo de personas que, de mal modo, le ordenaron que se apartara del camino para que pudiera pasar el carruaje real. El joven no soportó la arrogancia de aquellos desconocidos y los enfrentó. En la pelea perdió la vida el más anciano de todos, que no era otro que Layo. De este modo se cumplía la

primera de las profecías oraculares. El joven acababa de matar a su padre, aunque no lo supiera.

Luego de este suceso, Edipo siguió su camino buscando datos acerca de sus progenitores.

Por entonces, la ciudad de Tebas, que había quedado sin rey por la muerte de Layo, era asolada por un monstruo: la Esfinge. Este horrendo animal esperaba en lo alto de una colina a los peregrinos que pasaban para proponerles un enigma, una adivinanza. Si el caminante no era capaz de resolverlo, lo cual ocurría siempre, el monstruo lo devoraba.

Los tebanos, asustados, decidieron entonces conceder el trono vacante y la mano de la reina viuda a quien liberara a Tebas de la Esfinge.

Cuando Edipo pasó por allí se vio sorprendido por esa especie de ave de gigantescas alas que tenía la cabeza y las extremidades de una mujer, el cuerpo de un león, la cola cual serpiente y las garras de un felino. Al verlo, el monstruo le formuló la adivinanza: “¿Cuál es la criatura que tiene cuatro pies por la mañana, dos a mediodía y tres al anochecer y que, al contrario que otros seres, es más lento cuantos más pies utiliza para andar?”.

Ni bien pudo salir del susto, Edipo pensó un instante y respondió seguro: “El hombre”. Porque cuando es bebé gatea, de joven camina en dos piernas y de anciano requiere la ayuda de un bastón. Como analista me resulta una metáfora significativa que justamente el enigma al que da respuesta (el Edipo tenga que ver con El Hombre (Sujeto).

Ante la exactitud de la respuesta, la Esfinge se arrojó desde lo alto de su roca. El pueblo de Tebas, agradecido, dio el trono de la ciudad a Edipo quien, además, se casó con Yocasta, cumpliéndose de ese modo la segunda de las profecías oraculares. Por supuesto, todos ignoraban que se estaba celebrando un matrimonio entre una madre y su hijo. Sin embargo los dioses, que todo lo ven, pronto mostraron su ira ante el incesto que se acababa de producir.

Pasó el tiempo y la pareja tuvo cuatro hijos: Etéocles, Polinice, Antígona e Ismene.

Pero los dioses, indignados, mandaron una terrible enfermedad que comenzó a azotar la ciudad y nada podían hacer contra ella ni la ciencia ni los sacrificios. Consultado nuevamente, el oráculo dictaminó: “La desolación y la muerte se alejarán de la ciudad cuando el asesino de Layo sea expulsado de Tebas”.

Se inició, entonces, una investigación para averiguar quién había dado muerte al antiguo rey y Edipo mandó a llamar al adivino Tiresias quien, al principio, se negó a responder pero luego, amenazado de muerte, no tuvo más remedio que develar todo lo que sabía y de ese modo Edipo se enteró de que él mismo había matado a su padre y, además, se había casado con su madre.

Inmediatamente se sintió tan despreciable e indigno de ver la luz que se automutiló (se castró, diríamos desde el Psicoanálisis) clavándose estiletos de bronce en los ojos. Luego fue expulsado de Tebas por sus propios hijos y sólo Antígona, la menor de ellos, lo acompañó hasta Colona, lugar de su destierro. En cuanto a Yocasta, el remordimiento por haberse desposado con su propio hijo le causó tal horror que se ahorcó con un cordón amarrado a una viga de la sala del palacio.

Esta es, a grandes rasgos, la tragedia de Edipo.

Freud toma este mito porque encuentra que existe un paralelismo entre el relato de Sófocles y lo que ocurre durante una de las etapas de la constitución psíquica y sexual. De allí que se abocó al desarrollo del concepto que conocemos como *complejo de Edipo*.

Pero es necesario aclarar desde el vamos que este mito es mucho más que la historia de un hijo que mata al padre para quedarse con la madre. Por eso no es lícito limitarse sólo a eso y hablar, por ejemplo, del complejo de Electra cuando la que está en primer plano es una mujer. Porque no existe tal complejo. Para ambos, hombres y mujeres, se trabaja con el mito de Edipo.

Electra sabe, planifica, es consciente de lo que va a hacer. La suya es una historia de rencor y venganza. Por el contrario, Edipo sufre su drama de un modo inconsciente y más allá de su voluntad.

En el libro que dedica a este tema, Juan David Nasio se pregunta a qué problemas de la clínica da solución el concepto de Edipo. Y se responde que a dos:

- El origen de la sexualidad.
- El origen de la neurosis.

Según Sigmund Freud, el Yo es antes que nada un yo corporal. ¿Pero de qué hablamos en Psicoanálisis cuando hablamos de cuerpo? Ciertamente no nos estamos refiriendo sólo a lo biológico. Por el contrario, lo pensamos como una construcción que surge del atravesamiento que la palabra y el deseo hacen sobre lo orgánico. Aquello que la tinta del lenguaje escribe sobre el papel de la carne.

Pensado así, el cuerpo surge a partir de identificaciones y acontecimientos que ocurren, generalmente, en los primeros cinco o seis años de vida, lapso en el cual se juega el devenir psíquico de un sujeto.

Pero antes de avanzar sobre esta cuestión debo señalar una diferencia entre lo que se conoce como la teoría traumática y la teoría de la fantasía.

Freud no descubre estas cosas por su trabajo con niños. Por el contrario, postula algo que en su momento fue revolucionario: la existencia de la sexualidad infantil, a partir de su práctica con adultos.

Se dio cuenta, al escuchar a sus pacientes, que siempre remitían a una escena dolorosa que tenía que ver con algún acontecimiento sexual y desarrolló la siguiente hipótesis: para que un suceso sea reprimido y tenga luego la capacidad de generar síntomas, es necesario que el mismo haya acontecido en el marco de una vivencia sexual, infantil y traumática.

En una primera instancia cree que esos sucesos acontecieron efectivamente, que en todos los casos esas personas habían sufrido un hecho real que fue la causa de su posterior padecimiento. Esto es, a grandes rasgos, lo que sostiene la teoría del trauma.

Pero luego comprueba que no es así. Que hay casos en los que nada de esto ha ocurrido y siente una profunda desolación al pensar que sus *neuróticos le mienten*. Sin embargo, dada la brillantez de su pensamiento, intuye que si estas sensaciones, estos recuerdos de cosas que quizás nunca pasaron se encuentran en todos sus pacientes, es porque esas fantasías deben cumplir alguna función en la estructuración psíquica. Modifica, entonces, su teoría y plantea que no es necesario que el hecho traumático haya acontecido efectivamente, ya que su sola existencia como fantasía tiene valor de verdad en la realidad psíquica del sujeto.

Dicho esto, y con una pregunta, nos adentramos en el tema de la sexualidad humana: ¿Por qué no es necesario que haya existido una violación real o un abuso para que alguien tenga la sensación de que esto le ha ocurrido?

La respuesta es tan directa como compleja: porque hay algo de traumático en la sexualidad misma. Y el primero de los aspectos a remarcar es que la sexualidad humana nace apoyada, justamente, en un lugar en el que le será imposible la concreción. Con esto quiero indicar que, en general, son los padres los que erotizan el cuerpo del niño.

El placer sexual surge apoyado en algunas funciones biológicas y en las partes del cuerpo comprometidas con esos actos. Utilizo adrede la palabra “partes”, ya que se trata de un cuerpo fragmentado y de una psiquis en la que aún no hay una noción de totalidad. Todavía el chico no puede decir “Yo”, sino que es una suma de partes que lo contactan con el mundo y a las que llamamos zonas erógenas. Y son la mamá o el papá quienes, al bañar al niño, al secarlo o simplemente al acariciarlo durante los juegos, le van dando significado a ese cuerpo y producen un desprendimiento de placer que se independiza de la función biológica inicial.

El ejemplo más claro es la boca. Esta parte del cuerpo que se contacta inicialmente con el pecho de la madre en busca de alimento, despertará en el bebé un placer que nada tiene que ver con eso. Porque “la teta” no es sólo comida, es también amor y, agregaría, placer erótico.

Si sólo se tratara de alimentarse, al estar saciado el chico dejaría de mamar hasta que la necesidad volviera a surgir. Pero, muy por el contrario, el bebé se duerme con el pezón en la boca, succiona en el aire al ser separado del mismo y más tarde, por ejemplo, lo reemplazará por el chupete. ¿Qué clase de alimento da el chupete? Uno fundamental: el placer.

He aquí una de las razones que vuelven tan conflictiva la sexualidad: surge a partir del contacto con aquellos con quienes luego no se podrá satisfacer porque sería un acto incestuoso. Esta experiencia es vivida por el chico de un modo traumático, ya que el recuerdo de aquellos contactos físicos de la infancia, aunque ligados a estos cuidados amorosos, en ocasiones quedan en el inconsciente como algo abusivo. De hecho, no deja de tratarse del sometimiento de un niño a las caricias de un adulto.

Recuerdo a una paciente que luego de un tiempo prolongado de análisis confesó haber sido abusada por su padre. Según dijo, cada noche sentía cómo él, antes de acostarse y creyéndola dormida, levantaba la sábana, metía su mano y le acariciaba la vagina.

El retorno de esta vivencia le generó una enorme angustia y después de un tiempo increpó a su padre por aquella actitud. El hombre le solicitó autorización para acompañarla a mi consultorio y hablar de lo sucedido.

Accedí al pedido de la paciente y, ni bien entraron, estalló en un llanto prolongado. Miró a su hija y le preguntó cómo ella podía imaginar siquiera que él había sido capaz de semejante cosa. Y a continuación contó que, hasta muy avanzada su niñez, ella había sufrido de enuresis y que, por tal razón, cada noche antes de acostarse él iba a constatar si se había hecho pis en la cama para cambiarla en caso de que fuera necesario.

Aquél cuidado amoroso por parte del padre había sido percibido como un abuso. ¿Cuál de los dos tenía razón? No lo sé. Pero sí puedo dar cuenta del lugar de verdad que aquél ultraje tenía en la realidad psíquica de mi paciente.

Llegado a este punto, podríamos decir que, en menor o mayor medida, todas las personas tienen el registro de alguna vivencia infantil, sexual y traumática. ¿Y por qué se da esto? Porque esas fantasías están allí para presentarle un desafío, algo que va a tener que resolver para dejar de ser apenas un ente biológico y convertirse en un sujeto humano. He ahí el enigma de la Esfinge.

No se trata de que los adultos tengan actitudes como esas para generar angustia en sus hijos. De hecho, y por suerte, la mayoría de los padres no son perversos. Pero el chico no posee la capacidad de saber qué hay en sus pensamientos, ni siquiera tiene el dominio del lenguaje como para preguntar acerca de lo que está ocurriendo. Por eso, esto nada tiene que ver con la buena o mala intención de los padres y, en verdad, ni siquiera con ellos mismos, ya que la que está en juego en esta etapa no es la mamá real, de carne y hueso, con su amor y su ternura, sino esa mujer que lo toca, que lo estimula, que le da placer y a la que no tiene el derecho a desear. El niño va a incorporar en su inconsciente a estos padres y serán esas representaciones internalizadas las que, en definitiva, pasarán a jugar el drama edípico, y el pequeño se verá en la necesidad de hacer algo con esto, de resolver este dilema que le despierta angustia, pero también excitación.

Por eso la veracidad de los dichos de Nasio: no es una historia de amor, es una historia de sexo en la que el hijo competirá con uno por el amor del otro. Sentirá odio, amor y miedo. Se identificará alternativamente con cada uno de ellos e irá buscando un lugar en esa escena. Lugar que repetirá después en cada acto de su vida.

¿Y cuál es la función del padre en todo esto? Pues bien, su rol será fundamental, ya que le tocará ser quien prohíba ese encuentro entre el chico

y la madre: vuelve imposible la concreción de ese deseo.

¿Cómo lo hace? Con cada actitud, por pequeña que sea, en la que pone en juego la ley. Por ejemplo, cuando a pesar del llanto del bebé y la cara triste de la madre, lo toma en brazos, lo saca del cuarto y lo lleva a su cama. Con ese solo gesto instaura la prohibición del incesto, ya que le está marcando al hijo que su madre no le pertenece y a ella que el lugar a su lado no es del niño, sino de él.

Como podemos ver, mamá y papá no son personas, sino funciones. Es más, muchas veces los roles se invierten y es la madre quien cumple la función paterna y el padre quien hace las veces de mamá tierna y nutricia.

Entender esto es fundamental para dar por tierra con ciertos prejuicios.

Con motivo de mi defensa en favor del matrimonio igualitario y del derecho de esas parejas a adoptar, más de una vez me preguntaron qué pasaría en la mente de un chico que tuviera dos mamás o dos papás. Es fundamental entender que de lo que se trata es de funciones, y que en tanto y en cuanto esas funciones se cumplan no hay daño posible para la mente de un niño.

Pero volvamos al complejo de Edipo y digamos que en este devenir histórico que se da en los primeros años de vida, va a constituirse lo que llamamos la elección sexual (es decir, si alguien será heterosexual u homosexual) y también la manera en la que su psiquis enfrentará la vida futura, cuáles serán sus mecanismos de defensa, su nivel de tolerancia a la frustración y las características psíquicas que tomará su modo de vivir el deseo e incluso el dolor. De esto hablamos cuando aludimos a la “elección de la neurosis”. Hay una razón para que alguien sufra como sufre, de ese modo particular y no de otro, y esa razón se encuentra en la manera en la que atravesó esta etapa fundamental del desarrollo psíquico y sexual.

Claramente no hablamos de elecciones conscientes sino que todo este pasaje por el Edipo, lo que llamamos la escena, es un proceso que se realiza de un modo inconsciente y que sólo podemos deducir a partir de sus consecuencias futuras.

Más tarde, entre los seis y los once o doce años tiene lugar lo que se conoce como período de latencia. Es una etapa en la cual la sexualidad, tan clara en los primeros años de vida, parece haber desaparecido del interés del

chico. Pero esto es sólo una apariencia, ya que las pulsiones volverán con toda su fuerza con la llegada de la pubertad.

Los cambios físicos y psíquicos que se dan en este período y la aptitud para acceder al encuentro sexual (cosa que no era posible en la niñez) producen una reedición del complejo de Edipo y el adolescente nuevamente deberá hacer frente a los desafíos que este le impone.

Aquellos que en su momento sexualizaron su cuerpo con caricias y su cercanía reaparecen en el interés erótico del joven, quien deberá defenderse de estos impulsos y sostener la prohibición del incesto.

¿Cómo se defiende? De un modo agresivo. Rechaza a sus padres, no deja que lo toquen, que opinen, que se metan en su vida y los trata casi con desprecio. Hierde a su madre tratándola de vieja, de fea y esto, en realidad, es algo que se dice a sí mismo para deserotizar el vínculo. Acusa a su padre de loco o intolerante, porque ve en él el castigo que podría sufrir si quebrantara la ley que impide la concreción de su deseo.

Cuando pase el tiempo y ese joven inicie su vida sexual, luego de haber encontrado un objeto de amor por fuera de su hogar, cuando se haya producido eso que llamamos *salida exogámica*, podrá retornar de un modo más adulto y pacífico para construir un nuevo estilo de relación con sus padres.

Como vemos, el Edipo plantea en cada uno de estos momentos un enorme trabajo psíquico al sujeto. De niño, porque se trata de una excitación demasiado grande para que pueda ser procesada por un chico de cinco o seis años. De adolescente, porque ya está incorporada la prohibición del incesto y algo debe de hacer para reprimir un encuentro de cuerpos que ahora, ya maduro físicamente, podría ser posible aunque intolerable.

El Edipo es algo que podemos ver claramente en esos dos momentos del desarrollo, pero también en los síntomas, porque el síntoma muestra la relación de alguien con su sexualidad. Sin embargo, los analistas tenemos un lugar preferencial en el que lo vemos desplegarse de un modo descarnado, y es en el vínculo particular que establecen los pacientes con nosotros, en la relación transferencial, porque allí se actualiza —en el consultorio— la escena edípica.

Vayamos a Cristian y tomemos algunos recortes de sus sesiones.

Lo primero que podemos señalar es que, como dijimos, se trata de funciones y no de personas. En este caso, el lugar de la madre, claramente, no es ocupado por la que él cree su mamá sino por Delfina. Fue ella quien se hizo cargo de ese rol nutricional, afectivo y protector que la madre dejó vacante con su distancia, su indiferencia e incluso con su deseo de que Cristian no hubiera nacido.

En ocasión de relatar la escena en la que se va del cementerio luego del entierro de su padre, dice que se dio vuelta al final del pasillo y que “no podía distinguir cuál era su lugar”. ¿De qué lugar está hablando en realidad? Porque también el rol masculino aparece desdibujado, ya que un padre es antes que nada aquel que está en el deseo de la madre. Es ella quien le da un lugar volcando su interés sobre él y, en este caso, la abulia depresiva de la mujer no le permitió jugar deseo alguno.

Su paso por el Edipo ha sido tan difícil que tampoco pudo encontrar un sitio para él: “No sé quién soy”, “Yo era igual a mi viejo” —por ende no tenía una ubicación definida— o “Estoy parado en el mismo lugar”. Podríamos preguntar en el mismo lugar que quién. ¿De ese padre difuso? ¿De esa madre depresiva? Diré que de ambos, según sea el momento identificadorio.

Pero por sobre todo esto hay dos situaciones que me gustaría focalizar para entender mejor cómo se despliega en su análisis la problemática edípica.

Una de ellas es el sueño. Un relato tan fuerte y claro que corre el velo y nos permite adentrarnos de lleno en el conflicto. Los dos leones que pelean a muerte por la hembra, ese animal enorme que ruge y prohíbe el encuentro, esa leona que obedece y huye asustada y la competencia en esa lucha desigual, no son sino una escenificación dramática de los sentimientos que se dan en aquellos primeros años de vida.

Hasta tal punto es así, que el análisis de ese sueño no sólo nos dio la posibilidad de hablar de la rivalidad con su padre y de sus deseos incestuosos, sino que también nos permitió llegar a ese otro momento importante, que es el que permitió asignar un lugar a cada uno dentro de la escena.

Delfina, claramente se convirtió, al menos simbólicamente, en la madre; él, en el hijo abrumado que apenas si podía controlar sus deseos y su padre, a partir de aquel episodio en el que lo saca del baño y lo golpea, se hace cargo, por fin, de cumplir con la función paterna, fallida hasta entonces. Le

dice a Cristian: “vos no podés acostarte con esta mujer”, y le pregunta a Delfina: “¿Estás loca?”.

He allí la instauración de una ley que angustia pero que también tranquiliza, porque lo salva del efecto siniestro del incesto.

Por último, ya que no es la intención de este libro hacer una ponencia clínica exhaustiva, me parece importante señalar la verdad que se enunciaba en la fantasía de Cristian de ser hijo de desaparecidos. Porque en su realidad psíquica, efectivamente esto era así: su madre se había retirado de la vida desde el momento mismo de su nacimiento, su padre tampoco había hecho pie como para brindarle un sostén afectivo ni una imagen identificatoria sólida y, en definitiva, la misma Delfina en su borramiento inicial como simple empleada y en su muda partida después, dejó un lugar vacío y sin nombre.

Por suerte, luego de tantos años y a pesar de su enfermedad, pudo *reconocerlo*. Y este fue un hito fundamental para que Cristian encontrara un lugar en la vida.

Pero dejemos aquí. En definitiva, sólo ha sido mi interés plantear que este concepto teórico no es una abstracción caprichosa, sino algo que da cuenta de la historia singular de una persona, de una experiencia afectiva de la cual dependerá, nada más y nada menos, que su propia vida.

LA VOZ DEL AMOR
(la historia de Esteban)

*Todos llevamos, como Eneas, a nuestro padre sobre los hombros.
Débiles aún, su peso nos impide la marcha,
Pero luego se vuelve cada vez más liviano,
Hasta que un día deja de sentirse y advertimos que ha muerto.
Entonces lo abandonamos para siempre en un recodo del camino y
trepamos a los hombros de nuestro hijo.*

HORACIO CASTILLO

Las personas nobles no lloran igual que los demás. Un canalla no lo hace de la misma manera, porque no puede acceder a la profundidad de la nobleza. La nobleza requiere de una entrega que predispone las emociones de un modo diferente. Y Esteban era un hombre noble.

Sus ojos estaban rojos. Hacía un esfuerzo enorme por contener el llanto y su voz era apenas audible. Lo vi debatirse con su angustia durante algunos minutos, en silencio, hasta que por fin pudo hablar.

—¿Te das cuenta? El momento que tanto temía llegó. Rodrigo me dijo que yo no soy su padre.

Y, como si sus palabras hubieran destrabado toda la emoción contenida, Esteban lloró.

Cuando vino por primera vez tenía cuarenta y seis años. Era arquitecto y estaba al frente de su propio estudio. Vivía con su esposa, Julia, con la cual tenía tres hijos: Rodrigo, de once años, Valentín de siete y Tatiana de tres. Llegó derivado por un amigo que se atendía desde hacía un tiempo conmigo y al momento me di cuenta de que estaba frente a una persona sensible e inteligente.

—Yo fui uno de los tantos adolescentes del Proceso —me dijo—. Bueno, como vos supongo, ya que somos casi de la misma edad —se quedó pensando unos segundos—. Pero qué cosa la juventud, ¿no?

—¿Por qué lo decís?

—Porque en aquel momento, no nos dábamos cuenta de todo lo que pasaba. Ver un Falcon verde recorriendo las calles era algo tan común que ni siquiera lo registrábamos. Es más, no sabés cuántas veces me bajaron del colectivo a la madrugada y me hicieron acostar boca abajo en la calle mientras me revisaban el morral. Lo vaciaban en el piso para ver si encontraban algo y después me decían que guardara todo de nuevo y me fuera.

Sonreí a mi pesar. Tenía razón. La nuestra había sido una adolescencia de pelos largos, morrales y requisas.

—Pero la verdad era que eso ya ni me molestaba —continuó—, sabía cómo era el trámite. Así que cuando paraban el bondi me bajaba solito, saludaba, entregaba mis cosas y me recostaba en el piso. Después me levantaba, me sacudía la ropa, daba las gracias y seguía viaje.

Esa parte del relato me borró la sonrisa. Yo había pasado también por esas mismas cosas, pero nunca había logrado acostumbrarme. Muy por el contrario, siempre había sentido la prepotencia de aquel trato como algo humillante, doloroso, casi traumático.

Esteban continuó con su relato.

—La recuerdo todavía a mi vieja asomándose por el balcón de casa, en las madrugadas, esperando verme doblar la esquina. No podía dormirse hasta que yo llegara —pausa—. Claro, ella sí sabía las cosas que pasaban. Para mí, en aquel momento, era una hinchita pelotas. Recién ahora, que soy padre, me doy cuenta de lo que se siente cuando uno está intranquilo por un hijo.

—¿Ah, sí? ¿Solés estar intranquilo por tus hijos?

—Como todo padre, supongo.

—Puede ser, pero vos, ¿cómo manejas ese tema?

—Bien, creo. Aunque, por supuesto, tengo mis cositas, mis inseguridades, sobre todo con Rodrigo.

—¿Y por qué sobre todo con él? ¿Qué tiene de particular?

Suspiró y esbozó un gesto que no llegó a ser una sonrisa.

—Es que Rodrigo es mi hijo adoptivo.

—Ah, bien. ¿Me querés contar cómo fue eso?

Asiente.

—Cuando yo empecé a salir con Julia, mi mujer, ella tenía un bebé de diez meses. Y yo, la verdad, no sé de cuál de los dos me enamoré primero. A ella la conocía hacía tiempo, porque era amiga de una prima, e incluso cuando éramos chicos yo había intentado que pasara algo entre nosotros; pero no me dio ni la hora. Estaba en otra. Tiempo después me enteré de su embarazo, porque era muy querida en mi familia, y la verdad es que me apenó mucho. Era una mina tan buena que no se merecía vivir esto sola.

—¿Qué pasó con el padre biológico de Rodrigo? —lo interrogué.

Esteban se acomodó en el sillón y siguió hablando del tema con mucha naturalidad, razón por la cual comprendí que era algo que tenía asumido y que no le molestaba.

—Se llamaba Daniel. Era un compañero de facultad de Julia. Cursaron juntos algunas materias y empezaron a salir. Pero cuando ella quedó embarazada, él no quiso saber nada. Le dijo que recién se conocían, que no estaba enamorado y que eso era algo para lo que no se sentía preparado. Incluso le pidió que abortara.

—¿Y Julia, qué le respondió?

—Que no. Ella quería tener ese hijo. Así que le dije que se quedara tranquilo porque lo entendía y nunca iba a reclamarle nada. Y así fue. Jamás lo jodió.

De pronto se conmovió y su cara mostró un gesto de ternura.

—¿Qué pensaste? —le pregunté.

Hizo una breve pausa antes de responder.

—En cuánto amo a mi mujer. Ver con cuánta garra y cuánto amor defendió a su hijo —se interrumpe—, a mi hijo, es algo que siempre me emociona.

Su mirada se ilumina y percibo la presencia de algún recuerdo.

—¿Qué pasa?

—Nada importante.

—Decilo igual, Esteban.

Suspira.

—Me acordé de algo. La otra noche volví tarde de una reunión y, como siempre, le fui a dar un beso a los chicos. Y cuando llegué a la cama de Rodrigo se me llenaron los ojos de lágrimas. Le miré la carita, tan dulce, tan lindo, y pensé que si Julia no lo hubiera defendido como lo hizo, yo no podría tenerlo en mi vida. Entonces fui hasta mi cuarto y la abracé fuerte. “Eh —me protestó sobresaltada—, ¿qué te pasa?”

—¿Y vos, qué le dijiste?

—Que la amaba. Ella me acarició y siguió durmiendo —sonríe—. No creo que haya entendido lo que yo estaba sintiendo.

—Bueno, si para vos era importante que ella lo supiera, podrías haberle contado lo que te ocurría. Los sentimientos están también para ser dichos, ¿no te parece?

Asintió.

—Sí, tenés razón. Pero preferí dejarla dormir.

Hizo un silencio y una sombra pareció enturbiar su recuerdo.

—¿En qué pensaste?

—En Daniel.

—¿Qué pasa con él?

—Que es como una espada de Damocles que se balancea siempre sobre mi cabeza. Nunca estuvo, pero, sin embargo, siempre está.

Al escucharlo comprendí que Esteban sentía su paternidad amenazada por el fantasma de este padre ausente e intuí que sería uno de los temas más

importantes de su análisis. No me equivocaba.

La paternidad no es algo natural. Como todas las relaciones humanas es algo que se construye. Hay quienes dan por sentado que el amor entre padres e hijos viene dado por la naturaleza; eso a lo que llaman “la voz de la sangre”. Pero, dentro de las muchas e importantes virtudes que tiene la sangre, no se encuentra la de tener una voz que nos diga a quién querer y a quién no.

Muy por el contrario, la paternidad es un complejo nudo afectivo que se va desarrollando a partir del nacimiento del hijo, o incluso antes, cuando se lo sueña, cuando se lo desea, cuando se le elige un nombre. Y esta relación entre padres e hijos, lejos de ser fácil y dada por el mero hecho de la herencia biológica, es altamente complicada, pasa por muchos momentos de crisis y requiere de acomodamientos permanentes. No basta con dar el semen para ser papá. Cierta vez me dijo alguien que “creerse padre sólo porque se tiene un hijo es como creerse pianista sólo porque se tiene un piano”.

Ser un papá implica algo que está por fuera de la relación de sangre. Es algo que depende del tiempo compartido, de los cuidados, los límites, el amor e incluso el enojo que se haya vivido con los hijos.

El padre no es aquel que embarazó a la madre, sino el que cuenta con el reconocimiento del hijo. Y mucho de esto hablamos con Esteban durante el transcurso de su análisis.

—Cuando me enteré de que Julia estaba embarazada de Valentín tuve mucho miedo.

—¿Y a qué se debía ese miedo?

Se toma unos segundos para encarar el tema.

—Y..., yo nunca había tenido un hijo biológico y, por un momento, temí que fuera distinto, que pudiera quererlo más que a Rodrigo. Y esa idea no me dejaba en paz, me torturaba todo el tiempo. Yo no hubiera podido perdonarme si algo de esto me hubiera pasado.

—¿Y qué ocurrió cuando nació Valentín?

Sonríe.

—Me acuerdo de que era un día soleado de otoño. Habíamos llevado a Rodrigo a la plaza. De repente, mientras yo jugaba con él en la hamaca, la

veo a Julia sentada en un banco que me mira con cara de asombro. Me acerqué a ver qué pasaba y me dijo que había roto bolsa.

—¿Y qué hiciste?

—Me puse muy nervioso. Ella se reía. Subimos a un taxi y nos fuimos a la clínica. De allí llamamos a mi suegra para que viniera a buscar al nene y lo llevara a casa.

Hizo un nuevo silencio y comprendí que algo lo conmovía. Le di el tiempo que necesitaba hasta que volvió a hablar.

—Rodrigo tenía una carita de susto que no te puedo explicar. Me miraba y no entendía nada. Y sentí que, tal vez, él tenía el mismo miedo que yo; que también pensaba que a lo mejor no iba a quererlo igual que a su hermano. No sabés lo que me costó que se lo llevaran, pero tenía que estar con Julia. Por suerte, los trámites de la internación, el trabajo de parto, la llegada del médico y todo eso me ocupó la cabeza.

—¿Presenciaste el parto?

—Sí.

—¿Y cómo fue?

—Maravilloso. Distinto a todo lo que yo había fantaseado. Todo pasó muy rápido y, cuando quise reaccionar, ya me estaban poniendo a Valentín en los brazos —se conmueve—. Fue, tal vez, el momento más fuerte de mi vida, ¿sabés por qué?

La respuesta obvia era decir que sí, que lo sabía. ¿Cómo no imaginar lo que le pasa a alguien en una situación como esa, teniendo por primera vez a su hijo en los brazos? Pero el psicoanálisis me enseñó a no suponer ninguna respuesta y esperar a ver qué es lo que a ese sujeto en particular le ocurre ante cada una de sus vivencias. Por eso, en lugar de asentir, preferí preguntar.

—¿Por qué?

Sonrió antes de responderme.

—Porque al mirarlo sentí un amor tan grande y tan enorme... pero conocido —hace una pausa—. Era el mismo sentimiento que experimenté la primera vez que Rodrigo me dijo papá.

Sus ojos se humedecen, pero no hay dolor en ellos, sino una profunda emoción.

—¿Y cuándo fue eso?

Se permite conectarse con el recuerdo antes de hablar.

—Él tendría casi dos años. Nosotros siempre le dijimos la verdad, siempre supo que yo quería ser su papá del corazón, pero que él no estaba obligado a aceptarme. Y durante un tiempo, cuando empezó a hablar, me llamaba Esteban —se quiebra.

—¿Y eso te molestaba?

Niega con la cabeza.

—No a mí, pero sí a Julia. Ella quería corregirlo y yo le decía que no lo hiciera. Que sólo podía ser su papá de verdad si él así lo sentía y no si ella lo obligaba —pausa—. Y un día, yo había ido a buscarlo al jardín y me quedé en la puerta esperando a que saliera, conversando con una mamá. Rodri ya estaba afuera, de la mano de la maestra, pero yo no lo había visto. Y entonces me gritó: “Papi”. Y yo —su voz se entrecorta—, yo le abrí los brazos bien grandes, él vino corriendo hacia mí, y me quedé abrazándolo para que no me viera llorar.

Pausa.

—¿En qué te quedaste pensando?

—En que el día que nació Valentín sentí lo mismo y supe que no había diferencia. Que los dos eran mis hijos y que no podría vivir sin ninguno de ellos.

Asiento, conmovido también.

La sesión había sido muy movilizante para Esteban. Había traído una vivencia fundamental para su vida, porque era la que le había permitido reconocerse como padre de Rodrigo y relajarse por lo que le pasaba con ese tema. Sabía ya que no había diferencias para él. Pero ¿qué creía que pasaba por la cabeza de su hijo? ¿Hasta dónde pensaba que Rodrigo veía en él a su papá? El temor a ser un “premio consuelo” seguía allí, agazapado, aunque aún no pudiera formularlo.

Pero el tiempo iba a encargarse de poner ese miedo en primer plano.

La adolescencia es un período complejo. Las pulsiones eróticas que durante un tiempo parecieron adormecidas reaparecen en toda su magnitud, y a los cambios físicos evidentes se le suman cambios psíquicos que provocan un estado de tristeza y ansiedad. La familia, que hasta entonces fue el lugar de contención de los miedos y el refugio afectivo, pierde este espacio porque el adolescente, en su necesidad de empezar a encontrar un lugar propio en el mundo, relaciones que le pertenezcan y que le permitan comenzar a experimentar su sexualidad sin culpa, transforma lo que hasta

entonces era su hogar en un ámbito hostil del cual siente que debe diferenciarse y tomar distancia.

La mayoría de las veces, esto genera en los padres una sensación de malestar y en los hijos una frustración que suele volcarse bajo la forma de una cierta violencia. Por eso es tan común que los adolescentes agredan a sus padres.

Pero, llegada esta etapa, el hijo adoptivo tiene en su poder un elemento aun mucho más duro con el que herirlos. Y Rodrigo lo usó en contra de Esteban.

Llegó a sesión devastado. Su rostro mostraba la angustia que estaba sintiendo y le costaba hablar. Suele ocurrir que esto sea así. Cuando la angustia se instala, las palabras quedan de lado y un silencio atroz y profundo se apodera del sujeto y pareciera como si, desde un abismo oscuro, una fuerza hipnótica le impidiera mirar hacia otro lado. Es en esos momentos cuando, como analista, intento que mis intervenciones devuelvan al paciente al mundo de las palabras. Un mundo que no está exento de dolor pero que, aun así, le pone un límite a la angustia.

—¿Qué fue lo que pasó?

Silencio.

—Esteban, si necesitás llorar, acá podés hacerlo, tenemos tiempo. Pero en algún momento vas a tener que hablar de lo que te haya ocurrido.

Asintió y unos minutos después, me contó lo sucedido.

—Estábamos discutiendo con Rodrigo. Él se había extralimitado en el colegio.

—¿Qué fue lo que hizo?

—Insultó a un profesor y las autoridades amenazaron con echarlo y nos citaron, a Julia y a mí. Fuimos, por supuesto, y tuvimos una charla muy incómoda. Imaginate, yo quería defenderlo, pero lo que había hecho era indefendible. Así que tratamos de negociar que le dieran una oportunidad más, y luego de un rato lo conseguimos.

—¿Y qué pasó después?

—Al volver a casa intenté conversar con él, pero era imposible. Estaba en uno de esos momentos de rebeldía en los que no escucha nada. Me gritó que de ninguna manera iba a volver a ese colegio de mierda, y yo le dije que esa no era una decisión que él pudiera tomar, de modo que era mejor que se calmara y se preparara para disculparse con el profesor.

—¿Y qué te respondió?

—Que ni loco. Que el tipo era un pelotudo y que no se iba a disculpar con nadie. Insistí en que sí iba a hacerlo y le dije que, al día siguiente, yo mismo lo iba a acompañar hasta la escuela para asegurarme de que así fuera. Y él...

Se interrumpe. Me doy cuenta de que está por decir algo que le causa mucho dolor y que aún le cuesta poner en palabras o que, quizás, no quiere volver a escuchar.

—¿Y él qué?

—Me dijo que con qué derecho me metía en su vida si ni siquiera era su padre.

El silencio invadió el consultorio con esa prepotencia que no dejó lugar a otra cosa. Por eso, esta vez, no dije nada. Esteban necesitaba unos segundos para hacerse cargo de lo que Rodrigo le había dicho y yo no podía hacer más que acompañar ese momento. Luego de unos segundos, levantó su rostro y me miró.

—¿Te das cuenta? El momento que tanto temía llegó —ya no pudo contener su llanto—. Rodrigo me dijo que yo no soy su padre.

Esteban estaba desmoronado. Desde siempre había fantaseado con esta posibilidad y el miedo a que esto ocurriera había sido un tormento permanente. Pues bien, allí estaba y algo había que hacer con esto. Y, casi sin pensarlo, como suele ocurrir con muchas de las intervenciones analíticas, me sonreí. Con una sonrisa amplia y genuina. Esteban me miró casi con furia.

—¿Se puede saber qué es lo que te resulta tan gracioso?

Me esforcé para que mi voz sonara especialmente calma.

—Es que no me parece tan grave lo que Rodrigo dijo —me miró absorto—. Al menos, yo no me lo tomaría tan mal.

—No te entiendo.

—Digo que a mí no me molestaría que Rodrigo me dijera que no soy su padre.

Él abrió los ojos denotando que mi intervención le parecía no sólo inapropiada sino estúpida.

—Obvio —me contestó enojado—, porque vos no sos el padre.

Hice un silencio breve, asentí y sonreí nuevamente, esta vez con la seguridad de que mi intervención había sido efectiva.

—Ah, entonces, vos sí lo sos.

Me miró e intentó asimilar mis palabras.

—¿Te das cuenta, Esteban? Rodrigo estaba enojado y necesitaba herirte. Si hubiera querido lastimarme a mí, no me hubiera dicho eso porque sabe que no me habría dolido que me lo dijera, porque como vos dijiste, yo no soy su padre. En cambio a vos sí te iba a herir, y él lo sabía —bajó los ojos, pensó un instante y volvió a mirarme—. ¿Sabés qué creo?, que esa agresión fue la mejor manera de ratificarte que ya no tenés por qué tener ese miedo, porque no deja lugar a dudas: para él sos su papá.

Apenas habían transcurrido unos pocos minutos desde que había llegado, pero sabía que esta conclusión iba a ser un hito en la vida de Esteban. Por eso me puse de pie dándola por terminada. Él no dijo nada. Se levantó, me siguió hasta la puerta y me saludó.

Los tiempos del análisis no son los del reloj, sino los del inconsciente, no sólo de cada paciente, sino de cada sesión en particular. Y ese día, Esteban pudo corroborarlo por sí mismo.

Habían pasado algunos meses desde aquella vez y ya trabajábamos en el diván. Rodrigo y Esteban seguían teniendo la misma relación de siempre, fuerte y afectiva, y estaban pasando por un período de mucho compañerismo en el cual se llevaban, como él decía bromeando: todo lo bien que uno se puede llevar con un hijo adolescente.

Pero ese día, ni bien entró al consultorio, supe que algo había ocurrido.

—Apareció, Gabriel.

—¿Quién apareció?

—Daniel, el padre de Rodrigo.

Leí en su gesto la gravedad que el asunto tenía para él.

—¿Querés contarme cómo fue?

Apretaba sus puños de un modo casi compulsivo y yo podía notar su respiración agitada.

—Julia se lo encontró en un congreso. Lo vio entrar y lo reconoció al instante. Se sentó lejos, tratando de que él no la viera.

—¿Y eso por qué? No tiene nada de qué avergonzarse, ¿o sí?

—Claro que no. Pero no se lo esperaba. Era la primera vez que se lo cruzaba en más de dieciséis años, y no supo qué hacer.

—Entiendo.

—Bueno, la cuestión es que no podía irse porque estaba ubicada en un lugar muy expuesto, de modo que esperó a que la conferencia terminara y

se mezcló entre la gente para pasar desapercibida. Pero no lo logró.

—¿Por qué?

—Y..., se ve que él también la había visto y cuando ella bajaba las escaleras, la alcanzó.

—¿Y qué le dijo?

—La saludó y después de un momento muy incómodo, la invitó a tomar un café.

—¿Y ella aceptó?

Esteban asiente, toma aire, o tal vez junta coraje, y después sonríe sin querer.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Daniel le pidió perdón. Le dijo que todos esos años los había pasado sintiéndose una mierda. Que siempre quiso buscarla pero nunca tuvo el valor para hacerlo —hace una pausa—. Después le preguntó qué había pasado con el bebé. Claro, él ni siquiera sabía si había nacido o no, si era un varón o una nena. Entonces, Julia le habló de Rodrigo y él se puso a llorar.

Esteban se detiene. Está enojado, pero yo sé que ese enojo esconde otra emoción: el miedo.

—Después siguieron hablando —continuó—. Él le contó que está casado, que tiene una hija y...

—¿Y qué, Esteban?

—Y le pidió que hablara con Rodri. Dijo que le gustaría dar la cara, pedirle perdón y tener la oportunidad de conocerlo.

Su voz tiembla a causa de la angustia y la indignación.

—¿Me parece o estás enojado?

—¿Y cómo no voy a estarlo? Este tipo aparece así, de la nada, e instala semejante quilombo. ¿Quién carajo se cree que es?

Sé que no va a gustarle mi intervención.

—El padre de Rodrigo.

Ahora sí, su furia parece dirigirse hacia mí.

—Al menos así lo nombraste vos hace un rato, ¿no?, “Daniel, el padre de Rodrigo”.

—¿Y a mí qué mierda me importa eso?

—¿De verdad lo decís? Porque me parece que si eso no te importara, no te pondrías así, ¿no te parece?

Se hace un silencio pesado.

—El padre de Rodrigo —repite con bronca—. Sí... un padre que se desentendió de él hace diecisiete años y que ahora vuelve llorando. ¿Me explicás por qué?

Pienso. Sé que tengo que ser muy cuidadoso con las palabras que utilice en este momento. Incluso con el tono de mi voz. Está realmente conmovido y lo que menos quiero es que su enojo lo haga encerrarse en sí mismo.

—Tal vez —le dije— porque cuando tomó esa decisión era un chico de veinte años que estaba asustado, y hoy es un hombre de más de cuarenta que piensa las cosas de otra manera.

—¿Lo estás justificando?

—No. Simplemente estoy buscando una explicación para lo que está ocurriendo en tu vida en este momento.

Remarco el hecho de que lo importante es que esto le está pasando a él. Para mí, como su analista, no se trata de lo que le pase a Julia, Daniel o Rodrigo, sino a él, el paciente que decidió compartir conmigo sus miedos y su angustia desde hace varios años.

Cuando percibo que se ha calmado un poco, le pregunto:

—¿Y qué vas a hacer?

Suena resignado.

—¿Y qué puedo hacer? Yo no le voy a quitar a mi hijo el derecho a que lo conozca. No podría soportar que dentro de unos años me dijera que por mi culpa él no pudo conocer a su padre biológico.

—¿Entonces?

—Hablamos con Julia.

—¿Y?

—Quedamos en que ella le iba a contar todo a Rodrigo.

—¿Y por qué ella?

Gira la cabeza y me mira.

—¿Quién si no?

—Los dos.

Piensa.

—¿Y yo qué tengo que ver?

Está confundido, pero debo reubicarlo en el lugar que le pertenece.

—¿Cómo qué tenés que ver? ¿No sos el papá de Rodrigo, acaso? ¿O vos te creés que esta aparición de Daniel puede echar por tierra todo lo que ustedes construyeron en estos años? —pausa—. No, Esteban. Rodrigo es tu hijo y va a atravesar un momento fundamental en su vida. ¿No te parece

que es tu deber acompañarlo? ¿O lo vas a dejar solo justo cuando más te necesita? —pausa—. Porque esa es también la función de un padre: estar, aunque cueste, aunque duela, en el momento en el que el hijo te requiere. Y en esta circunstancia, lo diga o no, Rodrigo va a necesitarte. No repitas la historia de Daniel. No lo abandones vos también.

Se queda callado. Comprendo el duro momento que se le avecina y sé que no tengo nada más que decir. Por eso lo dejo unos minutos en silencio, llorando su bronca. La espada de Damocles que pendía sobre su cabeza se ha precipitado hacia él y ya no puede evitarla. Sé que está asustado, pero sé también que es la oportunidad de quitar el velo a un fantasma que lo viene persiguiendo desde hace muchos años y que, más allá del resultado, va a ser más sano un dolor verdadero que la angustia permanente de una tragedia temida y esperada todo el tiempo.

Me pongo de pie. Él me sigue. Ninguno de los dos dice nada. Cierro la puerta de mi consultorio y siento que, también a mí, la espera de los acontecimientos ha empezado a inquietarme.

Esteban es un gran hombre, un padre que ama a su hijo y que ahora teme perderlo. ¿Cómo no entender su angustia? El analista debe impedir que sus emociones contaminen el tratamiento, pero a veces no puede evitar ese cosquilleo inquietante que genera la emergencia de la emoción.

La semana siguiente, en su horario habitual, Esteban vino a sesión. Creí que tal vez necesitara adelantar nuestro encuentro, pero no fue así. Dejó su abrigo en el perchero y se acostó en el diván.

Quería saber qué había ocurrido, pero no iba a forzar el tema. Era él quien debía sacarlo. De modo que permanecí en silencio en mi sillón. Él no dijo nada durante unos minutos que parecieron eternos, hasta que estalló en un llanto desgarrado.

No es ese tampoco el momento para que el analista ponga palabras. Cuando un paciente está en ese estado, la mejor intervención posible es sostener ese silencio activo y difícil hasta que sea el momento de hablar, cosa que ocurrió casi diez minutos después.

—¿Qué pasa, Esteban?

Estiró su mano, tomó un pañuelo de papel, y secó su rostro.

—Ay, Gabriel, qué difícil fue todo.

—¿Me querés contar?

Asiente.

—La semana pasada, al salir de acá, volví a hablar con Julia y convinimos en que yo me encargaría del tema. Así que junté fuerzas y al otro día le dije que quería hablar con él y lo invité a un bar que está cerca de casa.

—¿Y qué te dijo?

—Protestó, como siempre. Pero después, un poco a regañadientes, vino. De todos modos, me parece que percibió que algo extraño estaba ocurriendo, porque cuando nos sentamos me preguntó qué me pasaba. ¿Te das cuenta? Él estaba preocupado por mí.

No quise interrumpir su relato. Sentía la tensión del momento, pero así es el análisis y en esas aguas, a veces turbulentas, hay que navegar.

—Entonces —continuó— decidí que no valía la pena andar con vueltas. Así que le conté del encuentro casual que tuvo Julia, de aquella charla de café, del llanto arrepentido de Daniel y de su ofrecimiento para encontrarse con él, si es que quería conocerlo.

Hace una pausa. Le cuesta hablar y sé que debo ayudarlo a que lo haga.

—¿Y entonces, Esteban?

—Yo me había anotado el teléfono de Daniel en un papel. Lo saqué del bolsillo y lo puse frente a él. “Tomá —le dije—, aquí está su número. Tenés la libertad de hacer lo que quieras. Ahora depende de vos.”

Asiento.

—¿Y él que hizo?

Inspiró profundamente antes de responder. Estaba emocionado y su voz se quebró un poco.

—Agarró el papel y lo tuvo unos segundos en la mano. Después, levantó la cabeza, me miró y me dijo: “¿Y para decirme esta boludez me trajiste hasta acá?”. Me quedé mudo y unas lágrimas me asomaron contra mi voluntad.

—¿Y Rodrigo?

—Me apretó fuerte la mano y me dijo: “Mirá, yo no sé si sos el mejor papá del mundo, ¿sabés? Pero sos mi viejo. Y no tengo que conocer a nadie. Porque yo, ya tengo el padre que quiero tener”.

Esteban se tapó la cara con las manos y volvió a llorar. Con ese llanto entrañable al que tenía derecho. Su hijo, el mismo que hacía un tiempo le había dicho que no debía meterse en su vida porque no era nadie, acababa de decirle que él era el único padre que quería.

Esteban había mirado a los ojos a ese fantasma que durante tanto tiempo lo atormentó y ya no le quedaban dudas acerca del amor de Rodrigo. Por eso lloraba. De felicidad.

Por suerte, acostado en el diván e inundado por sus propias emociones, no percibió que también mis ojos estaban llenos de lágrimas.

El amor es un misterio. Un vínculo difícil y maravilloso que compromete todo lo que somos: nuestros anhelos, nuestros miedos, nuestra historia misma.

Esteban y Rodrigo lo saben. Atravesaron juntos momentos muy complicados en los que cada uno, desde su lugar, defendió su derecho a esa relación. Por eso hoy mi paciente tiene un hijo y Rodrigo tiene un padre. Un padre que lo quiere, lo respeta y que estuvo incluso dispuesto a perderlo por amor.

Pero dejo para terminar este caso la siguiente escena que me relatara Esteban y que ocurrió un año después.

Venía caminando con Rodrigo por la calle y se cruzó con un antiguo compañero del colegio secundario al cual hacía años que no veía. Esteban los presentó y su amigo, al observarlo, le dijo que no podía negar que era su hijo. Que era igual a él cuando tenía diecisiete años.

—Rodrigo y yo nos miramos —me cuenta tentado— y nos reímos.

—¿Por qué? —le pregunto con seriedad.

—Claro, ¿no te das cuenta?

—¿De qué debería darme cuenta?

—De que mi amigo dice eso porque no sabe que Rodri es adoptado.

Lo interrumpí y le pregunté con firmeza.

—Pero, independientemente de eso, tu amigo, ¿tiene o no tiene razón? Tu hijo, ¿es o no es parecido a vos?

Esteban hizo un silencio largo y asintió.

—Sí —respondió emocionado—, es igual a mí.

Ahora sí, callo también. Como está acostado en el diván no puedo ver su cara, pero intuyo su sonrisa.

Y sé que seguramente es así, que su amigo no mintió. Por supuesto que Esteban y su hijo deben parecerse. Porque a lo largo de estos años he aprendido que el afecto genera similitudes innegables y que el amor deja su huella hereditaria más allá de los caprichos de la biología.

EL DESEO DE RECONOCIMIENTO

Hegel dijo que solamente podía ser considerado un ser humano aquel que estuviera dispuesto a arriesgar su vida animal por algo más que la propia subsistencia. Es decir, que un sujeto es alguien capaz de morir por algo tan abstracto como un ideal.

En su libro acerca de la dialéctica del amo y el esclavo, plantea, además, que para ser un sujeto humano, este debe ser reconocido como tal por otro sujeto humano. De allí la compleja interrelación que hace que ni el amo ni el esclavo lo sean completamente. El esclavo, según el postulado hegeliano, no lo es porque renuncia a un ideal, la libertad, y acepta la esclavitud sólo por conservar su vida biológica. Y el amo, porque es reconocido como tal, no por otro sujeto, sino por un esclavo.

Sea como fuere, el reconocimiento aparece como el pilar fundamental para alcanzar la legitimación de la condición humana. También el Psicoanálisis le da trascendencia a esto.

Todo sujeto requiere del reconocimiento ajeno. El cachorro humano nace en un estado de indefensión tal que, si no recibiera el auxilio de otro, no podría vivir. Y para que esta ayuda venga, él debe pedirla, aunque al principio ese pedido se limite al llanto. Pero es necesario, además, que ese llanto se encuentre en su camino con el otro, un otro tan importante que los analistas lo escribimos con mayúscula: el Otro. Y es este Otro, por lo general la madre, quien acudirá al llamado de su hijo.

A partir de ese momento, cada llanto tendrá para el bebé un sentido y encarnará diferentes demandas dirigidas a ella. El bebé ha comprendido que si no es reconocido por ese Otro y si este no acude a su llamado, podría morir. De ahí que el deseo de ser reconocido y amado por él se instale como el primer motor de sus comportamientos.

Pero esto no concluye en la niñez. Muy por el contrario, durante toda la vida, el ser humano buscará ser reconocido por los demás, ya sea en el trabajo, la familia o la pareja. Y cuando este reconocimiento no llega, aparece la angustia.

Pongamos un ejemplo.

Pocas cosas se parecen tanto a la muerte como el desamor. Por eso no es casual que en psicoanálisis utilicemos el mismo nombre para el trabajo que debe hacer una persona cuando alguien lo deja de amar o cuando muere un ser querido: duelo.

¿Y qué otra cosa es el desamor sino la pérdida del reconocimiento de un otro amado y deseado?

Observemos la reacción de aquel que sufre por esto y veremos su desesperación, su imposibilidad de comprender lo que le está ocurriendo e incluso su sensación de incredulidad. Y en medio de todo esto, por supuesto, la angustia.

La historia es conocida. Goethe se había enamorado perdidamente de una joven que lo abandonó y, con el dolor propio del amante rechazado, su vida se vio invadida por un profundo sufrimiento.

Asediado por las imágenes de su amada, comenzó a escribir una novela: *Las desventuras del joven Werther*, en la cual el protagonista es abandonado por la mujer que ama y es tanto su dolor que se suicida. Tal fue el furor causado por esta obra que muchos enamorados rechazados, identificándose con el personaje, optaron por suicidarse. Ante esto que se conoció en su época como “El mal de Werther”, el propio autor salió al cruce aludiendo que una cosa era que, ante un desengaño amoroso, alguien escribiera la novela de un joven que se mata por amor —eso es hacer arte del dolor, sublimar— y otra muy distinta es suicidarse porque han dejado de amarnos. Eso es sólo un acto enfermo y trágico.

Obviamente, pocas personas tienen el genio de Goethe, pero lo cierto es que, de todos modos, algo puede hacerse para no quedar atrapado por la angustia que genera la falta de reconocimiento.

Pues bien, las relaciones filiales no escapan a esto. Por eso es necesario entender que el lazo biológico no basta para establecer el vínculo entre padres e hijos. Por el contrario, el armado de este enlace se realiza muy de a poco, requiere de tiempo y, sobre todo, de lugares que se van ocupando a lo largo de la vida.

¿Qué es un padre?

Esta, que parece una pregunta superflua, no lo es en lo más mínimo; pues mientras que la maternidad es, generalmente, percibida desde los sentidos, el padre, en cambio, requiere de una construcción abstracta.

El chico sabe que esa mujer es su madre porque lo tuvo en su panza, porque le da la teta. Pero ese hombre que está allí, participando de su familia, ¿por qué es su padre? No olvidemos que hasta que el niño entienda el papel que en la concepción juega el espermatozoide pasarán muchos años y, sin embargo, ya tiene un papá.

Digamos, antes que nada, que es el padre porque lo dice su mamá. Es ella quien lo habilita cada vez que lo nombra y lo ubica en el lugar de la ley: “Vas a ver cuando venga tu papá”. Pero, sobre todo, porque es el hombre que está en su deseo.

Por supuesto que también se da el vínculo con una madre adoptiva, aunque no lo haya llevado en su vientre ni le dé la teta, pero ese es otro tema.

Pensemos esto desde el caso de Esteban.

Claramente, él siente el peso de la duda. En algún lugar teme no ser reconocido como padre por Rodrigo. Sin embargo se maneja con gran sabiduría. Cuando le pide a su mujer que no lo obligue a llamarlo papá y espera a que surja de él, está marcando que sólo puede darse esta relación si, y sólo si, el hijo lo reconoce en ese lugar. Por eso espera, paciente, hasta que en esa escena, a la salida de la escuela, Rodrigo lo nombra por primera vez “papá”.

Pero esto no basta para aquietar su miedo. Sin embargo, sigue adelante y va construyendo un lazo de reconocimiento mutuo hasta que, en la adolescencia de su hijo, llega el momento en el cual él, en apariencia, le niega este lugar: “¿Con qué derecho te metés en mi vida si ni siquiera sos mi padre?”.

Esteban se angustia y se desestabiliza ante esto, pero no comprende que en esa misma negación, lo único que Rodrigo está haciendo es afirmando el vínculo. No hay mayor reconocimiento de su lugar que esta agresión. Se lo señalé, lo trabajamos y pudo comprenderlo y relajarse.

Pero le esperaba un golpe más. La aparición de Daniel, el padre biológico de Rodrigo. Y esta vez sí, todo su andamiaje se derrumba. Está confundido, le cuesta pensar y siente que ante la llegada del hombre no le queda más que hacerse a un lado, con rabia y dolor.

Lo convoco a que no lo haga, a que hable con su mujer y tome el toro por las astas, ya que el que está en juego es su hijo. Y es en ese momento en el cual comienza a dirimirse seriamente el reconocimiento de su lugar.

Primero de parte de Julia, su esposa, quien decide que sea él quien hable con Rodrigo. Dijimos que un padre accede al hijo por mediación de la madre, y eso es lo que ella hace. Lo habilita y le dice que se encargue del tema; le da la autoridad y el derecho que como padre debe tener.

Apoyado en esto, Esteban habla con Rodrigo y recibe de él, el mayor de los reconocimientos: “Mirá, yo no sé si sos el mejor papá del mundo ¿sabés? Pero sos mi viejo. Y no tengo que conocer a nadie. Porque yo, ya tengo el padre que quiero tener”.

George Berkeley (Irlanda, 1685-Reino Unido, 1753) postuló que ser es ser percibido. Pues bien, desde el Psicoanálisis, podríamos decir que ser es ser reconocido y, en este sentido, Esteban sabe hoy algo que ocurre desde hace mucho tiempo pero que sus miedos no le permitían comprender: es el padre de Rodrigo y no hay nada ni nadie que pueda cambiar lo que él y su hijo construyeron a lo largo del tiempo.

EL PLACER DE SER LA OTRA

(la historia de Débora)

Ahora dime... ¿Quién entre nosotros es culpable, y cuál inocente?

KHALIL GIBRAN

Dentro de las muchas influencias que el Psicoanálisis ha ejercido en nuestra cultura, una de ellas, y tal vez no la más feliz, es que sus términos han sido adoptados e incluso deformados en su sentido por el habla cotidiana. Es por eso que a veces considero necesario aclarar algunas cuestiones para evitar el malentendido, si es que esto fuera posible en el mundo del lenguaje.

En mi libro *Encuentros (El lado B del amor)* dediqué un capítulo a la *histeria*, razón por la cual no resulta pertinente repetir aquel desarrollo, pero sí quisiera remarcar que cuando desde el Psicoanálisis nos referimos a ella, hablamos de un cuadro clínico preciso que tiene sus características propias y definidas.

Entre una de esas cualidades diferenciales aparece el modo particular en la que la estructura histérica disimula su deseo. A continuación de este relato, diré algo sobre las mascaradas de la histeria y cómo, durante el tratamiento, podemos verlas desplegarse en la vida de los pacientes.

Débora era una mujer de treinta y ocho años, alta, atractiva y con actitudes y gestos en extremo seductores. Se analizaba conmigo desde hacía mucho tiempo pero, a pesar de su juventud y dadas sus características de personalidad, yo había desestimado la posibilidad del tuteo.

Era común que al entrar hiciera algún comentario descalificador hacia alguien, no importaba quién. Un compañero de trabajo, el taxista que la había traído hasta el consultorio o el vendedor de algún comercio. Y antes de acostarse en el diván solía abrir su cartera, mirarse en un pequeño espejo, incluso pintarse los labios o arreglar su pelo mientras decía que su aspecto era un desastre por culpa del viento o la humedad.

Era muy cuidadosa de su imagen. Se sabía atractiva y disfrutaba de eso. Incluso, en algunas ocasiones, caminaba peligrosamente por la cornisa de la seducción conmigo.

El recorte de su tratamiento que voy a narrar, ocurrió cuando ya llevaba aproximadamente cinco años de análisis.

Esa tarde se demoró un poco más que de costumbre con sus rituales previos a acostarse en el diván. Por fin lo hizo, con un suspiro profundo.

—¿Qué pasa, Débora?

—Nada. Sólo que me venía acordando de una frase que me dijo un novio brasilero una vez.

—¿Y qué fue lo que le dijo?

—Bueno —comenzó a explayarse con soltura—, resulta que un escritor de su país, no me acuerdo quién era —piensa—, Jorge Amado seguro que no, porque es el único que conozco —se ríe—, ese es el de *Doña Flor y sus dos maridos*, ¿no? El que tenía esa anécdota rara con un libro de Neruda. ¿La conoce?

La conocía.

Ricardo Neftalí Reyes Basoalto nació en Chile, en 1904. Su madre murió cuando él tenía sólo dos años y fue criado por su padre y su posterior esposa, a quien siempre quiso y bautizó como “mamadre”. Desde siempre disfrutó de la escritura y era muy chico cuando empezaron a aparecer sus primeras publicaciones.

Pero su padre no veía con buenos ojos la idea de que su hijo fuera poeta, razón por la cual, a los dieciséis años, comenzó a firmar con un seudónimo que lo acompañaría toda la vida.

Ricardo había leído una novela de un escritor checo llamado Jan Neruda que le había causado una grata impresión y de allí, al menos él jamás se encargó de desmentir esta versión, tomó el apellido que lo haría famoso en el mundo.

Como es sabido, el poeta participaba de la vida política de su país y llegó a ser embajador y precandidato a la presidencia de la Nación. Comprometido con su pueblo como era, sufrió mucho por el golpe de Estado del dictador Pinochet y murió poco tiempo después de la caída del presidente Salvador Allende.

En el último tiempo había estado escribiendo su autobiografía a la que tituló: *Confieso que he vivido*, obra que fue publicada después de su muerte por el amor de su vida, Matilde Urrutia, a quien él llamaba cariñosamente: “Chascona”, palabra que en el idioma aborigen significa “despeinada”.

Pero el gobierno militar no permitió que ese libro ingresara a Chile, ya que el autor había sido censurado. Entonces su gran amigo, Jorge Amado, le propuso a Matilde cambiar la tapa de la autobiografía de Neruda por una que pertenecía a uno de sus libros: *Teresa Batista cansada de guerra*. Y así fue que, camuflado tras este título, *Confieso que he vivido* pudo llegar a las librerías chilenas y ser leído por miles de sus compatriotas.

Una hermosa y hasta risueña prueba de amistad.

Conocía la anécdota y, por lo que veía, Débora también. Pero no iba a permitirle que la aprovechara para hablar, como solía hacer, de cosas que poco tenían que ver con ella.

—¿Y qué era eso que le dijo su ex novio?

—Que ese autor, al que no recuerdo, había escrito algo sobre mi nombre.

—¿Qué cosa?

Gira la cabeza y me mira.

—Que para poder pronunciarlo uno tenía que estar dispuesto a llenarse toda la boca. Así, mire: Dé-bo-ra —lo pronuncia de un modo provocativo y exagerando cada sílaba—. ¿Lindo, no? Dé-bo-ra —repite—, y decía también que había que mover muchos músculos para atreverse a articularlo.

El nombre viene a mi mente.

—Nelson Rodrigues.

Me mira extrañada.

—¿Quién, mi ex novio? No, Milton.

Me sonrío, a mi pesar.

—No, no su ex novio. El escritor brasileiro. Se llama Nelson Rodrigues.

—¡Ah! —me dice entusiasmada—, lo conoce.

Asiento.

—¿Y qué opina de esa frase?

No respondo. Sostengo el silencio. Después de un rato protesta.

—Sí, ya sabía. La verdad es que no sé para qué le pregunto si usted nunca responde nada.

—Bueno, ya sabe. Acá lo importante no son mis respuestas sino lo que usted tenga para decir.

Silencio.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?

—¿Qué pasó con Milton?

—Ah, nada. Más de lo mismo. Un tipo hermoso, alto, bronceado, con ese acentito divino que tienen los brasileiros, y además... —se interrumpe.

—¿Además qué?

Deja escapar una risa.

—No sabe lo bien que cogía. ¿Vio lo que dicen de los morochos, no?

Silencio.

—Eso —continúa— de que están bien dotados. Bueno, esa frase la deben haber pensado después de ver a Milton.

Pausa.

—Por lo que me cuenta parece ser que este hombre le gustaba mucho.
¿Qué fue lo que pasó, entonces?

—Es cierto. Me gustaba mucho, pero...

—¿Pero qué, Débora?

—Ya le dije, más de lo mismo. Seductor, atractivo, pero imposible.

—¿Por qué imposible?

—Porque ya estaba en otra historia. Tenía mujer, hijos.

Se detiene en su relato.

—¿En qué se quedó pensando?

—Me quedé pensando en que... me da pudor decirlo, pero yo sé que soy linda. Muy linda. Usted también lo sabe, ¿o no? —silencio—. Está bien. No me lo va a decir, pero yo sé que lo piensa. Y sé también que les gusta a los hombres. Más que gustarles, los calienta. Mucho. Pero aun así, no hay caso: siempre elijo mal.

En medio de todo su relato florido ha aparecido una frase importante para el análisis. Débora dice que “siempre elige mal”. Entiendo lo que quiere decir, pero no está en lo cierto. Lo que en realidad debería haber dicho era que siempre elegía desde su patología, de un modo enfermo. Eso sí era cierto. Pero no que eligiera mal, porque si algo me han enseñado tantos años de práctica clínica es que la neurosis nunca se equivoca. Por el contrario, siempre elige bien. Elige aquello que nos va a lastimar, a frustrar, a sostener en un dolor gozoso e interminable. Pero no es una aclaración que crea pertinente hacerle en ese momento. De modo que continúo.

—A ver, ¿cómo es eso de que siempre elige mal?

—Y... es así. Yo no sé por qué, pero siempre me engancho con tipos casados. Y mire que...

La interrumpo. Nuevamente ha deslizado una frase contundente y esta vez creo que es menester analizarla.

—Espere, Débora. ¿Escuchó lo que acaba de decir?

Se encoge de hombros.

—Sí. ¿Por qué? ¿Qué dije de raro?

Hablo lentamente.

—Débora, usted dijo exactamente: “Yo no sé por qué, pero siempre me engancho con tipos casados”.

Pausa.

—¿Y qué hay con eso?

—Mucho, porque no es cualquier frase.

—¿Ah, no? ¿Y por qué?

Parece divertida por el hecho de que yo me haya interesado en sus dichos. Pero no está en condiciones de elaborarlo sola, por lo cual, me decido por una intervención clara y exhaustiva.

—Escuche. Lo primero que usted dice es: “YO”. Con lo cual está admitiendo que usted tiene algo que ver con esto que le pasa. No dijo que tiene mala suerte, ni que eso que le ocurre es obra del destino. No, usted dijo: “YO”.

Débora ha empezado a prestar atención. Continúo:

—Después dice: “yo... NO SÉ POR QUÉ”. Es decir que está reconociendo que esto que hace tiene un porqué, aunque usted lo desconozca.

Hago una pausa para darle tiempo a procesar lo que estamos trabajando.

—Luego dijo: “yo no sé por qué, pero... SIEMPRE”. Y ese siempre indica que esto es un síntoma, porque es algo que no puede evitar. Que le sucede aunque no quiera, y que la lleva a elegir una y otra vez algo que la lastima. En este caso, hombres casados.

Después de unos segundos, se da vuelta, se pone boca abajo en el diván y me mira con gesto de sorpresa.

—Uauuu... ¿Todo eso dije?

—Sí, todo eso.

—Mire usted. ¿Y por qué cree que hago eso?

La miro inmutable sin decir una sola palabra.

—Ah, cierto. Ya sé. Aquí lo importante no son sus respuestas, ¿no?

Contengo la risa. Débora vuelve a girar para acostarse normalmente, pero no se lo permito.

—No se acueste, Débora. Vamos a dejar acá.

Se sienta. Mira su reloj y después me mira a mí. Se pone de pie con una sonrisa.

—Parece que hoy no tenemos muchas ganas de trabajar, ¿no?

—Bueno, pero puede aprovechar ahora que se va y seguir trabajando usted sobre este tema, ¿no cree?

Me sonrío de modo seductor.

—Lo que usted ordene, como siempre —responde y se va.

Como puede verse, trabajar con Débora era difícil. Por un lado tenía un sentido del humor exquisito, era lúcida y ocurrente, pero por otro, esa

actitud suya de seducir todo el tiempo, su posición de mujer fatal a la que le costaba ponerle coto aun en el contexto del análisis, la volvía una paciente especialmente compleja.

Como suele ocurrir en casos como este, tenía explosiones de llanto o de violencia. Todo en ella era magnificado: el humor, la seducción o el miedo. Pero además, y es un rasgo también característico de su estructura histérica, deslizaba los hechos como si fuera apenas una espectadora que se limitaba a describir lo que ocurría, y no la mujer que lo estaba viviendo.

Parte del trabajo de un analista en estos cuadros es, justamente, comprometer a estos pacientes para que se hagan cargo de lo que les pasa y de los costos que sus actitudes generan.

En la sesión siguiente continuamos con el mismo tema.

—Y al final, ¿qué pasó con Milton?

—Nada. Se quedó con su mujer y sus hijos. ¿Y sabe qué?, hizo bien.

—¿Ah, sí? ¿Por qué lo dice?

—Porque tenía una linda familia. Y a mí, como le dije, me calentaba mucho y la pasaba genial con él, pero yo no quería generarle un quilombo. Así que lo dejé en paz. De todos modos, qué desgracia la mía, ¿no?

Pausa.

—Bueno, Débora, según lo que hablamos el otro día, no se trata de una desgracia sino de una elección suya. Una elección enferma, si quiere, porque la hace sufrir, pero una elección al fin.

Piensa.

—Puede ser. Pero siempre fue así.

—Dígame, ¿usted nunca se relacionó con un hombre soltero?

Sonríe.

—Sí, una vez.

—¿Con quién?

—Con mi compañerito de quinto grado —bromea.

—Ah, veo que hoy vino graciosa.

—Y bueno, usted también, ¿para qué me pregunta lo que ya sabe? Si yo le conté que incluso mi primera experiencia en la cama fue con un hombre casado.

Es cierto. Me lo había comentado como al pasar, sin detenerse en ese episodio, de modo que aprovecho para instarla a que hable de cómo fue su debut sexual.

—Con el profesor de historia, ¿no?

—Sí.

—¿Me quiere contar?

—Bueno, algo ya le dije —recuerda—. No era un tipo muy grande, pero igual ya estaba casado.

—¿Y cómo fue que pasó algo entre ustedes?

—Vio cómo son estas cosas.

—No, no vi. Por eso, ¿por qué no me lo cuenta?

—Como quiera —pausa—. Gustavo, así se llamaba, nos acompañó al viaje de egresados. Lo habíamos elegido todos porque era un copado. Bah, en realidad, parecía un copado. Pero después de lo que pasó me di cuenta de que era una mierda.

Su voz se va endureciendo a medida que avanza en el relato de los hechos.

—Fue una noche en la que yo quise volverme antes del boliche. Había tomado mucho, como todas, supongo. Pero estaba muy cansada; el día había sido agotador y ya no me daba para seguirla. Entonces, él se ofreció a acompañarme hasta el hotel para que no me fuera sola. Volvimos caminando por la orilla del lago, riéndonos. Era una noche linda, romántica. Después, al llegar al hotel, se me insinuó; y yo le dije que sí. Qué boluda.

—¿Por qué dice eso?

Toma uno de los almohadones que había dejado en el piso, lo pone sobre su falda y comienza a jugar de modo nervioso con él.

—Porque me hice ilusiones.

—¿Qué tipo de ilusiones?

—Pensé que al volver del viaje nos íbamos a seguir viendo, que continuaríamos una relación juntos, y que él iba a dejar todo por mí.

Se incorpora y se sienta en el diván. Me mira de frente de un modo casi provocativo.

—¿Puedo? —me consulta.

Me niego.

—No, Débora. Lo que tenga que decirme puede hacerlo acostada en el diván.

Mueve la cabeza y bufa, pero se acuesta.

—Usted nunca me deja hacer nada.

Pausa.

—No está aquí para hacer, sino para hablar, así que, continúe. ¿Qué es lo que quería contarme?

—Que en ese momento, a pesar de tener diecisiete años, yo era una yegua, Gabriel. Tenía el culo acá —se señala la nuca—, las tetas perfectas, la piel joven y divina. Era la princesa de la escuela, la mina que todos querían cogerse. Y el muy turro se acostó conmigo, me desvirgó y chau. Si te he visto no me acuerdo.

Noto que está realmente enojada por lo sucedido. Es más, ni siquiera el tiempo que pasó desde entonces ha erosionado la sensación de malestar. Sigue allí con la potencia del primer día.

—¿Y usted qué hizo cuando él desapareció?

Suspira.

—Conseguí el teléfono de la casa y lo llamé —no digo nada. Le devuelvo un profundo silencio—. ¡¿Qué?! —me increpa como si hubiera percibido un reproche en mi actitud—. ¿Usted no dice siempre que hablar hace bien? Bueno, yo necesitaba hablar.

—Ajá. ¿Y él qué le dijo?

—Que siguiera con mi vida, que lo que había pasado entre nosotros había sido una hermosa travesura. ¿Se da cuenta? Una hermosa travesura — pausa. Se enfurece—. ¡Hijo de remilputa! Y como si eso fuera poco ¿sabe de qué me enteré después?

—No.

—De que estaba por ser papá. Primerizo. Se ve que al muy turro en todo le gustaba ser el primero.

Débora está proyectando su encono en la figura de Gustavo y es necesario que se conecte con lo que ella misma experimentó en aquella ocasión.

—Débora, ¿recuerda lo que sintió en ese momento?

—Claro que lo recuerdo. Para mí fue un desgarró. Gabriel, yo no era la mujer que soy ahora. Era muy ingenua todavía. Fue una época tremenda para mí.

—¿Por qué?

—Porque andaba muy deprimida. Las chicas del colegio, que no sabían lo que me pasaba ni por qué lloraba todo el día, me preguntaban y me preguntaban. Y yo...

—¿Usted qué?

—Bueno —dice justificándose—, yo no sé guardar lo que me pasa, usted lo sabe. Así que, tanto insistieron, que al final les tuve que contar.

—¿A las chicas?

—Sí. Y a alguien más.

—¿A quién más?

Toma aire. Como si considerara si decirlo o no.

—Al padre de Mónica, mi mejor amiga —silencio—. Y bueno, ¿qué quiere? Estaba confundida. A algún adulto se lo tenía que decir, ¿no le parece?

Me mira de reojo y noto en su mirada un gesto malicioso.

—Y el padre de Mónica, ¿cómo reaccionó?

—No sabe cómo se puso. Claro, habrá pensado que le podría haber tocado a su hija, me imagino. Así que fue al colegio, armó un escándalo y a Gustavo, al final, lo terminaron echando —pausa—. La mujer también se enteró y lo mandó al carajo.

Comprendo por el cambio del tono de su voz que el enojo ha dado paso a un cierto placer.

—Se ve que ese hijo no venía con un pan abajo del brazo, ¿no? Y bueno, se hubiera cuidado de generar falsas expectativas —pausa—. Como verá, aunque la primera noche estuvo hermosa, porque la verdad es que de eso no tengo nada que reprocharle, al final terminó siendo una experiencia de mierda.

Dejo pasar un momento antes de hablar.

—A ver, usted dice que fue una experiencia de mierda, pero algún disfrute debe de haber encontrado, ¿no? Digo, porque por algo lo siguió haciendo.

—¿Qué cosa? ¿Hablar con mis amigas?

Intenta una broma para salir del tema. No voy a permitirselo.

—No, Débora, salir con hombres casados.

Por lo general, durante las sesiones, Débora recorría sus anécdotas diarias. Cosas tales como sus temas laborales o rencillas poco importantes con su familia: por eso yo tenía que aprovechar cada vez que desplegaba una cuestión más profunda.

Algunas semanas después de aquel encuentro sacó el tema de su infancia y la separación de sus padres.

—Y ¿qué quiere que le diga, Gabriel? A mí nunca me gustó ser “la hija de los separados”. Así me llamaban, porque de todas mis amigas, era la única que estaba en esa situación. Antes la gente se separaba menos, supongo.

—¿Usted hubiera preferido que sus padres siguieran juntos?

Piensa.

—No sé, pero al menos me la podrían haber hecho más fácil.

—¿Por qué dice eso? ¿A qué se refiere?

—A que todo era complicado con ellos. Se odiaban, y yo estaba en el medio. Hasta tenía que festejar dos veces mi cumpleaños para que no se juntaran, porque siempre que se veían se mataban. Así que decidieron no hablarse más —se enoja—. Claro, total, lo que yo sentía no importaba, ¿no? A mí que me partiera un rayo.

—¿Y tiene alguna idea de por qué sus padres se llevaban tan mal?

—Supongo que es porque mi viejo la cagó a mi mamá.

—Ah, ¿su padre le fue infiel?

—Sí, y encima, se fue a vivir con la otra mina.

La psiquis de una persona se estructura en los primeros años de su vida, por eso es muy importante saber la edad en la que los hechos dolorosos ocurrieron, pues de esto dependerá en gran parte el efecto traumático que esos hechos pudieran tener para el sujeto.

—¿Qué edad tenía usted cuando pasó eso?

Duda.

—A ver, déjeme pensar. Creo que nueve o diez años, no me acuerdo bien.

—¿Y desde el principio usted supo cuál era el motivo de la separación?

—No. En un primer momento ni supe, ni me di cuenta de por qué se habían separado. Pero después escuché un par de peleas fuertes y me quedó claro que esa mujer se había robado a mi papá.

Adrede dejo escapar una sonrisa y le hablo con ironía.

—¡Aaah! Pobre su papá.

—No entiendo —se pone seria.

—Claro, se lo robaron. Como si fuera un chico al que secuestran en la calle. Pero yo me pregunto, ¿él no habrá tenido algo que ver?

Gira la cabeza y me mira con ira.

—No me trate como si yo fuera una boluda.

—¿Y por qué se hace la boluda, entonces?

El momento es tenso.

—No, no me hago la boluda. Y le aseguro que recuerdo perfectamente lo que hizo mi padre. Pero no era un tema mío. El problema era con mi mamá, ¿o no?

—Bueno, acaba de decir que usted había quedado atrapada en el medio de esa situación y que, incluso, tenía que hacer dos fiestas de cumpleaños. Permítame pensar que el tema también la afectaba y le traía algunos problemas, ¿no cree?

No responde. Cosa rara en ella que siempre tenía alguna salida para las situaciones incómodas. Pero esta vez es diferente. Están en medio del episodio ni más ni menos que sus padres y su infancia. Se ha angustiado. Y así la dejo.

Una tarde llega a la sesión muerta de risa y me pide autorización para sentarse en lugar de acostarse en el diván.

—Por favor, sea bueno. Es por esta vez. Pero es tan loco lo que me pasó que me gustaría poder contárselo cara a cara.

Me pareció oportuno permitirselo. Así estaría más relajada y, creía yo, con sus mecanismos de defensa menos alertas. Sospechaba que algo habría detrás de esta escena que parecía divertirla tanto.

—Bueno, por esta vez.

—Gracias —me dijo con una sonrisa enorme—, ya decía yo que usted no era un tipo tan jodido —silencio—. Bueno, no se enoje que era una broma.

Débora se descalza, cruza sus piernas al estilo buda y deja la cartera a un lado.

—Ay, Gabriel. Usted no sabe. Le juro que fue una escena de película... increíble...

—Bueno, ¿por qué no me cuenta lo que le pasó?

—Ya le cuento, no se ponga ansioso. Resulta que se me descompuso el lavarropas. Se me quedó la puerta trabada con la ropa adentro. Entonces le pedí al portero que llamara al técnico para que me lo arreglara y él se ofreció a verlo. Me dijo que seguramente no era nada serio, algún problema con la manguera o alguna otra estupidez. En fin, la cuestión es que al rato vino a casa —me mira—. ¿Y a que no sabe qué pasó?

—No, no sé.

Se muerde los labios.

—Me tiró onda, Gabriel. ¿Se da cuenta? —se ríe—. Mi portero me quiso coger.

—¿Y usted qué hizo?

Se sorprende.

—¿Cómo qué hice? Mire lo que me está preguntando.

Silencio.

—Gabriel, no comprendo su pregunta. Conozco a la mujer, a los hijos.

—Sí, pero ¿qué hizo?

—Nada. ¿Qué iba a hacer? Le pregunté si estaba loco y le puse los puntos. El tipo se fue con el rabo entre las patas.

—¿Y después?

—Mire, pensé en hablar con la esposa, que es una divina, pero decidí que no valía la pena.

—¿Ah, no? ¿Y por qué no valía la pena?

—Y..., porque si yo deschavaba el asunto, a lo mejor se armaba lío y los terminaban echando. ¿Y yo cómo me iba a sentir? Como el culo. Ellos necesitan el trabajo, la casa. Dígame, si yo abro la boca y los echan, ¿adónde van a ir con dos chicos? Si no tienen donde caerse muertos —me mira—. ¿Qué, estuve mal?

—No lo sé, pero qué casualidad, ¿no? Su portero, otro hombre casado.

Débora se pone seria. Me mira y le hago un gesto invitándola a acostarse en el diván. Asiente y se acomoda sin decir nada. Dejo pasar algunos segundos antes de hablar.

—¿Qué pasa?

—Pasa que, hablando de hombres casados, empecé a salir con alguien.

—¿Con quién?

—Con un tipo al que creí que conocía pero, la verdad, me encontré con una persona distinta. Un hombre dulce y apasionado.

—¿Quiere decirme quién es?

Pausa.

—No se enoje Gabriel. Es Jorge, mi jefe.

—¿Y por qué habría de enojarme, si a mí no me ha hecho nada? La que a lo mejor sí podría enojarse si se enterara es la mujer de su jefe. Porque si mal no recuerdo, usted me comentó que hace poco tuvo mellizos, ¿o me equivoco?

Se molesta con mi intervención.

—No, no se equivoca. Pero él no la quiere a la mujer. Es más, por eso ella se embarazó: para retenerlo. Las minas podemos llegar a ser muy jodidas, Gabriel.

—¿Ah, sí? —le digo con sarcasmo—, no me diga. Pero ¿cuánto hace que están saliendo?

—Quince días.

—Ajá. ¿Y antes de eso no había pasado nada entre ustedes?

Suspira.

—No. O sí, pero nada importante.

—¿Podría ser más explícita?

—Bueno —dice restándole importancia al asunto—, antes tuvimos sexo. Pero sólo fue algo casual.

—¿Casual? No la entiendo. ¿Cómo fue? ¿Se lo llevó por delante sin darse cuenta y...?

—Gabriel, no me tome el pelo. Ya le dije que no me gusta que me traten como si fuera una boluda.

En ese momento deja escapar una risa pícaro.

—¿De qué se ríe?

—Me río porque le hice una broma.

—¿A quién? ¿A mí?

—No, a usted no. A Jorge.

—¿Y qué broma le hizo?

Pausa.

—Resulta que en el trabajo tenemos una compañera que vende lencería, perfumes, esas cosas. Para ganarse unos pesos extras. Bueno, la cuestión es que él le compró un perfume. Yo pensé que era para mí, pero no.

—¿Y para quién era?

—Para la mujer.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque la llamó para decirle que le llevaba un regalo; y yo lo escuché.

—¿Y cuál es la broma?

Débora abre su cartera y saca un paquete en el cual es evidente que está ese perfume.

—Se lo robé y él no sabe que lo tengo yo. Supongo que al llegar a su casa lo va a buscar, pero no lo va a encontrar —se ríe.

Yo le pregunto seriamente.

—¿Por qué lo hizo?

Se encoge de hombros.

—Porque me dio bronca.

—Ah, pero entonces no fue una broma. Fue una venganza.

Silencio. Débora piensa en lo que le acabo de decir.

A la semana siguiente llegó muy contrariada. Dejó las cosas en el sillón y se dirigió al diván.

—Hoy vengo con una contractura que me parte al medio. Me duele todo.

—Cuando dice que le duele todo, ¿se refiere solamente al cuerpo o hay algo más que le está doliendo?

—Bueno, la verdad es que no me siento nada bien. ¿Se acuerda lo que le conté la semana pasada, lo del perfume ese de mierda?

—Sí, me acuerdo. ¿Qué pasa con eso?

—Pasa que me metí en un lío.

—Cuénteme.

—El pollerudo de Jorge se puso loco cuando no encontró el perfume. Porque, claro, como la esposa seguramente es una rompe pelotas, y él ya le había dicho que le llevaba un regalo, se ve que tuvo miedo de que lo volviera loco. Entonces, parece ser que se puso a buscarlo por todos lados, preguntó si alguien había entrado a su oficina y le dijeron que solamente el cadete.

Pausa.

—¿Y?

—Y bueno, se le puso en la cabeza que fue el pibe, y hoy me dijo que lo va a echar.

Se angustia.

—Gabriel, yo no puedo permitir eso. Estaré loca, pero no soy una jodida.

—¿Ah, no?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque hace algunas sesiones usted dijo que era una yegua.

Incómoda.

—Pero no en este sentido.

—¿Está segura? —silencio—. Pero bueno, quizás lo que dice sea cierto. A lo mejor usted no es una jodida, pero convengamos que alguna de sus actitudes, sí lo son, ¿no? —silencio—. ¿Y qué va a hacer?

—Ya lo tengo decidido. Mañana voy a llegar antes que él y voy a dejar este paquetito de mierda en uno de sus cajones, debajo de algunos papeles y

listo. Así el cadete no corre ningún peligro. Ese chico no merece quedarse en la calle.

Dio vueltas sobre el tema durante toda la sesión, pero aquella frase me quedó resonando de un modo particular.

Al otro día me llamó y me dijo que necesitaba verme con urgencia. Accedí y esa misma noche vino al consultorio. Estaba desconsolada. Esta vez no se trataba de una de sus rabietas habituales sino que se la veía realmente angustiada.

—Qué vergüenza, Gabriel. Qué papelón.

—¿Qué pasó, Débora?

—Es un hijo de puta.

—¿De quién está hablando?

—De Jorge.

—Cuénteme.

—Hoy, como le había dicho, fui muy temprano a la oficina para arreglar lo del perfume. Usted sabe, para que el cadete no tuviera problemas.

—¿Y qué pasó?

Pausa.

—Cuando llegué, Jorge me estaba esperando. Él, la jefa de recursos humanos y el gerente comercial. Me preguntó si yo me pensaba que él era boludo. Y contó todo.

—¿Qué es todo?

—Que éramos amantes —llora avergonzada—, que yo le había chupado la pija en esa oficina y que le había robado el regalo que él había comprado a su mujer —pausa—. Por Dios, ¿cómo alguien puede ser tan hijo de puta como para hacer algo así?

Sé que mi intervención va a lastimarla, incluso que se va a enojar.

—No lo sé. Dígamelo usted. ¿O no es algo que ha hecho ya muchas veces?

—¿Podría ser más claro?

—Usted dijo el otro día, hablando del cadete, que “ese chico no merecía quedarse en la calle”. Claro, ese chico no, pero algunos otros sí, ¿no?

—¿Qué me quiere decir?

—Si no le parece que usted ha manejado las situaciones a su antojo y que, según fuera el caso, protegió a algunos y perjudicó a otros.

—Es muy fácil juzgar desde afuera —responde indignada.

—Débora, está proyectando. No soy yo el que se pone en juez, sino usted.

—¿Yo?

—Sí, porque usted fue la que decidió, por ejemplo, que su profesor merecía ser echado del trabajo, en cambio, el portero de su edificio, no. A Milton le permitió conservar su familia porque, según usted misma dijo, resolvió dejarlo en paz. Y con su jefe, ¿qué iba a hacer? ¿Iba a absolverlo o a condenarlo? —pausa—. Bueno, de todos modos ya no podemos saberlo, porque esta vez se le adelantaron. Pero, dígame, ¿a quién ha estado juzgando en realidad durante todos estos años?

Se angustia aún más.

—No lo sé.

—¿Está segura? ¿Recuerda que en una sesión usted dijo que sabía perfectamente lo que había hecho su padre?

—Sí.

—A ver, dígame, ¿qué fue lo que hizo?

Habla con mucho dolor.

—Se enganchó con una pendeja siendo un tipo casado.

—Como su profesor de historia, ¿no?

Débora acusa el impacto de la intervención.

—Con la diferencia de que en lugar de elegir quedarse en su casa, con su mujer y su hija, como decidió hacer él, su padre se fue a vivir con la pendeja. Y me pregunto si no tendrá algo que ver eso que él hizo con el hecho de que usted siempre se enganche con tipos casados. ¿Qué cree?

—No lo sé.

La dejo pensar unos segundos antes de continuar.

—En otra ocasión, dijo también, hablando de su profesor, que después de haberse acostado con usted: “si te he visto no me acuerdo”. Bueno, como ha hecho ahora su jefe, ¿no? Y su padre, después de irse a vivir con la pendeja, ¿se acordó de usted o no?

La actitud de Débora ha cambiado. Ya no es la mujer graciosa e irreverente a la que nada le importa. Parece, apenas, una nena acongojada.

—No. Mi viejo se dedicó a vivir su historia romántica y me dejó en las manos de mi mamá, una mujer enojada y deprimida que me hizo la vida imposible. Como si yo hubiera sido la responsable de que él nos hubiera abandonado. Pero ¿qué tenía yo que ver con eso? ¿Qué culpa tenía yo si ella no había sido capaz de...? —se interrumpe.

—¿De qué, Débora? ¿De qué no fue capaz su madre?

Breve silencio.

—De conservar un hombre a su lado.

Sé lo que está pasando en ese momento por su cabeza. Por eso le doy unos segundos antes de remarcarlo. Lo hago de un modo muy suave. No quiero que lo tome como algo acusatorio. Es simplemente un señalamiento.

—Como usted, ¿no? Dígame, ¿se siente identificada con ese lugar de su mamá?

Asiente.

—¿Por eso su enojo con algunos hombres? ¿Desde allí los juzga y los condena? ¿Porque aun estando casados se han fijado en otra mujer, como hizo su papá? —pausa—. Sin embargo a otros, a Milton o a su portero, por ejemplo, los perdona, ¿por qué?

—No lo sé.

—Tal vez porque allí no se identifica con la mujer, sino con los hijos, ¿no cree? Esos hijos que podrían quedar en la calle o desprotegidos, como quedó usted en las manos de su madre.

Sé que es mucho lo que ha aparecido en esta sesión, pero aún no es tiempo de parar.

—Y cuando elige los hombres, ¿con quién se está identificando? ¿Con la pendeja que rompe hogares, con su mamá que quiere castigar a los traidores o con su papá que se enredaba en relaciones tramposas?

Está quebrada y sólo atina a llorar.

—No lo sé, le juro que no lo sé.

—Sea como fuere, ninguno de los tres lugares parece ser el mejor para usted. Porque, aunque a veces parezca divertirse, sufre mucho... y siempre termina quedándose sola.

Ahora sí, es momento de terminar la sesión. Se lo digo y ella se pone de pie, toma sus cosas y camina hacia la puerta. Al despedirse me mira, ya sin rastros de la mujer seductora y provocativa. Es sólo una paciente que sufre.

—Gabriel, yo no puedo volver a ese trabajo. ¿Cómo los miro a la cara después de lo que pasó?

—Y bueno... Tal vez sea el momento de empezar de cero, en un sitio nuevo, desde otro lugar. Usted podría, es más, me animo a decir que se merece hacer el intento de relacionarse con los demás desde el respeto y no, como hasta ahora, desde la bronca y la desconfianza.

Asiente.

—¿Y usted cree que podré cambiar esto?

La miro.

—¿Desea hacerlo?

No me responde. Yo abro la puerta y la despido con una sonrisa comprensiva.

De este episodio han pasado tres años. Débora ya no trabaja allí. No fue fácil, pero lo hizo. Por supuesto que sigue siendo una mujer seductora que juega a la provocación. Pero al menos intenta construir sus relaciones sobre bases diferentes. Tuvo dos parejas que no resultaron como ella lo esperaba, pero desde aquel episodio no ha vuelto a salir con hombres casados.

MASCARADAS DE LA HISTERIA

Hablar de la histeria es poner el acento en dos cuestiones fundamentales: la identificación y el deseo. El desarrollo del primero de estos conceptos forma parte del capítulo siguiente, pero digamos algo acerca del deseo.

Para pensar en cómo surge debemos remitirnos a algo que llamamos *vivencia primaria de satisfacción*. A esta idea, que se parece un poco a un cuento, podríamos narrarla diciendo que érase una vez un bebé que llegó al mundo y lo encontró extraño y hostil. Durante los meses de su gestación no había experimentado ninguna necesidad ya que la simbiosis con su madre lo había provisto de todo sin que se diera cuenta siquiera. Pero una vez fuera de ella y cortado el cordón umbilical, percibió que algo había cambiado para siempre.

A las horas comenzó a sentir una molestia, algo desconocido que lo perturbaba y no lo dejaba en paz. Su ansiedad crecía y no sabía cómo detener esta sensación que ya se tornaba insoportable, hasta que una puerta se abrió y le permitió descargar, en parte, tanta tensión. Esa puerta fue el llanto.

Pero resulta ser que, por haber llegado al mundo del deseo y de la palabra, ese llanto fue escuchado y codificado por su madre que, de inmediato, dictaminó que ese bebé tenía hambre. Entonces, lo tomó en brazos, lo puso en su pecho y calmó su ansiedad saciando el apetito.

Pues bien, este sería el final feliz del cuento. Pero, como en casi todas las historias, el final suele no ser tan rosa. En este caso, digamos que el encuentro con el cuerpo de la madre y el alimento no sólo colma su necesidad sino que le agrega un plus. Porque a ese niño que no sabía qué esperar, esta respuesta que le llega de afuera lo sorprende y le brinda, además de la saciedad, el placer.

A partir de ese momento, el chico ha perdido su ingenuidad y cada vez que vuelva a experimentar esa sensación va a fantasear con el objeto que la calma, la teta, y va a esperar de ella una satisfacción total. Pero ese anhelo que no tenía en la primera experiencia, será justamente el que haga que esa satisfacción plena sea algo imposible de alcanzar. Porque siempre habrá una diferencia entre el placer esperado y el placer obtenido; y esa diferencia

generará un impulso que moverá al sujeto a ir por más. Pues bien, esa diferencia es lo que pone en movimiento el motor de la vida: el deseo.

Diremos, entonces, que todo deseo es, antes que nada, un deseo condenado a la insatisfacción. Y la estructura histérica es la que denuncia claramente esto; y lo hace convirtiéndolo en un enigma que angustia al otro. No hay nada más frustrante que intentar hacer todo para satisfacer a una histérica, pues no importa lo mucho que se haga, siempre será insuficiente. Porque, repito, ella develará algo con lo que todo sujeto humano debe aprender a vivir: que el deseo es siempre deseo de otra cosa.

Aclaro que me refiero a “la histérica” por una comodidad expositiva, pero que también existen hombres histéricos en los que la estructura se comporta de la misma manera.

Pero tal vez la característica más saliente de la histeria, y lo que la vuelve tan interesante para el trabajo analítico, es el modo particular en el que enmascara su deseo. Lo vela, lo cubre y lo sostiene en ese lugar de enigma que angustia y frustra a los demás hasta el punto tal de despertar el reclamo: “Pero ¿qué más querés?”. La respuesta a esa pregunta será que jamás lo va a saber, y que no se trata de que quiera más, sino de que quiere otra cosa... siempre.

La palabra *mascarada* remite a la idea de fraude, de farsa o engaño. Y esto es así. La histeria engaña. Pero no se trata de que la persona histérica sea mentirosa o poco confiable. No es ella quien engaña, sino su deseo. Porque se enmascara y requiere ser develado para entender de qué se trata en realidad.

Sin embargo, ese deseo enmascarado no sólo oculta, sino que a la vez muestra: dice algo de lo que le ocurre a ese sujeto e incluso da cuenta de su lucha interior por hacer algo con eso, ya que muchas de esas máscaras le producen un profundo sufrimiento.

¿Qué nombres les damos a estas máscaras del deseo en la histeria?

Intriga, conversión, provocación y reivindicación.

Veamos de qué se trata cada una de ellas.

La intriga histérica tiene la estructura de una escena casi teatral en la que el sujeto aparece como inocente, alguien que no tiene nada que ver con esto que le está pasando. Ya sea en las relaciones de trabajo, en la pareja o con sus amigos, vivirá episodios y se encontrará diciendo: “pero si yo no hice nada”.

Esta manera de enmascarar el deseo hace que le cueste hacerse cargo de sus actos. Cierta vez, mi maestro, Horacio Manfredi, bromeó diciendo que el Cristo evidentemente era un obsesivo y que por eso cargó con la cruz y dijo que

había venido a llevar sobre sus hombros los pecados del mundo. Si hubiera sido una histérica —agregó— hubiera protestado: “Yo no tengo nada que ver. Pasaba por acá y la cruz se me cayó encima”.

En la intriga histérica el sujeto se propone como espectador o, a veces, actúa como un actor de reparto cuando en realidad es protagonista, productor y director de la obra.

¿Por qué hace esto? Generalmente para sostener un deseo que no es el suyo, que es el de algún otro.

Piensen en la siguiente situación: una mujer le habla todo el tiempo a su pareja de una amiga. Le dice que es hermosa, que ya la va a conocer, que es inteligente y sensual. A su vez, a ella le dice maravillas de su hombre, de su sexualidad, de su comprensión y su inteligencia. Luego de haber alimentado esta tensión entre ellos, que aún no se han visto siquiera, los presenta, quizás hasta haga una cena en su casa e incluso es posible que en algún momento los deje a solas con alguna excusa.

Por supuesto, luego le preguntará a uno y otro con qué impresión se han quedado después del encuentro y, probablemente, seguirá alimentando el interés de ambos.

He aquí el ejemplo de un armado de intriga histérica. Ella ha generado un deseo, lo sostiene, lo alimenta, pero exige a cambio una condición fundamental: que no se satisfaga.

De ningún modo quiere que eso se concrete, porque no busca la traición, sino que haya un deseo fuerte y permanente que no deje de circular.

En la *conversión*, es el cuerpo el que se transforma en escenario. Según palabras de Freud: “Los síntomas histéricos son efecto y resto de excitaciones que han actuado en calidad de traumas por el sistema nervioso... en la histeria estamos acostumbrados a comprobar que una parte importante de la magnitud de la excitación del trauma se transforma en síntomas puramente somáticos”.

Aclaremos un poco esto. Cuando se da este fenómeno, ocurre que una cantidad de energía psíquica se desplaza sobre alguna parte del cuerpo transformándola en una zona erógena, en un espacio capaz de generar un monto desmedido de excitación, aunque dicha excitación sea experimentada como algo displacentero.

Esas partes del cuerpo afectadas por el síntoma representan una escena vivida con anterioridad, una situación de deseo o una situación traumática.

En un artículo de 1894 llamado “Las neuropsicosis de defensa”, Freud introduce la idea de que el afecto (angustia, ansiedad) que generó una situación traumática cuyo recuerdo fue reprimido, puede ser derivada al cuerpo y generar dolor en él. Es decir que lo que era tensión psíquica se *convierte* en tensión somática. De allí el nombre de *conversión*.

En la *provocación*, la histérica se propone a sí misma como La Mujer, esa capaz de generar el deseo del otro. No necesita de una amiga, porque es ella el objeto causa de deseo.

Observemos cuán diferente es aquí la posición del sujeto con respecto a la que tenía en la intriga. En esta mascarada se hace cargo de ser quien suscita el deseo, la que encarna el misterio del placer.

Se presenta como teniendo algo que promete al otro, algo que supone que lo excita y, por ende, capaz de despertar su deseo.

Cierta vez vino a sesión una paciente. Se acostó en el diván y dijo: “Disculpe que haya venido con un vestido tan corto... se me ve todo... pero es que después de acá voy a una fiesta. Igual, usted no va a mirar, ¿no?”.

Observemos cómo se proponía ante mí como alguien que tenía algo que yo podía querer mirar, que podía desear. Y en ese mismo acto, a la vez que lo muestra e intenta incentivar mi deseo, se encarga de sostenerlo insatisfecho al recordarme que no es algo que yo pueda hacer.

La última forma en la que se enmascara el deseo en la histeria es la *reivindicación*.

Junto con la conversión, es la mascarada en la cual es más común que lleguen a la consulta. Porque se trata de una circunstancia que genera incompreensión, odio y dolor.

Básicamente es un reclamo, generalmente enojado, que hace el sujeto por haber sido excluido de la situación de deseo.

Volvamos a la escena que utilizamos para ejemplificar la intriga. Si aquella mujer que alimentó el interés de su pareja por su amiga y de ella por él, los hubiera dejado a solas para ir a comprar algo o terminar de arreglarse y al volver los encontrara besándose, estallarían de rabia, de angustia y se sentirían descolocados. Incluso podría preguntarse: “¿Cómo pudieron hacerme esto?” —sin registrar su necesaria participación en el armado de la escena—, y vendría a análisis destrozada en un estado al que llamamos *reivindicación*.

Pero ¿de qué se quejaría en verdad? De que la hayan dejado fuera de la situación de deseo. Su amiga y su novio la excluyeron, como si ella no importara, como si no fuera nadie. Diría Débora: “Si te he visto, no me acuerdo”. Y

además, como si esto fuera poco, concretaron. Intentaron satisfacer un deseo que ella necesitaba que se sostuviera insatisfecho.

En el marco del análisis también puede darse que un paciente reaccione de este modo. Esto suele ocurrir cuando el analista es excesivamente neutral; cuando pareciera ser que no desea nada. Entonces puede ocurrir que se enoje, que nos diga que no nos importa lo que tiene para decir, o que no lo tenemos en cuenta.

Por eso, en casos como estos, y con muchísima precaución, a veces es necesario perder un poco de esa neutralidad que caracteriza al analista. ¿Qué quiero decir? Que en ocasiones, con pacientes histéricos, no está mal mostrarnos un poco deseantes, poner en duda nuestro saber, aparecer humanos y falibles, es decir: como alguien capaz de desear.

Las mascaradas en Débora

La provocación quizás sea la que más fácilmente podamos ubicar en ella. Todos sus rituales al llegar a sesión, el modo en el que humedece sus labios, como juega con su pelo, el acto de mirarse en el espejo, como diciéndome que hay algo para observar en ella.

Al citar a Nelson Rodrigues dice que hasta para pronunciar su nombre hay que estar dispuesto a mover muchos músculos de la boca, o en el momento en el que manifiesta saber que le gusta a los hombres, que los “calienta”, se pone claramente en el lugar de ser quien tiene algo que los demás desean.

Cuando esto ocurre, se muestra completa, una mujer a la que no le falta nada. Teóricamente diríamos que, en esos momentos, Débora se presentifica como la poseedora del falo. Y aclaro que llamamos falo a todo aquello que es capaz de suscitar el deseo en otro.

En la sesión en la que refiere a su debut sexual con el profesor, vemos interactuar la provocación, la intriga y la reivindicación.

La primera aparece cuando habla de sí misma: “yo era una yegua. Tenía el culo acá —se señala la nuca—, las tetas perfectas, la piel joven y divina. Era la princesa de la escuela, la mina que todos querían cogerse”.

Es claro que, a pesar de tener diecisiete años, ya se consideraba una mujer capaz de excitar a un hombre.

La intriga entra en juego cuando narra cómo fueron los sucesos durante el viaje de egresados. Fue ella quien se emborrachó, quien quiso irse del boliche antes que sus compañeras, quien se hizo acompañar por su profesor, lo sedujo y finalmente se acostó con él. Sin embargo se presenta como si no hubiera tenido nada que ver. El responsable fue él, que quiso acompañarla, se le insinuó y la “desvirgó”. Llega, incluso, a responsabilizar a la noche, que era tan “linda y romántica”. Todos tienen que ver, menos ella que, como dice, fue “una pobre boluda”.

Al volver del viaje y encontrarse con que la actitud del hombre no fue la que ella esperaba, aparece la reivindicación. Estalla enfurecida y arremete contra él. Arma una nueva intriga para lograr que el padre de una compañera se entere y conseguir así que lo echen del colegio y de su casa.

Obviamente, tampoco tuvo nada que ver, sino que toda la culpa fue de él que no se cuidó de generar falsas expectativas.

No era así.

La histérica nunca es inocente, pues su estructura participa activamente de lo que provoca y lo sostiene aun en ausencia.

La conversión es una constante en ella, aunque no me haya explayado mucho acerca de esto. Pero casi siempre está tensa, contracturada y con dolores de cabeza.

Débora intentó repetir con su jefe lo mismo que venía haciendo desde muy chica, pero en esta ocasión fue desenmascarada. La intervención del hombre expuso su juego de un modo descarnado, pero esta vez, en lugar de ir contra él en busca de una nueva reivindicación, sintió vergüenza y se cuestionó su actitud. Cambió de empleo y buscó un modo diferente de proceder.

Al fin de cuentas, de eso se trata en un análisis. De que el paciente cambie sus reacciones patológicas, de que se haga cargo de la responsabilidad que le cabe en las cosas de las que se queja. (O dicho de otra manera: de que allí donde Eso —el síntoma— era, un Sujeto nuevo pueda advenir.)

AMAR CON LOCURA

(la historia de Julio)

La dignidad no consiste en nuestros honores, sino en el reconocimiento de merecer lo que tenemos.

ARISTÓTELES

Conocí al doctor Julio Larrañaga en el cumpleaños de un amigo en común. Sabía de quién se trataba, ya que es un profesional muy reconocido en su área: la psiquiatría. En un momento de la noche coincidimos buscando un espacio algo menos ruidoso. O al menos, eso creía yo, que el encuentro había sido fruto de la casualidad. Después comprendería que no fue así.

Julio es un hombre brillante, de unos cincuenta y cinco años, ojos oscuros y de contextura media. Elegante, culto y de trato agradable.

Nos pusimos a dialogar acerca de una de las últimas publicaciones que había leído de él en las que alentaba el trabajo conjunto de psiquiatras y psicólogos con pacientes límite. Su mirada era interesante y su prosa clara y motivadora.

Estábamos hablando de ese artículo cuando nuestro común amigo, Santiago, se sumó a la conversación y pasamos a otros temas menos específicos.

Fui uno de los primeros en retirarse de la reunión ya que estaba agotado y al otro día debía levantarme muy temprano. Cuando nos despedimos me dijo que le gustaría continuar nuestra charla en otro momento. Le agradecí y le manifesté el mismo deseo.

—¿Cuándo? —me preguntó sin disimular su ansiedad.

—En la semana. Jueves o viernes podría ser, aunque supongo que también usted debe de estar muy ocupado.

A pesar de que era apenas mayor que yo y del lugar en el cual nos habíamos conocido, la admiración y el respeto mutuo nos llevó, sin pensarlo, a renunciar al tuteo.

—Me puedo acomodar cuando a usted le venga bien.

Le dije que el jueves podríamos almorzar juntos y su respuesta me sorprendió.

—Si no le molesta, preferiría que fuera en su consultorio.

Acepté su propuesta, intuyendo que no quería hablar de sus escritos, y lo esperé el jueves a la hora convenida.

Llegó puntualmente. Lo hice pasar y, como aún no sabía de qué se trataba en realidad ese encuentro, le ofrecí un café. Fui entonces hasta la cocina y preparé uno para cada uno. Al volver al consultorio lo encontré observando la biblioteca. Me miró y señaló uno de mis libros.

—*El lado B del amor* —sonrió—. Lindo revuelo generó con lo que expuso aquí.

—Doctor, usted sabe que no he desarrollado ninguna teoría nueva. Sólo algunas observaciones clínicas.

—Sea como fuere el trabajo es muy interesante. Lo felicito.

Le agradecí con un gesto.

—No pensé que alguien como usted se interesara en estos temas —bromeé.

—¿Y por qué no? Mire que los psiquiatras también podemos sentir por amor.

—Por supuesto —dije serio—. Y además, angustiarse, ¿o no?

Asiente y se ubica en el escritorio frente a mí. Me quedo unos segundos pensando cuál es la mejor manera de seguir. Pero es evidente que quiere hablar de él y que eligió el consultorio porque es el ámbito adecuado para hacerlo. De modo que decido olvidarme del doctor Larrañaga y permitir que aparezca Julio.

—¿Por qué no me cuenta qué es lo que le está pasando?

Suspira, como juntando fuerzas antes de empezar.

—Lo que me está pasando es grave, o al menos lo es para mí. Desde hace unos meses me cuesta atender. No estoy como antes, no me gusta escuchar a los pacientes y me broto si me contradicen o si no aceptan la medicación.

—Julio, usted sabe, a veces los pacientes se resisten, tienen miedo. Es un mecanismo de defensa bastante esperable y supongo que es algo que debe de haberle ocurrido muchas veces en tantos años de trabajo.

—Por supuesto. Pero ¿qué quiere que le haga? No puedo evitar irritarme. Se muerde el labio inferior y gesticula molesto consigo mismo.

—¿Qué pasa?

—Me da un poco de vergüenza decirlo.

—No se preocupe. Aquí no tiene por qué avergonzarse. No estoy para juzgarlo.

Asiente.

—Es que —se interrumpe—, hace una semana me peleé con un paciente.

—¿Tuvo una discusión fuerte?

—Ojalá hubiera sido eso, pero la verdad es que casi me cago a trompadas con un hombre que lleva cinco años atendiéndose conmigo.

Ha aparecido un episodio sintomático reciente. Es cierto que no ha de ser más que la punta del iceberg. Aun así, es importante saber cómo y por qué se dieron las condiciones para que esto pasara.

—¿Y qué fue lo que motivó su enojo?

—Un informe que tuve que hacerle para la prepaga. Usted vio cómo es eso. Piden los numeritos del DSM 4; una boludez que no sirve para nada, pero si no le pongo un diagnóstico que figure allí no le cubren el tratamiento.

Lo sé. Alguna vez me ha tocado hacerlo y tengo enormes diferencias con las caprichosas clasificaciones sintomáticas del DSM.⁽¹⁾ Me parecen un intento de uniformar y describir rasgos en lugar de pensar en la individualidad de cada paciente y su estructura psíquica. Pero ni Julio ni yo estamos en condiciones de hacer algo para cambiar eso. De todas maneras, ninguna de nuestras diferencias con este modo de funcionamiento de las empresas de salud justifica la reacción que tuvo. Así que continuó.

—¿Y qué hay con eso?

—Que el tipo leyó: “Trastorno de la personalidad” y se puso loco. Me dijo que él no era ningún trastornado. Al principio intenté explicarle cómo funcionaba esto, pero él seguía y seguía; hasta que me saqué.

—¿Y qué hizo?

—Le rompí el informe y le dije que si no le gustaba mi opinión se fuera a ver a otro psiquiatra y me dejara de romper las pelotas. Me paré, lo agarré del brazo y lo empujé fuera de mi consultorio —me mira—. No sabe la gente que estaba en la sala de espera... Habrán pensado, y con razón, que yo estaba más loco que mis pacientes. Pero no pude controlarme. Le juro que lo hubiera matado.

Veo la furia dibujada en su rostro. Intento que mi tono suene calmo y comprensivo.

—Julio, usted es un médico experimentado. Y, como dijimos recién, no debe de ser esta la primera vez que un paciente le dice algo así. ¿Por qué cree que un hecho como este lo desbordó tanto?

—No tengo ni idea. Pero ya le dije que hace unos meses que estoy susceptible.

—“Hace unos meses” —repito—. Bueno, pero entonces no se trata de algo que le despertó este paciente en particular.

—No, claro que no. Si ando con ganas de agarrarme a trompadas con la vida. Todo me saca y me descontrolo. Ya sea un viejo que cruza mal la

calle, un chofer que me tira el colectivo encima o un alumno de la facultad que no entiende las consignas de la tesis.

Lo miro en silencio.

—Es así —se excusa—, me viene como una explosión de violencia que no puedo controlar. Pero lo que más me preocupa es que me pase con los pacientes. Lo demás es horrible, pero puede esperar.

Pienso en lo que ha dicho e intento calmar un poco el clima y llevarlo a otro lugar.

—Julio, cuando enumeró las situaciones ante las que tenía estos excesos de violencia usted habló de un paciente, de un colectivero, de un viejo, de un alumno. ¿Se dio cuenta de que todos son hombres?

Se queda pensando y asiente.

—La verdad es que no lo había advertido, pero sí, son todos hombres.

—Y podríamos decir que esos hombres tienen algo en común.

Me interroga con la mirada.

—Cruzan mal la calle, le tiran el colectivo encima o no respetan sus lineamientos como tutor. Todos rompen alguna regla. ¿Está de acuerdo?

Piensa.

—Sí.

—¿Y los pacientes?

—¿Qué pasa con ellos?

—Digo, aquellos pacientes que lo sacan, ¿qué reglas rompen?

Mi pregunta lo deja confundido.

—No sé, no se me ocurre nada.

—¿Seguro?

—Sí. Sólo que son pacientes inestables, perturbados.

—¿Perturbados por qué?

—Distintas cosas.

—¿Alguna en común?

Se queda meditando.

—No lo sé...

—Bueno, entonces, si no se le ocurre nada, dejemos acá.

Nos despedimos y acordamos un nuevo encuentro para la semana siguiente.

Cuando se fue volví a mi escritorio y, casi sin darme cuenta, escribí una frase: “Hombres que merecen maltrato porque no cumplen con las reglas”.

Si bien Julio era un excelente profesional de la salud psíquica, reconocido y renombrado, eso nada decía de cómo podría ser como analizante. Es más, no pocas veces ocurre que los médicos no son buenos pacientes. Una cosa es saber sobre la complejidad del funcionamiento de la mente y otra muy distinta es tener el deseo y el coraje de recorrer esa complejidad en uno mismo.

Por suerte, en la siguiente entrevista demostró haber estado trabajando sobre lo que habíamos hablado en nuestro primer encuentro.

—Estuve pensando en la pregunta que me hizo el otro día.

—¿Cuál?

—Esa acerca de las cosas que podrían tener en común los pacientes con los que me exaspero.

—¿Y?

—Y..., no sé si será importante, pero creo que algo encontré.

—¿Qué cosa?

—Problemas con sus parejas. Eso es lo que tienen en común. Son tipos con relaciones raras, tormentosas.

—¿Qué quiere decir cuando dice tormentosas?

—Eso. Que viven en un clima agresivo, violento.

—Ah, violento. Qué casualidad, ¿no? Igual que usted desde hace un tiempo —pausa—. Y dígame, ¿por qué estos pacientes tienen problemas con sus parejas?

Levanta los hombros.

—Bueno, usted sabe. Ya lo dijo en su libro: la pareja es difícil.

Me cita intentando buscar una empatía, casi una complicidad en ese pensamiento. Pero noto este movimiento inconsciente y me corro de ese lugar con una pregunta.

—¿La pareja de quién?

Me mira sorprendido.

—De mis pacientes, obvio. ¿De quién estamos hablando?

Hago un gesto como no dando por obvia la respuesta.

—No lo sé. ¿De quién está hablando ahora, Julio?

Se hace un silencio. Le doy tiempo a que se haga cargo de sus palabras y se involucre en ese juicio de valor que acaba de hacer. Es evidente que está hablando de sí mismo y es demasiado inteligente como para no asumirlo.

—Gabriel, la verdad es que, desde hace un tiempo, también mi pareja se puso difícil.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

Agacha la cabeza. Noto con claridad que está por contar algo que le cuesta decir.

—Es algo que tiene que ver con la infidelidad. Usted, en ese mismo libro, dice que...

Lo interrumpo.

—Julio, lo que yo haya escrito en ese libro no tiene ninguna importancia en este momento. Aquí y ahora lo único que interesa es lo que a usted le pasa con ese tema. Olvídese de mi libro. Esta no es una discusión teórica ni una charla de amigos. Usted está aquí porque sufre y si quiere que yo lo ayude, por favor, deje de citarme y hábleme de por qué la infidelidad le está volviendo difícil la pareja.

Se queda un momento mirándome hasta que vuelve a hablar.

—Mire, yo siempre tuve con mi mujer una relación muy linda. Alguna vez la engañé, no se lo voy a negar, pero siempre fue algo pasajero, nada de importancia. Una colega, alguna alumna de tesis —piensa—, también una vez en un congreso, pero ya hace mucho de eso, por suerte.

—¿Por qué dice por suerte?

—Porque al principio era divertido. ¿A quién no le gusta coger, sentirse atractivo? Pero en un momento empecé a pasarla mal y me invadió una enorme sensación de culpa.

—¿Y por qué cree que así, de golpe, comenzó a sentirse culpable?

—No lo sé, pero empecé a pensar que mi pareja no soportaría un engaño y me dio miedo.

Al decir esto su rostro se ensombrece. Conozco esa situación. Sé que algo debe de haber pasado por su cabeza. Algo que no dice.

—Julio, ¿qué siente usted por su mujer?

Respira profundamente, una, dos veces. Cuando levanta la cabeza lo veo conmovido.

—Yo no podría vivir sin mi mujer. Tal vez por eso paré con todo aquello, porque intuí que si Carla se enteraba de mis engaños se iba a querer separar. Ella no perdonaría una infidelidad.

Baja la mirada y una pregunta se me impone.

—¿Y usted, Julio? ¿Usted perdonaría una infidelidad?

Me mira confundido. Hasta el final del encuentro ninguno de los dos dice nada.

En la siguiente sesión Julio comenzó hablando del tema que había quedado pendiente en nuestro encuentro anterior.

—El otro día, de nuevo me fui pensando en su pregunta.

—¿Qué pregunta? —le dije, sabiendo bien a qué se refería. Pero me pareció importante que instalara la cuestión con todas las palabras necesarias.

—Acercas de si yo perdonaría una infidelidad de mi mujer.

—¿Y qué puede decir de eso?

—Que la verdad es que no lo sé. No es que no me banque ser cornudo, pero me pregunto qué clase de hombre tendría uno que ser para soportar eso —me mira—. Digo, ¿usted toleraría que su mujer se acostara con otro hombre?

No respondo. Lo miro imperturbable y no doy lugar a su pregunta. Por el contrario, mi pensamiento ha quedado en otro de sus dichos: “no es que no me banque ser cornudo”. Freud habló claramente de esta manera particular de armar un discurso y lo ligó al mecanismo de negación. Según notó en su experiencia clínica, cuando un paciente comienza una frase diciendo: “no es que...”, lo que está intentando es reprimir la veracidad del juicio que expondrá luego. Él aconsejaba quitar esa negación y dar crédito al resto. En este caso, Julio está confesando claramente que no se banca “ser cornudo”.

Tomo nota de esto y lo sigo escuchando.

—Además, yo necesito a Carla a mi lado.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—Por muchas cosas. Ella es la persona más importante de mi vida. Me hizo feliz, me dio proyectos, sueños. Antes de conocerla yo era un hombre hosco, un huraño. Ahora, en cambio, soy otra persona. O al menos me gustaría pensar que lo soy.

Julio no puede escuchar lo que dice, pero yo sí. Esa es, en gran parte, la labor de un analista. Escuchar y devolverle al paciente esas palabras que pronuncia sin siquiera saber lo que ha dicho.

—Así que le gustaría pensar que es otra persona. ¿Quién?

—¿Quién, qué? —me pregunta asombrado.

—¿Qué otra persona le gustaría ser?

Duda. Pero está visiblemente tocado por mi intervención. Creo que es momento de poner a jugar la frase que quiso negar hace apenas unos segundos.

—Julio, usted recién dijo que “no es que no se banque ser cornudo”. ¿Sabe?, por lo general cuando alguien arma así una frase está queriendo decir lo contrario. Dígame, ¿usted cree que su mujer lo engaña?

Me mira serio. Con un gesto fatal.

—No, no lo creo —pausa—, lo sé.

Luego de que dijera esto, ambos soportamos dos o tres minutos de un silencio denso en el cual veo transfigurarse la cara de Julio. Después continúa:

—Carla me engaña desde hace más de dos años. Con el mismo hombre.

—¿Y ese es el hombre que le gustaría ser?

Asiente.

—El hombre que se coge a mi mujer.

Hemos empezado a caminar por un territorio difícil y sensible. Julio está dolido y, de algún modo, avergonzado. Pero es necesario que siga hablando de esto y sé que debo andar con mucho cuidado.

—¿Y cuándo lo supo?

—Lo descubrí hace un par de meses

—“Un par de meses”. Justo cuando decidió dejar de engañarla; cuando empezó a ponerse violento, ¿no?

Silencio.

—¿Cómo fue que lo descubrió?

Julio baja la mirada.

—Me metí en su mail.

—¿Y cómo hizo eso?

—Simple, le hackeé la cuenta. No es algo tan difícil.

No me gusta lo que está diciendo. Tengo una valoración extrema por el respeto a la privacidad y considero que nada justifica actitudes como la que me está describiendo. Pero no puedo permitirme condenarlo. Es necesario que lo siga escuchando con respeto y atención.

—¿Y qué encontró?

Su mirada se endurece.

—Todo. El nombre de su amante, su teléfono, muchos de los arreglos que hicieron para acordar sus citas. Incluso... —se interrumpe.

—Incluso ¿qué?

—Los lugares a los que fueron, lo que hicieron... y mucho más.

Comprendo que Julio se ha metido en un infierno y que se ha regodeado perversamente en su dolor.

—¿Y usted leyó todo eso?

—Sí, hasta la última palabra.

—¿Y cómo se sintió después de hacerlo?

Pausa.

—Humillado.

Me mira con una mezcla de bronca e impotencia antes de continuar.

—¿Usted sabe lo que se siente al leer como la mujer que uno ama le chupa la pija a otro hombre? ¿Que le dice que nunca gozó así con nadie? ¿Que se toca pensando en él todas las noches, mientras yo duermo? ¿Que no ve la hora de que se la vuelva a coger?

—Julio, ¿por qué lo hizo? ¿Por qué se lastimó leyendo todo eso? ¿No bastaba con saber que Carla lo engañaba? ¿Era necesario que se denigrara de este modo? Pare con esto. No se entregue a ese placer masoquista que le está envenenando la vida —pausa—, porque después se quiere agarrar a trompadas con el mundo cuando en realidad su enojo, claramente, no es ni con sus alumnos, ni con los viejos que cruzan mal la calle, ¿no?

Hago una breve pausa antes de continuar.

—Usted dijo en otra sesión que su pareja no soportaría un engaño, pero parece ser que el que no lo está pudiendo soportar es usted.

Lo miro. Sus ojos están rojos a causa del llanto y la rabia.

—Gabriel, ¿sabe por qué vine a verlo? —pausa—. Porque necesito decidir dos cosas.

—¿Cuáles?

—La primera —me clava la mirada— es si la mato o no.

Silencio.

Sé que no cualquiera es capaz de un acto así y Julio no da la impresión de ser uno de ellos. Pero no puedo subestimar la situación. Después de todo, no deja de ser un hombre desesperado al que todo su mundo, su hogar e incluso su propia dignidad se le han derrumbado. Por eso intento que pueda escucharse hablando de esto.

—Julio, ¿se da cuenta de la gravedad de lo que está diciendo? ¿Usted se cree capaz de pegarle un tiro a su mujer, por ejemplo?

—No, no es necesario ser tan cruel. Claro que no podría pegarle un tiro. Esa sola idea ya me da escalofríos. Pero...

—¿Pero qué?

Julio tiene la mirada perdida. Como si estuviera viendo lo que relata.

—Disolver algunas pastillas en un vaso sería algo muy fácil de hacer para mí.

—¿Así que le sería fácil? ¿Está seguro? Porque usted mismo dijo que no podría vivir sin ella.

Vuelve a mirarme y se pone aún más serio.

—Exactamente. Y ese es el segundo de los temas.

Comprendo lo que quiere decir. Está hablando de suicidarse.

La muerte es un enigma y, como todo enigma, atrae, hipnotiza. Es esa sensación que aparece, por ejemplo, cuando alguien mira hacia abajo desde una gran altura. Suele ocurrir en esas ocasiones que la persona se sienta atraída por el vacío. Incluso que se cruce por su pensamiento la idea de arrojarse. Por suerte, en la mayoría de los casos es una sensación controlable, que angustia un poco porque, quien la experimenta se pregunta luego cómo fue capaz de pensar en eso.

Sin embargo, no sería la primera vez que alguien que no desea realmente suicidarse termina matándose de todos modos. La falta de registro de la muerte en el inconsciente puede generar la idea de que se puede volver atrás después del acto. Pero, sea como fuere, Julio había abierto una puerta que conducía a sus deseos más siniestros y autodestructivos.

Era un hombre humillado al que ya nada parecía importarle y, en esta caída, podía ser capaz de hacer cosas extremas.

Llega a la próxima sesión con aspecto descuidado y, de inmediato, el clima se pone tenso.

—Anoche la seguí, a Carla, por supuesto...

—¿Y qué pasó?

—Fue a un hotel con su amante. Un tipo joven, buen mozo.

Habla casi como un autómatas.

—Yo me quedé esperando en la esquina, adentro del auto. Desde allí podía ver la puerta del hotel —pausa—. Fueron las dos horas más largas de mi vida. Me la pasé imaginando lo que estarían haciendo. Hasta que por fin salieron —sonríe dolorido—. Carla estaba radiante, luminosa. ¿Sabe?, nunca estuvo así después de coger conmigo.

Comprendo que Julio está caminando por el borde de un abismo. Que cada uno de sus actos lo acerca más a la tragedia y una sensación de inquietud comienza a ganarme.

—Pero allí no termina todo —continúa.

—¿Ah, no? ¿Qué más hizo?

Me mira con una mezcla de bronca, dolor y vergüenza.

—Cuando se despidieron, lo seguí.

—¿A él?

—Sí, a él. Lo seguí hasta su casa.

—¿Para qué?

—Porque necesitaba saber dónde vivía, poder ubicarlo.

Intento apelar a algún resto de sanidad que quede en él.

—¿Por qué se hace esto? ¿Por qué disfruta lastimándose?

Se encoge de hombros.

—Tal vez sea mi manera de hacer algo.

—Algo que lo humilla y le duele. Julio, lo que dijo la sesión pasada fue muy grave, y este comportamiento sigue en esa misma dirección. ¿No cree que si no frena a tiempo esto puede terminar en una tragedia?

—¿Y si así fuera, qué? —pregunta desafiante—. ¿No se lo merece, acaso? No, Gabriel, no voy a parar. Ella sí que no se va a salvar después de lo que hizo.

Su frase, por suerte, parece abrir otra cosa. Y hacia allí apunto intentando sacarlo de esta obsesión tan riesgosa.

—Acaba de decir: “ella sí que no se va a salvar”. ¿De quién está hablando, Julio? ¿Qué otra mujer sí se salvó a pesar de lo que hizo?

Mi intervención lo confunde. Está shockeado. Intenta resistirse.

—No, no —balbucea—, yo quise decir...

—No importa lo que quiso decir, importa lo que dijo. ¿En quién está pensando?

Se queda en silencio unos segundos hasta que algo en él empieza a ceder. Su cara se transforma y aparecen unas lágrimas.

—En mi papá.

—¿Qué pasó con su padre?

Respira profundamente intentando recuperar el control.

—Él también fue un cornudo, como yo. Mi mamá lo engañaba con un vecino. Un tipo que tenía un taller mecánico en la esquina.

—Y usted, ¿cómo sabe acerca de eso?

—Porque un día, estando en casa, escuché gritos. Mi papá la estaba insultando, le decía que era una puta y que la iba a matar.

—Como usted quiere hacer con Carla —pausa—. ¿Qué edad tenía cuando sucedió eso?

Duda.

—Seis o siete años, más o menos.

Asiento.

—¿Y qué más pasó ese día?

De a poco su postura cambia y ese hombre humillado y dispuesto a cualquier cosa deja paso a un chico asustado.

—Me acerqué hasta el cuarto y los vi. Mi mamá estaba arrodillada y mi papá le había puesto un revólver en la cabeza.

Su gesto devela su miedo, su desolación.

—Yo me quedé parado y...

—¿Y qué?

—Por Dios, Gabriel. Usted no sabe. Tenía tanto miedo que me hice pis encima. En eso mi papá me vio y se quedó tieso, le cambió la cara y me di cuenta de que se había angustiado.

Julio habla de la angustia de su padre, pero ahora el que está angustiado es él. Se queda callado y comprendo que es un momento muy importante para su análisis. Es un instante crucial ya que algo del pasado ha entrado en conexión con su conflictivo presente. Esta es la posibilidad que tengo para ayudarlo a evitar que, movido por traumas de su historia, haga algo irreparable ahora.

—Siga, Julio, siga.

—Entonces, dejó el revólver sobre la cama y vino hasta donde yo estaba. Me abrazó y se puso a llorar como un chico —el recuerdo lo conmueve—. Después armó un bolso con sus cosas y las mías y nos fuimos a lo de mi abuela.

Pausa.

—¿Y qué pasó después?

—Nunca más volví a vivir con mi mamá. Y mi padre jamás volvió a ser feliz. Simplemente se dejó estar y se fue secando como una rama hasta el día de su muerte.

Silencio.

—Dígame lo que está pensando —lo invito a continuar.

—En que mi papá nunca pudo vivir sin mi mamá.

—Como usted, que no puede vivir sin Carla.

Me mira y su gesto vuelve a endurecerse.

—Sí, pero yo no soy él. Yo no voy a repetir la historia, se lo aseguro.
—Espero que así sea —agrego y doy por concluida la sesión.

Por lo general, los analistas seguimos con nuestras cosas después de terminar cada jornada, pero en casos como estos es muy difícil no quedarnos pensando en los pacientes. No podía dejar de inquietarme ante la posibilidad de que Julio cediera a esos actos desesperados que se le cruzaban por la cabeza. Estaba convencido de que no lo haría, pero la psicología no es una ciencia exacta y lo imprevisto acecha en cada decisión.

Nos unía un secreto profesional pero aun así tuve dudas. Nuestra ética nos permite romper ese silencio en los casos en los que la vida de alguien está en riesgo. Y en esta ocasión no era una vida, sino dos las que pendían de un hilo.

Decidí darme una o dos sesiones más antes de tomar una resolución al respecto.

A la próxima sesión llegó desolado. Se sentó abatido, sería más preciso decir que se desmoronó en el sillón.

—Ayer pasó algo.

—¿Qué?

—Fui a hablar con Rubén.

—¿Rubén?

—Sí. Así se llama el tipo que se coge a mi mujer. Lo esperé a la salida de su casa y le dije que subiera al auto.

—¿Y él qué dijo?

—Al principio se asustó, me parece. Pero me mostré calmo, me presenté, le aseguré que sólo quería hablar y entonces subió.

—¿Qué sucedió después?

—Le dije que yo no podía vivir sin Carla y... —se interrumpe—, me puse a llorar como un boludo. Le supliqué que la dejara y que por favor no se la llevara de mi lado —pausa—. El tipo estaba descolocado. Yo no paraba de llorar y él no sabía si consolarme o mandarme a la mierda. Al final, sólo dijo: “Perdón”, se bajó del auto y se fue.

Dicho esto, Julio agachó la cabeza. Se produjo un silencio enorme. Lo que tenía enfrente ya no parecía un hombre. Su dignidad había desaparecido y nada quedaba del profesional exitoso que yo había conocido.

—¿Qué hizo usted después de eso?

—Volví a mi casa. Carla se estaba vistiendo. Me dijo que iba a salir con una amiga —me mira—, mentía. Yo sabía que iba a encontrarse con Rubén. Supuse que él le habría comentado acerca de nuestro encuentro. Entonces no di más.

—¿Qué quiere decir con eso? —le pregunté muy preocupado.

Se toma unos segundos.

—Fui hasta la cocina, serví dos copas de vino y disolví una cantidad de barbitúricos como para matar a un caballo.

Mi corazón se aceleró. De todos modos debía mantener la calma.

—¿En una de las copas o en las dos? —le pregunté.

—En las dos —me respondió abúlico—. Luego fui hasta el cuarto y...

—¿Y qué, Julio?

Levanta lentamente la mirada y hace un gesto de dolor.

—Y no pude.

—¿Qué no pudo?

—No pude matarla —contestó derrumbado.

—¿Y por qué cree que no pudo hacerlo?

—Porque yo no puedo lastimarla. Porque la amo con toda mi alma.

Ahora sí, llora desconsolado. Y yo lo dejo llorar.

—¿Qué pasó después?

—Sentí que sólo había un modo de resolver esto. Entonces junté fuerzas y la encaré.

—¿Y qué le dijo?

—Que lo sabía todo. Le conté que había hablado con Rubén y que estaba dispuesto a perdonarla porque la quiero y porque no puedo vivir sin ella.

—¿Y Carla?

Suspiró profundamente.

—Ella me escuchó y, cuando terminé de hablar, me miró con lástima y me dijo que le sacaba un gran peso de encima porque hacía tiempo que no sabía qué hacer con todo esto que le está pasando.

—¿Y qué es lo que le está pasando?

Su voz se quiebra.

—Le pasa que está enamorada de ese hombre. Me dijo que no me había dicho nada para no lastimarme, pero que ya no me amaba. Ella ama a Rubén.

Es muy duro ver a alguien tan quebrado. Pero sé que lo mejor que puedo hacer por él es invitarlo a seguir poniendo palabras a tanto dolor.

—¿Cómo reaccionó usted al escuchar eso?

—Me desesperé y le pedí que no me dejara. Es más, le dije que...

—¿Qué le dijo, Julio?

Desvía la mirada, avergonzado.

—Que si quería podía seguir con esa relación, que yo no iba decir nada, pero que por favor no se fuera de mi vida.

Efectivamente se había desesperado. Sólo en ese estado alguien es capaz de hacer esa propuesta y yo debía confrontarlo con eso.

—Julio, ¿usted está seguro de que puede aceptar algo así?

—Tengo que poder, Gabriel. Porque yo la quiero, como sea, incondicionalmente.

No puede razonar, de modo que decido ser el que ponga un poco de sentido en una situación tan extrema.

—Sí, es cierto. Usted la quiere sin ponerle ninguna condición. La quiere aunque lo engañe, aunque lo humille, aunque vuelva a su casa y se meta en la cama con el olor al sexo de otro hombre. Pero ¿eso le parece sano?

Acusa el golpe y se quiebra aún más.

—Me está haciendo mierda.

—¿Yo? ¿No será usted el que se está haciendo mierda actuando de este modo? Julio, yo sé que ama a su mujer, pero déjeme decirle algo: no todos los amores valen la pena.

—¿Y este, Gabriel? ¿Usted cree que este vale la pena?

Esa es la pregunta que debe llevarse de esta sesión. Por eso la doy por terminada.

—Eso sólo puede decidirlo usted.

Dos días después me llamó para verme. Por supuesto, dadas las circunstancias, accedí.

Llegó y se sentó frente a mí. Me preguntó si podía darle un vaso de agua. Se lo di y me senté esperando que empezara a hablar.

—Ayer Carla quiso hablar conmigo. Me dijo que no podía aceptar lo que yo le había propuesto y que quería separarse de mí.

Me mira suplicante.

—Y yo no sé qué voy a hacer ahora.

Julio llora en silencio su tristeza y su vergüenza.

—Bueno, usted me dijo que había venido por dos temas, ¿recuerda? El primero, por lo que veo, ya lo resolvió, ya que la sesión pasada dijo que no

puede lastimar a Carla. Pero en cuanto al segundo tema, ¿qué piensa hacer?

Sonríe dolorido y niega con la cabeza.

—No lo sé, Gabriel. No sé si quiero y si puedo vivir sin ella.

Está abatido y le cuesta razonar, pero sé que debo intentar evitar que tome una decisión drástica y equivocada.

—Julio, usted dijo más de una vez que no podría “vivir sin ella”. Pero ¿sabe qué? Aunque no le guste, ya no le queda otra opción. Y tal vez llegó el momento de intentarlo, ¿no le parece? —hago una breve pausa—. Carla ya no lo ama, es cierto. Pero toda esta locura, al menos, puso fin a una mentira de varios años y, aunque le cueste aceptarlo, le aseguro que eso ya es algo sano. Y ahora usted tiene por delante dos caminos. Uno: matarse o repetir la historia de su padre y convertirse, como usted mismo dijo, en una rama seca. Y si esa es su decisión, no cuente conmigo. Yo no voy a ser el testigo mudo de su destrucción. Pero tiene también otra alternativa: intentar salir de esta obsesión, volver a conectarse con su deseo y hallar una razón para vivir. Y si opta por esto, sepa que cuenta con este espacio todo el tiempo que haga falta.

Julio se ha arrastrado y necesita sentir que no es sólo ese hombre desesperado que ya no le importa a su mujer.

—¿Sabe?, yo sé lo que siente por su esposa. Pero Carla no es lo único que tiene en esta vida. Sus pacientes lo necesitan, sus alumnos lo admiran, sus colegas lo valoramos. Ahora le toca a usted tomar la decisión de respetarse.

Hace un gesto de desamparo.

—No sé si podré.

—Pero ¿tiene al menos ganas de intentarlo?

Asiente.

—Bueno, entonces le prometo hacer todo lo que esté a mi alcance por ayudarlo.

—Gracias.

—No tiene nada que agradecer. Usted también ha ayudado a mucha gente. Se lo merece.

No fue fácil el devenir de este análisis.

Carla le ofreció irse de la casa, pero Julio no aceptó. Por el contrario, fue él quien dejó el hogar y se mudó a un departamento que alquiló cerca de la

facultad en la que trabajaba. Ese fue, tal vez, el primer gesto de su dignidad recuperada.

Lloró mucho y trabajó intensamente para salir de ese pozo oscuro en el que había caído. Su esposa lo llamó algunas veces para saber cómo estaba, pero él llegó a la conclusión de que esos encuentros no iban a hacerle bien.

Al año, Carla le dijo que había terminado su relación con Rubén. Era evidente que estaba tendiendo un puente con la intención de ver si el reencuentro era posible y esto generó un desequilibrio momentáneo en Julio.

Dudó, pasó de la euforia al llanto y finalmente decidió que, después de todo lo ocurrido, ya no podrían construir un vínculo sano.

Está triste y no ha vuelto a formar pareja. Pero se demostró a sí mismo que podía vivir sin Carla.

Sigue siendo consultor de los alumnos de la facultad y un brillante psiquiatra. Pero lo más importante, al menos para mí, es que efectivamente no repitió la historia de su padre. No es una rama seca. Es un hombre que lucha.

[1](#). El DSM es el Manual Diagnóstico y Estadístico en el que están clasificados los trastornos psíquicos.

LA IDENTIFICACIÓN

Según una idea preexistente, la *identificación* era considerada un fenómeno psíquico que se daba entre dos personas según el cual, una de ellas iba incorporando características de la otra, es decir, se identificaba con ella.

Esto no es así para el Psicoanálisis. Por el contrario, Freud no lo plantea como una relación entre dos personas sino como algo que ocurre dentro de la psiquis de un mismo sujeto. No se trata de que alguien voluntariamente imite rasgos de otro, que los elija por admiración o conveniencia, pues el proceso identificatorio ocurre en el silencio oscuro de lo inconsciente.

Pongamos un ejemplo.

Cuando una madre muere y una de sus hijas comienza a ocupar su lugar en la mesa, a hacerse cargo de las tareas familiares o a reproducir alguno de sus comportamientos, alguien podría suponer que esta mujer se ha identificado con su madre. Pues bien, sería un error pensarlo así desde el Psicoanálisis.

En cierta ocasión, un paciente cuyo padre había muerto hacía muchos años, tuvo que ir a retirar sus restos del cementerio. Poco después de este suceso lo invadió una profunda angustia, se separó de su mujer, dejó su hogar y renunció a su trabajo porque decía que ya estaba podrido. “Como su padre”, le señalé.

En este caso, efectivamente, su Yo se había identificado con la representación que había quedado en él después de ver aquellos restos: él también estaba podrido.

Podríamos decir, entonces, que en la identificación una parte del Yo del sujeto se apropia de un rasgo del objeto que, aunque tenga origen en una persona, ya es parte de él bajo la forma de una representación inconsciente.

De este modo piensa Freud la identificación. Pero Lacan irá más allá, hasta decir que no se trata de que el Yo del sujeto vaya incorporando algunas características de los objetos internalizados, sino que son esos objetos con los que se identifica los que van formando el Yo. Invierte la ecuación y ya no es el Yo el que se apropia de partes de los objetos, sino

que son estas partes las que van constituyendo el Yo que será, en definitiva, una suma de identificaciones.

Para Lacan, entonces, es un concepto que viene a dar cuenta del proceso mediante el cual *el cachorro humano* se transforma en un sujeto.

La *identificación* puede ser total o parcial. De la primera, también llamada *identificación primaria*, no diré mucho. Simplemente que es previa a toda posibilidad de amar a otros y que es esencialmente mítica; una construcción necesaria para el sostén de la teoría. No hace a los intereses de este libro que nos detengamos en un concepto tan complejo.

En cuanto a las *identificaciones parciales*, digamos que pueden darse de diversas formas.

Identificación al rasgo: Freud la definirá como una identificación regresiva. ¿Por qué? Porque dirá que se trata de la identificación a un rasgo de un objeto que fue amado y perdido. Es decir que previamente hubo una ligazón afectiva (catexis libidinal de objeto) con él. Pero ocurre que el sujeto debe renunciar a este amor por incestuoso y, en esa renuncia dolorosa, cuando su libido *regresa*, trae consigo al menos un rasgo de ese objeto y lo conserva. Ya que no puede tenerlo, lo incorpora y se transforma un poco en él.

Estamos hablando, claramente, de los personajes de la escena edípica.

Este tipo de identificación es especialmente importante ya que no se trata de un rasgo cualquiera sino que será el rasgo que busquemos en cada una de las personas que amemos en nuestra vida.

Cierta vez, en una conversación que tuvimos, Alejandro Dolina dijo que si pudiéramos poner sobre una mesa las fotos de todas las personas que hemos amado, seguramente le encontraríamos un atributo en común.

En verdad estaba hablando de esto. De ese rasgo que hemos incorporado de aquellos que amamos y a los que debimos renunciar. ¿Y cuál puede ser ese rasgo? Cualquiera: un olor, un gesto, un modo particular de mirar o el sonido de una risa.

Identificación con la imagen del objeto: aquí la identificación no se da a un rasgo sino a la imagen total del objeto. La versión patológica de esto se ve en la dolencia a la que denominamos *melancolía*. Esa experiencia particular en la cual, según palabras de Freud, “la sombra del objeto ha caído sobre el yo”.

En su intento por conservar a la persona perdida, ya sea por muerte o abandono, el Yo hace suya esa imagen y vive pendiente de ella.

En una ocasión, una mujer mayor vino a verme porque no podía superar una ruptura de pareja. Había sido abandonada y me confesó que, desde entonces, no había vuelto a estar con nadie más y que no podía dejar de pensar en él ni un instante. Le pregunté cuánto hacía que esta relación había terminado, y me respondió: veinticinco años.

Como vemos, se trata de algo extremo, sufriente y que condiciona la vida de alguien a un duelo patológico que no cesa.

Identificación a la emoción: esta modalidad es la que denominamos *identificación histérica* e implica que lo que la provoca es simplemente el hecho de compartir una misma situación de deseo.

Es lo que ocurre, por ejemplo, en una cancha de fútbol cuando miles de personas gritan unidas, cantan y se emocionan. Es probable que si el equipo por el que simpatizan hiciera un gol, se abrazaran como si fueran amigos cuando en realidad sólo los une el anhelo común de que su cuadro gane el encuentro. Esto es tan así que, si concluido el mismo, esa persona les pidiera que lo invitaran a su casa, seguramente dirían que no, que es un desconocido, a pesar de que hace unos instantes estuvieron uno en los brazos del otro.

Algunos comentarios sobre el caso.

Julio llega a mí movilizado por un libro que yo había escrito: *Encuentros (El lado B del amor)*, y lo pone en juego de inmediato.

En nuestra primera entrevista lo ve en mi biblioteca y dice: “Lindo revuelo generó con lo que expuso aquí”. Obviamente que, desde su decir consciente, hablaba del lector en general, pero de inmediato intuí que al que le había generado un revuelo interno era a él. De hecho lo citó en varias ocasiones y en todas ellas intenté que se hiciera cargo de que esos dichos lo involucraban, que aquellas frases que soltaba al pasar: “la pareja es difícil”, por ejemplo, empezaran a tener protagonismo en su análisis como un discurso que ponía en juego lo que le estaba ocurriendo.

Uno de los capítulos que más lo habían movilizado era el que se refería a la infidelidad y poco a poco nos fuimos acercando al nudo de su conflicto.

Su síntoma inicial era una sensación de enojo que pudo ligar con aquellos pacientes que tenían problemas de pareja por cuestiones de engaño. Se hizo responsable de sus propias infidelidades aunque restándoles importancia, hasta que llegó al núcleo de su angustia que tenía que ver con que su mujer lo engañaba desde hacía mucho tiempo.

Al terminar nuestro primer encuentro yo había escrito: “Hombres que merecen maltrato porque no cumplen con las reglas”, y mi hipótesis inicial fue que esa frase aludía a algún fantasma fundamental de Julio que tenía que ver con su sufrimiento actual.

En una de las sesiones dice que le gustaría ser otra persona. Puntualmente, el hombre que se acuesta con su mujer. ¿Pero ese deseo de convertirse en otro podría facilitar que se identificara con él? Claramente no, ya que dijimos que la identificación es un proceso profundo e inconsciente.

Ya develada la traición que estaba sufriendo postula dos cuestiones inquietantes. La primera, si mata o no a su esposa. La segunda, si debe suicidarse.

En esa ocasión, le pregunté si se consideraba capaz, por ejemplo, de matar de un tiro a su mujer, y me respondió que “no hacía falta ser tan cruel”.

Esta frase es muy significativa, ya que un recuerdo despertado durante el análisis da cuenta de una vivencia infantil. Su madre engañaba a su padre, como Carla lo engañaba a él, y en cierta ocasión vio cómo el hombre la había puesto de rodillas y le apuntaba con un revólver en la cabeza.

Sin dudas, para el niño que era en aquel momento, esa escena fue de una enorme crueldad; crueldad que ahora él decía claramente que no era necesaria. ¿Para quién? ¿Para Carla? No. En verdad, hablaba de él mismo en aquel suceso infantil que tanto lo había traumatizado.

No fue fácil transitar esos momentos, pero a pesar de su dolor y su vergüenza, Julio comprendió que la respuesta a sus preguntas era que no. No podía matar a su esposa ni iba a suicidarse.

¿Pero cómo se enlaza toda esta historia trágica con lo que hemos estado planteando acerca de la identificación?

Hablamos de la identificación al rasgo y dijimos que no se trataba de un rasgo cualquiera. Llegado este punto me animo a plantear que es una identificación con el padre en el momento de mayor feminización. Dicho de otra manera: se identifica al hombre allí donde el hombre no puede. ¿Y qué es lo que el padre no había podido?

Antes que nada, conseguir la fidelidad de su mujer; luego, matarla. Y justamente estos dos momentos en los que su padre fracasó, eran los rasgos a los que Julio se había identificado. Por eso se humillaba, rogaba, era un hombre impotenzado como su padre pero, como él, incapaz de matar a Carla y de lograr su fidelidad.

La escena en la que disuelve las pastillas en la copa marca un episodio de identificación histérica con su padre. La lógica que armó en su inconsciente fue: “Si mi padre, ante una infidelidad de su mujer, intentó matarla, ¿por qué no voy a intentarlo yo si me está ocurriendo lo mismo?”.

Como vemos, comparte una misma situación emocional con él, algo del todo diferente a la identificación al rasgo, que es parte de su personalidad.

En este punto encuentra un sentido aquella frase inicial que guió mi hipótesis. Julio se ubicó, junto a su padre, como uno más de esos hombres que merecían maltrato por no cumplir con las reglas. Los agravios de Carla, la lástima de Rubén, su manera de humillarse a sí mismo eran su modo de repetir el maltrato. ¿Y cuál era la regla que ni su padre ni él habían podido cumplir? La de conservar el deseo de su mujer.

Un último desafío se le presentó a este análisis: evitar que Julio también se *identificara* con el modo de vivir de su padre y se convirtiera en una rama que se fuera secando hasta morir.

Por suerte, la pulsión de vida, la lucha por la sanidad primó en él. Enfrentó y cuestionó cada una de estas cosas. Comprendió que desde el

vamos había armado su relación atravesada por la infidelidad, rasgo prominente de la pareja de sus padres ya que todo el tiempo, o había engañado o había sufrido engaño. Por eso, cuando su esposa quiso volver se negó a hacerlo. Le costó mucho, pero concluyó que la elección de Carla había estado marcada por esa compulsión a la repetición que le imponía su modelo de origen y decidió que, esta vez, iba a intentar que fuera diferente.

Todavía no lo ha logrado, pero aun así, ha roto una cadena que, durante toda su vida, lo había mantenido aferrado al sufrimiento. Su camino no será fácil, y es comprensible.

La tendencia a hurgar allí donde duele atrae como atrae el abismo. Y hay que estar muy sano para resistir la tentación de lastimarse.

AGRADECIMIENTOS

Al Gitano, por caminar siempre cerca de mi corazón.

A Nacho, Mariano... VPC.

A Cynthia, por su noble e inteligente colaboración.

A Juan, Carolina, Yair y Jorge por haberme impulsado a seguir contando mis historias.

A Marcelo Camaño, por acompañarme en la adaptación televisiva.

Al Grupo Editorial Planeta, por la paciencia y el apoyo de siempre.